

ADICIONES

A LA HISTORIA

DE DON QUIXOTE

DE LA MANCHA.

Se hallará en la Libreria de D. Antonio del Castillo, frente á las Gradas de San Felipe el Real, y en el Puesto de Manuel del Cerro, calle de Alcalá.

ADICIONES
A LA HISTORIA
DEL INGENIOSO HIDALGO
DON QUIXOTE
DE LA MANCHA,

EN QUE SE PROSIGUEN LOS SUCESOS OCURRIDOS A SU ESCUDERO

EL FAMOSO
SANCHO PANZA,

ESCRITAS EN ARABIGO

POR CIDE-HAMETE BENENGELI,

Y TRADUCIDAS AL CASTELLANO CON LAS MEMORIAS DE LA VIDA DE ESTE

POR DON JACINTO MARIA DELGADO.

CON LICENCIA: EN MADRID:

En la Imprenta de Blas Roman.

AL PUBLICO
DE MADRID.

PODEROSÍSIMO Y RESPETABILÍSIMO SEÑOR:

POR lo mismo que es V. (como el Pueblo que hace cabeza á los del Reino) el Legislador y declarador mas privilegiado de las obras, se ampara de V. ésta que por su demérito, en comparacion de otras, necesita de un Mecenas nada menos prudentísimo y benignísimo que V. á cuya sombra espera triunfar de las persecuciones.

Bien conozco, Señor, que la obra

obra puede no merecer tan alto patrocinio; pero tambien conozco, que si por un efecto de benignidad se digna V. tomarla debaxo de su poderosa proteccion, será bien recibida de una gran parte de los que componen el tan antiquísimo, como nobilísimo *todo* de V. De quien soy con el mas profundo respeto = Poderosísimo Señor, vuestro minimo individuo

Jacinto Maria Delgado.

CEN-

CENSURA

DEL DR. D. CELESTINO Antero á la traduccion de las Adiciones á la historia de Don Quixote de la Mancha, y vida de su Escritor Cide-Hamete Benengeli.

MUY Señor mio: ¿vmd. me ha enviado las adiciones á la historia de Don Quixote, que ha traducido, y la vida de su autor Cide-Hamete Benengeli, para que yo las censure?

Hablemos claro: ¿me las envia vmd. á la censura, ó me las remite para que ésta la convierta en elogios, que es la moda hoy de censurar los escritos? Si para

lo

lo primero, las retendré y leeré, y diré mi sentir; si para lo segundo, las leeré y callaré mi censura, y tambien el elogio de vmd. á su trabajo.

Dirá vmd. y dirá bien, que soy hombre raro, adusto, metido en mis calzones, poco graciable, y mas, quanto vmd. quiera ponerme de aditamentos en mi genio; pero yo le responderé, y no mal, que si vmd. me titúla Don Celestino de la verdad, ¿qué razon habrá para que me llame Don Celestino de la adulacion y de la mentira?

La verdad siempre debe decirse á todos, mucho mas á los amigos, si hemos de dar crédito al adagio: *amicus est alter ego*: no sería bien visto, y sería estraño que uno se mintiese y se adula-

la-

lase á sí mismo, ó á su *ego.*

Las censuras que vmd. me pide recaerán sobre la traduccion, que es lo único en que vmd. tiene parte, y en que resulta reo: (por dos veces) no las pondré sobre el original, porque la comision de vmd. está reducida á la traduccion.

Póneme vmd. en el Capítulo primero de su carta estas palabras::: *Porque si en ellas halla vmd. voz mal sonante, estraña, ó de qualquiera modo no propia de ponerse al Público, podrá bien (porque así se lo suplíco) substituirle otra, porque no quiero pasar plaza de ridículo, que harto siento tener tan limitados alcances, aun versandome con hombres de libros, y aditamentos de literatura; pero los alcances no suelen pe-*

garse aunque se solicite.

Nuestra amistad, su humilde confesion, y la justa causa que para ella tiene, me ha hecho obedecer á vmd. ciegamente en su precepto; porque me acuerda aquel Divino: *á tu proximo como á tí mismo*, (y para mí sería muy doloroso, que por mi culpa pasase vmd. una plaza en cuyo terreno no quisiera yo estár ni por un minuto) pudiendo con él y con vmd. cumplir á un mismo tiempo.

Dice vmd. en el tercer Capítulo de su carta de remision esta clausula: *Es cierto que el caracter de Don Quixote no fue otro, ni su oficio de Caballero andante se reduxo á mas que á enderezar tuertos y vengar agravios:::: Del mismo modo sus Adicio-*

ciones quieren enderezar algunas ridiculeces que se han introducido insensiblemente, de que á la nacion le resulta una cierta burla, que nos hacen los extrangeros, agravios que pueden cortarse con las Adiciones.

¡Quántas y quántas veces hemos tocado este punto, y quántas y quántas veces hemos visto con qué justo motivo las naciones extrangeras, y aún nuestros mismos nacionales se burlan de cierto gremio de calaveras, hombres que se han tomado por empeño hacerse ridículos por autoridad propia, sin querer saber, que lo que hacen causa una general burla, que se pone por universal á la Nacion, y se incluyen en el dicho aún los que están opuestos al hecho!

Cada uno en esta parte tiene derecho para rebatir el perjuicio, y evitar el daño, y á esto pueden mucho contribuir las Adiciones: hizo muy bien el Señor Don Quixote de tomar la plaza que tomó: hizo muy bien el Señor Capitan Hamete el adicionar y seguir lo que el dicho Señor Manchego no siguió por no alcanzarle el tiempo.

Pero vmd. ha hecho muy mal en él donde se solicitan con esmero desterrar de nuestro trato y lenguage las voces extrañas que no son de él, haberme puesto en el libro *Adiciones* algunas extrangerísimas, y no inteligibles para el comun, que tiene derecho á que se le hable claro, y no en griego.

Yo aseguro á vmd. amigo

mio,

mio, que si el tal Señor Don Quixote viviera, y hubiese visto, como yo en las Adiciones, *el Quixantropo Manchego* (que por el permiso de vmd. lo he enmendado y puesto *el valeroso Manchego*) tal vez, no obstante su juicioso pensar, su maduréz en las determinaciones, y su circunspeccion en no sacar la espada contra los no armados caballeros, tal vez, vuelvo á decir, se hubiera dispensado la ley caballeresca, como se la dispensó quando las jacas galicianas, y hubiera hecho con vmd. lo mismo, ó mas que hizo en aquel entonces; porque se lo merecia vmd. por haberle arrimado la vocecita griega á un hombre como Don Quixote.

Tambien empuerca vmd. su

escrito castellano con la vòz *Filar-monica-Gaita*, que dice vmd. va delante de la colocacion que hace la Academia de la Argamasilla de las armas de su Academico Manchego: ¿y no repararán todos, Señor mio, que ha mudado vmd. en Gaita Griega nuestra Gaita Gallega? instrumento nacional, sonoro y experimentado, sin saber si la tal *Filarmonica Gaita Griega* será ó no será así, y la que llevó acto tan lucido: yo con el permiso de vmd, y mientras hallo en los pocos escritos griegos que tengo, y en los escritos en griego que guardo (de muchos escritores que escribieron así en muchas lenguas) si fue con efecto la tal Gaita, y si era Griega ó Gallega, le he dexado solo la voz *Gaita*, le he borrado lo

lo *Filarmonico* con la expresion de *por ahora.*

Amigo mio, me compadece mucho el modo de hablar de vmd. sin necesidad ni precision: esto no me parece justo, ni de un traductor, á no estár tocado de locura: el traductor ha de ser legal, y si puede ser ha de entender bien la materia que traduce, y el espiritu del original (y aun las pasiones y genio del originario) de otro modo será siempre una *traduccion violeta*, como las que suelen verse de algunos eruditones á ella, y aseguro á vmd. que quando oigo: *escrito á la violeta*, *ó traducido á la violeta*, me desvanezco en querer saber qué tiene esta florecita con las ciencias, con los escritos, con las traducciones, con el andar, y lle-

var el cuerpo, &c. que luego dicen, *es*, *va*, *escribe á la violeta*, pero me quedo con la gana de saberlo; ya ve vmd. que esto de saber uno todo lo que hay que saber, es materia algo dificil.

Ultimamente, amigo, vmd. se ha expuesto á un chasco, si han salido al público sus dos dicciones, ó voces de rigorosa *Grecatura*. Por la voz que imprimió de buena fe un cierto quidam, que dixo que *estabamos sin civilizar*, yo mismo le ví convertido en heroe de un sainete, que se representó algunas veces en el Coliséo de los Polacos, de donde la ancianidad y la repeticion lo hizo del número de los jubilados; y ya ve vmd. lo que va de cetro á cetro. Es menester pulso en estas traducciones y expresiones

nes verbales contra su original idioma. Cada lengua tiene bastantes voces para explicarse, la nuestra no necesita de las extrañas, ó en este caso poner donde cada uno acuda á saber lo que significan las extrangeras que no entienden, y se dan escritas y de molde.

Este es mi parecer y censura, salvo, &c. deseo quede vmd. satisfecho y desengañado, que es lo que á mí me vale=

Doctor Antero.

Señor traductor de las Adiciones
á Don Quixote.

CAR-

CARTA CRITICA-LEGAL impugnatoria contra la censura puesta por el Doctor Don Celestino Antero en la traduccion de las Adiciones de Don Quixote de la Mancha, que hace el Licenciado Don Gomez de Villoria, Ex-Archi-Mayordomo en la Hermandad de las benditas Animas del Purgatorio de la Villa del Padul de Oliva, Proto-Consultor civil de su Concejo, Justicia y Regimiento, y Agente-General de sus negocios municipales.

MUy Señor mio: he leído la traduccion que vmd. ha hecho de las Adiciones de nuestro Don Quixote: y tambien la censura á ella del Doctor Don Celestino Antero, &c. que uno y otro me envia vmd.

vmd. ad efectum videndi, *para que sobre todo le diga mi sentir; y habiendo visto el escrito Censura* Anteriana, *digo: que el susodicho critíca, y injustamente vulnéra el referido escrito, quitándole la propiedad con que vmd. le puso las dos voces* Quixantropo *y* Filarmonica (*Gaita*) *una y otra digna de ser puestas en qualquiera escrito público ó privado de qualquiera tamaño y* foliatura.

El genio melancólico hipocondriaco del suso Doctor Antero, y su oposicion á los escritos que contienen la moderna literatura verbal, le han hecho incurrir en una crasitud suspecta *de injuria, cuya vindicacion* estimatoria *tiene la accion* Palinodiata ipso facto, *y su defensa la traen nuestros autores Regnicolas que escribieron de* injuriis, *maxíme*

quan-

quando estas Tropales *y* Filarmonicas *voces ya se estampan en Tipografas prensas.*

La voz Tropo ut dictum est, *que sapientísimamente agregó á Don Quixote, y la voz* Filarmonica, *con que adictó la Gaita que antecedia en los aplausos Academicos de la Argamasilla, con los quales se conducian los trofeos* Armisticios *de dicho Señor Manchego, deben dexarse* sicut erant in principio *del referido escrito; porque de su supresion se le quita á vmd. aquel debido aplauso con que se reciben por los* eruditos verbales, *y se le despoja de aquella admiracion con que el Pueblo baxo mira y admira la penosa ocupacion de este estudio, despreciada de ineptos.*

La tal censura es injusta, temeraria, & scriptoribus *ofensi-*

siva, y por lo mismo digna de que se borren y tilden las enmendaturas puestas á ellas por el expresado Censor y Doctor Antero, como de que se le requiera que en lo sucesivo se abstenga de ellas, sin pleno conocimiento de causa, y oír en su defensa las partes.

Que así es de hacer por lo comun, favorable y siguiente = *Y porque es bien aplicado al dicho Don Quixote lo* Quixantropo Manchego ; *lo primero porque la tropeidad está admitida, y muchas veces vista en escritos públicos; lo segundo porque siendo* tropo y figura *una misma cosa, la separa de su significado el dicho Doctor Antero sin tener presente que el dicho Don Quixote la usó, y se tituló Caballero de la triste figura*, id est del tropo triste, *cuya tropéz posteriormente*

te

te cambió por ser aquel caballerato fúnebre, con el de Caballero de los Leones, quedando titulado así, y Ex-de la triste figura, ó tropo triste.

Y porque aunque la voz tropo *fuese mal puesta, que es caso* negado y no confeso, *debió el dicho Doctor Antero haber presentado para el despojo de ellas unas razones sólidas y convincentes, que no hizo, sino* autoritate Doctoris, *procedió á la mutilacion verbal, reduciéndola á valeroso Manchego, como expresa la Censura ut supra.*

Y porque se agrava mucho mas lo dicho, habiendo hecho lo mismo con la voz Filarmonica (Gaita) *que tambien impiamente mutiló en la mejor parte de su término altisonante, desentendiéndose tambien de la justa causa y pro-*

propiedad con que se puso en la traduccion hecha: Porque siendo cierto que el todo de la Gaita es compuesto de partes distintas entre sí, como son pellejo de perro, pitos, filos pendientes del cañon del baxo, ya sean de hilo, de estambre, seda, ú otra cosa, lo cierto es que su flecatura *es compuesta de materia filosa* (y aerea) conditio sine qua non potest dicere (*Gaita*) *¿pues que extraño fue que al nombrar el todo se hubiese puesto y expresado alguna de las partes de su composicion, y aun pudo tambien* Aerea Galia, *siguiendo el estilo moderno de expresar en el frontis de las obras y carteles de esquinas convocatorios para la venta las partes de que se compongan: como v. g.* Obra-Critico-Médica-Fisico-Quimica-Quirurgi-

gica-Farmaceutica, &c. *con cuyo solo golpe de ojo (equivale á primera vista que se decia antiguamente) se conoce la composicion de la obra, y aun dexa campo para el conocimiento de la ciencia del Autor?*

Y porque está plenamente probada la adversion del dicho Doctor Antero á estas nuevas voces que se establecen para mayor lucimiento de los escritores, su censura misma manifiesta esta oposicion, pues aun en duda procedió segun dice, que tiene para salir de ella que reconocer sus libros para dexar la addita grecatura á la Filarmonica Gaita, *en cuyo perjuicio se trataba, habiendo faltado á las reglas del derecho que el mismo Doctor Antero profesa, y sabe bien, en especial á la* 56. de diversis re-

gu-

gulis juris, *que expresamente dice*, semper in dubiis benigniora præferenda sunt, *quando la benignidad única que puede en el caso darse, y la ley dispone, era que el Doctor Antero hubiese dexado las susodichas voces como llegaron á sus manos, pues así procedia de justicia. &c. Así lo juzgo salvo, &c.* = *Otrosí á vmd. pido y suplíco se sirva mandar á su muy siempre seguro servidor, &c.*

Licenciado Don Gomez de Villoria.

Señor traductor de las Adiciones á Don Quixote.

PROLOGO.

Estas Adiciones (que pudieran titularse *Libro noveno del ingenioso hidalgo Don Quixote de la Mancha*) llegaron á mis manos por un acaso, y habiéndolas leído, me pareció puesto en razon no dexar sin memoria posterior los sucesos de Sancho Panza, segundo heroe de aquella inimitable y jamás bien celebrahistoria: á este fin las traduxe al Castellano del Arabe en que estaban, y haciéndolas ver á un Doctorado en Gandía hombre versado en libros y en historias (despues de confirmar mi dictamen) dixo: Que esta no tenia cosa que se opusiese á lo que se

man-

manda guardar en punto de libros, y que la juzgaba digna de la luz pública: En efecto el gran concepto que me debe la literatura de éste en todas lineas verdaderamente Doctorazo, me hizo caer en esta tentacion; mas como las hay buenas y malas dexo su declaracion al lector amigo, enemigo é imparcial: advirtiendo que si la colocase en el número de las malas debe tenerse por flaqueza humana, y si de las buenas, por acierto de lo que deseaba y vale.

NOTA:

ADVERTENCIA DEL TRADUCTOR.

EL Señor Doctor Don Celestino Antero, que censuró esta obra, traduccion, ó lo que fuere, advierte, como puesto en razon, que se manifieste en las traducciones ó escritos públicos el verdadero significado de las voces extrañas; para cuyo caso discurria en su defecto el establecimiento de una oficina declaratoria de nombres (á quien los eruditos nombrarían de Nomenclatura): vista por el Traductor esta justa causa, en útil público le ha parecido empezar el estilo declaratorio antes ó despues de la fe de erratas,

se-

señalando las voces y su equivalente.

Hállase en el principio del escrito en boca del Señor Cura Licenciado Pero Perez, hablando con el Señor Don Sancho ya declarado Consultor del Duque, la voz *alta Guisa*, que es Gótica.

El equivalente en castellano es *alta elevacion*, segun doctísima y expresamente lo manifiesta el celeberrimo Manchego el Reverendísimo Padre Cidra en su Florilogio: Flor Espuela de Caballero, tom. II. fol. 424. sigue y dice: »Que en la Mancha llegaron unos Caballeros, que se »decian los *desaguisados*, que »eran de *elevacion*, que estos de»xaron la semilla de esta flor que »imita á una espuela, que su des-

§§§ 3 »ti-

»tino era servir al Rey con ca-
»ballo y lanza, y que su *alta gui-*
»*sa* se manifestó en el tiempo que
»allí estuvieron, y eran de unas
»compañias ó tercios que habia
»en Castilla, donde fincaban su
»residencia."

Si esto es así, la *alta elevacion* es aplicada por la respectiva que tiene á caballo, respecto de el de á pie; y tenian estos *desaguisados* con todos los demás que no lo estaban: pero otros dicen que la voz *guisa* no viene de tales *desaguisados*, sino de los condimentos, ó de sus profesores; y que Monsieur Eutém que era Hostalero, usó sin ser Caballero de Lanza, de la *Guisa*, pues en una tablilla pública puso M. E. Aqui-*Guisa*, y solo al *Guisa* le añadió el adjetivo *Aqui* para se-

ñal

ñal de estár allí la *Guisa de Monsieur Eutém.* Este punto y su declaracion le corresponde á los *eruditos á quien me remito en su decision de la voz Guisa*, que será la mas segura, si es la mas bien probada.

Hallase quando la posesion del Señor Panza en su Consultoría, que el Secretario del Duque le dixo: *Ebad*, Consultor del Duque mi Señor. El Ebad es Gótica voz, su equivalente es *tomad*, porque le alargaba el título de su nombramiento; pero el advertidísimo Capitan Hamete le puso *Ebad* con mucho estudio, porque el tomad en los oídos de uno que iba á ser Juez, era mal sonante, y como el Señor Don Sancho era novél en el oficio, y no tenia toda la instruccion cor-

respondiente, temió que podia discurrir que el *tomad* es lo que dicen *libertas accipiendi*, y él mismo conocia, y habia oído, que *libertas accipiendi non datur in Judice*. El modo de pensar del Señor Capitan fue siempre celebrado en los AA. Mahometanos, aún entre los del primer órden.

Tambien se usó en la colocacion de las armas del Señor Don Quixote en el Muséo Biblioteca de la voz *sendas melenas* y *corbatas* (que se dice que llevaban los Academicos) que es el equivalente de *largas melenas*, y *corbatas*; pero como en la linea de largas hay mas y menos, se usó de la voz *sendas* que es el superlativo, y voz antigua (tambien de origen Gótico, y de esta razon de largueza igual con que

to-

todos las llevaban, tomó ocasion
el expresado Reverendísimo Ci-
dra para decir (dicho tom. II.
fol. 482. en su obra) eran cabe-
lleras postizas que se pusieron
aquellos Señores Academicos por
ser funcion del primer órden,
procesional y de Armisticio; y
con mucha sal, dice su Paterni-
dad Reverendísima, celebrando
el lucimiento, gozo y alegria de
la Academia, estas palabras (di-
cho folio) »No podian tenerse
»ni contenerse los Academicos,
»no obstante el acto sério en que
»se hallaban, y olvidándose de
»esto algunos, saliendo de su lu-
»gar, se incorporaban en la dan-
»za: *& pilosi saltabunt ibi*: de
»modo, que de Academicos se
»fueron y pasaron á danzantes;
»para dar á entender cómo cele-

»braron á su Academico el Se»ñor Don Quixote de la Man»cha." Y siguiendo el noble pensamiento del Señor Don Celestino Antero, el Traductor ha puesto esta nota, y sigue de las demás voces extrañas el

INDICE.

1.ª Guisa: *su equivalente elevacion alta.*

2.ª Ebad: *tomad ó recibid.*

3.ª Sendas: *muy largas ó larguísimas.*

4.ª Chichigua: *en America Ama de Leche.*

5.ª Pilmama: id. *la que entretiene el niño.*

6.ª Pepenao: id. *los que se ahijan, ó se sacan de la Pila Bautismal.*

TA-

TABLA

De los Capítulos que contienen estas Adiciones á la historia de Don Quixote de la Mancha.

ADI-

ADICIONES
A LA HISTORIA
DEL INGENIOSO HIDALGO
DON QUIXOTE
DE LA MANCHA.

CAPITULO PRIMERO.

De lo que el Cura, el Barbero, y Sanson Carrasco hicieron para sacar á Sancho de la miseria en que estaba, despues de la muerte de Don Quixote; y como lo consiguieron por medio de los Duques.

DEscolgó su bien cortada pluma el prudentísimo Cide-Hamete Benengeli, (porque le

 pa-

pareció no tenerla ociosa, y colgada segun la dexó en el Capítulo LXXIV. de su ingenioso hidalgo Don Quixote de la Mancha) para seguir la historia de su Escudero Sancho Panza, lustre y blason de su Patria, y digno por sus buenos servicios y famosos hechos, de que no quedase al olvido este segundo Heroe, de cuyo calibre, como de el de su Señor, se hallan muy pocos en el dilatado ámbito de la tierra: no quiero decir que en todas no se halle abundante número de Quixotes y Sanchos, que el pensarlo sería mucho agravio; sino que de aquel calibre de valor en el uno, y entendimiento en el otro, con dificultad se hallarán.

Empezando á escribir los sucesos de este Escudero, insepa-

rable del valeroso Don Quixote, dice el veracísimo Benengeli asi: Fueron tantas las demostraciones de sentimiento que hizo el buen Sancho, que el Cura y Maese Nicolás temieron mas de una vez le acabáran con la vida.

Quejábase amargamente de la fortuna, (como si ella fuese capáz de oír sus quejas) porque habiendole levantado de un pobre porquerizo á Escudero de un Caballero Andante, y, lo que es mas, á la alta dignidad de Gobernador Insulano, lo habia despojado de estos honores, reduciendole otra vez á guardar puercos y cabras, sin que hubiese dado motivo para este abatimiento. Pero como la fortuna se burla de los hombres, de sus quejas, y de sus reconvenciones quando

quiere; tambien quando se le antoja atiende á sus clamores y suspiros. Asi lo hizo con Sancho, como se verá en el discurso de esta verdadera historia; porque todo lo dispone de un modo tan raro, que á dos que igualmente caminan por una senda con pasos iguales y concertados, al uno improvisamente lo despeña, y al otro lo eleva hasta la mas alta cumbre de las felicidades humanas.

Pero como para esto se vale de algunos medios, dispuso, que el mismo Cura que le consolaba en sus cuitas, le dixese un dia, que mas que otros le vió afligido: No hay que echar la soga tras el caldero, Sancho amigo, buen ánimo, y no desconfiar de la fortuna, escribirémos á los Du-

Duques el estado infelíz en que habeis quedado; y como vos al fin les servisteis de Gobernador Baratario, y ellos por práctica de su grandeza, siempre atienden á sus criados, habiendo sido vos uno de los que les sirvieron tan á su satisfaccion y gusto, ¿por qué no habeis de esperar que os atiendan y amparen? A lo que Sancho, lanzando un profundísimo suspiro, dixo: Señor Cura, creo que si les pido lograré mi alivio; porque son, además, caritativos y piadosos, como se ha echado de ver, solicitando el desencanto de Altisidora, en que no tuve yo poca parte: ¡qué de hachas de cera ardian, cuyo costo sería muy grande! ¡qué de Reyes no vinieron á este desencanto! ¡y qué de músi-

ca no costeó el Duque mi Señor para este caso! Y en verdad que fue la misma Altisidora la que tuvo la culpa de su mal; pero en el mio, en que no la tengo, ¿con quánta mas razon procurarán socorrer mis cuitas? Alégrome, respondió el Cura, de veros tan conforme, y mas de oír vuestras bien fundadas esperanzas; y me estiendo á deciros, que pienso que los Duques vuestros amos han de tener á mal el que no les aviseis para socorreros en el infelíz estado, en que os veis de guardar cabras, no porque esto os deshonre, que el ser Pastor á ninguno afrenta; sino porque habiendo sido Gobernador Insulano, y militado escuderilmente en la Caballería Andante; como que de lo uno, y de lo otro

que-

quedasteis hidalguizado, las gentes tendrian que decir, si viesen que sin buscar otros medios, os habeis ocupado en estos exercicios campestres, opuestos á la hidalguía moderna; porque en la antigua los hombres todos sin distincion de clases guardaban los ganados, y labraban las tierras; y esta consideracion tuvo presente vuestro amo quando queria ser el Pastor Quixotiz, y que yo le acompañase con el nombre de Pastor Curiambro, para hacer ver con su exemplo, que no se oponia esto á la Caballería, porque si se opusiese, ó pudiera empañar sus brillos, ¿cómo vuestro amo habia de incurrir en esta afrenta?

En esto estaban, quando llegó el Bachillér Sanson Carrasco,

á quien el Cura comunicó su pensamiento de escribir á los Duques el estado de Sancho su Ex-Gobernador, y no solo lo aprobó, sino que se ofreció á escribir la carta, que se aceptó, y habiendose despedido todos de Sancho muy contentos de verlo tan consolado, cada qual se fue á su casa, quedando citados para la de Sancho en el siguiente dia por la mañana, en que el Bachillér ofreció llevar la carta á la censura del mismo Cura, y Maese Nicolás, que era practicon en cartas misivas, por estár condecorado á mas de Sangrador y Sacamuelas del Partido, con el título de Agente de Curial Romano, cuyo exercicio con los otros lo hacian habilísimo y fecundo de voces y cláusulas epistolares, segun

gun pública voz y fama.

Al siguiente dia por la mañana se juntaron todos tres en la casa de Sancho, y sacando Sanson la carta, se la dió al Cura, que la leyó muy despacio; y diciendo, está como debe estár, la alargó á Maese Nicolás, quien tambien la leyó con mucha atencion, arqueando dos veces las cejas, segun afirmó despues el mismo Sancho, y habiendola vuelto á la misma mano del Cura, dixo á éste, que segun su leal saber y entender, estaba en todo y por todo como en ella se contenia; y que se buscase sugeto que la llevase por no fiarla al extravío de la Estafeta; á mas de que las cartas de aquella clase debian presentarse en mano propia, por las razones que daría,

ría, si le fuesen preguntadas. El Cura, el Bachillér, Sancho, Teresa (que tambien estaba con el oído alerta) y Maese Nicolás, empezaron á discurrir quién la conduciría, y despues de un maduro exâmen, recayó la eleccion á pluralidad de votos sobre Tomé Cecial, Co-Escudero Andante, en el servicio del mismo Bachillér, quando fue Caballero del Bosque, cuyo nombramiento se hizo saber por el mismo Bachillér al Tomé Cecial, como Enviado Extraordinario de esta comision en beneficio de su compatriota, la que el dicho Tomé ofreció cumplir con toda legalidad; y habiendole entregado la carta reduciendo á ella sus credenciales, partió Cecial al Castillo donde los Duques se hallaban

ban en aquel tiempo, visitando y arreglando sus Pueblos.

No dice Benengeli, qué hubiese acaecido en el intermedio de llevar la carta al Castillo; solo sí que la recibió la misma Duquesa, y que vertió algunas lágrimas quando supo la muerte de Don Quixote, y el estado miserable de Sancho; que se la dió al Duque, pidiendole atendiese al pobre Panza, pues habia quedado tan desdichado con la muerte de su amo Don Quixote.

El Duque se informó de Tomé, acerca de la enfermedad y muerte de aquél, y dixo á la Duquesa quedaba á su arbitrio el disponer en quanto á Sancho; á que la Duquesa respondió, que pues lo dexaba á su voluntad, queria que á Sancho se le socorrie-

rie-

riese con alguna cantidad al pronto, y que se le mandase volver al Castillo baxo de algun pretexto, y nombre especioso, para que le sirviese de diversion, respecto de hallarse algo triste por falta de las que regularmente hay en las Cortes, y grandes Ciudades. Sea asi, dixo el Duque, venga Sancho luego, que quiero ocuparlo en algo en esta visita de mis Pueblos; porque él en el gobierno de la Insula Barataria manifestó su discurrir acertado, y aquí podrá sucederle lo mismo.

Esto dixo el Duque en voz alta, y oyendolo aquel Eclesiástico grave que tenian en casa, y tuvo con Don Quixote aquellas pesadas razones que se dixeron en su historia, no pudo reprimirse, y con voz trémula, colérica

y

y atropellada, dixo:

Señor, todas las cosas tienen su tiempo, y fuera de él son como irregulares: quando vuestras Excelencias estaban en la diversion de la caza, ya como que podian pasar las sandéces de Sancho; porque aquellos dias se dedicaron puramente á la diversion; pero en estos que vuestras Excelencias han destinado justamente á la inspeccion de sus Pueblos, con el loable fin de quitar abusos, y exterminar desórdenes por su propia obligacion, parece cosa extraña dar motivo con la venida de este simplon, á que sindíquen á vuestras Excelencias de que mezclan las burlas con las veras: desde que este socarrón, y el loco de su amo aquel Don Quixote, entraron en el Casti-

tillo, todo se mudó de suerte que parecia mas bien casa de Orates, que de unos Duques: ¡ quántos gastos se hicieron inutilmente! quánta cera se gastó en encantamientos! (que aun está por satisfacer): las doncellas, y todos los sirvientes, con motivo de la libertad de las burlas, se tomaron muchas licencias en ofensa de Dios, y de su estado: no se permita en tiempo de quitar desórdenes, el que se hagan los que se harán precisamente, y serán del mayor tamaño. Luego vos, respondió el Duque, habeis discurrido, que Sancho viene para burlas; pues no es como lo discurrís, viene para veras, y muy veras; porque su procedimiento en el gobierno de la Insula Barataria lo tengo muy presente, y ha-

habrá pocos Gobernadores en todas las Insulas que obren tan limpiamente como obró Sancho. El viene á ser mi Consultor, y asi pienso yo, con su dictamen, poner en órden mis Pueblos, en lo que estuviesen desarreglados.

V. Exc. respondió el Religioso, creo que me tiene á mí por tan simple como es Sancho, pues quiere crea que viene para aconsejarle: no soy tan tonto como se me hace, tengo dadas pruebas de lo contrario, pues en mi Comunidad he sido demandante de partidos, Sacristan Mayor, Procurador interino, y Administrador de casas, y unos y otros empleos en ninguna parte se dan á simples; y con licencia de V. Exc. si Sancho viene me retiraré á mi casa, porque no quiero ver este desvara-

rato, que no puedo remediar.

Nada respondió á esto el Duque, dice la historia, sino que llamando al Secretario le mandó escribir la siguiente carta:

A SANCHO PANZA,
MI EX-GOBERNADOR INSULANO.

Teniendo entendido, buen Sancho, vuestro desamparo, y condescendiendo con vuestra súplica, he resuelto, que luego que recibais ésta, os pongais en camino para mi Castillo, en donde hallaréis mi segunda órden del modo como habeis de entrar en él á exercer el empleo de mi Consultor de Cámara, y para vuestro viage y socorro os envio con el que ésta os lleva doscientos escudos, de cuyo recibo daréis aviso á mi Secretario. = El Duque.

Con

Con esta carta, y los doscientos escudos, que en moneda de oro se le entregáron á Tomé Cecial, marchó á llevar á Sancho la noticia, tan contento como bien despachado, habiendo sido regalado todo el tiempo que alli permaneció, como cuerpo de Rey.

Ya Sancho no te quejarás de tu fortuna (exclama Benengeli) pues te ves Consultor de un Duque, quando menos podias discurrirlo: ruegote Sancho que no pierdas la memoria, que no desprecies á los que antes de serlo te conocieron; y tú, ó ilustre Matrona Teresa Panza, gloríate de que la suerte te dió por marido un hombre, que ha merecido de la fortuna tan alta elevacion.

Caminó Tomé Cecial aceleradamente para dar á Sancho la buena nueva, y los escudos; pues debiendo tardar dos dias, llegó en uno, pero tan puesto el Sol, que casi puede decirse llegó de noche: fuese en casa del Cura, así por estár mas á la mano, como tambien porque su comision habia sido dada por él, y era consiguiente, dar al mismo la respuesta, y noticia de sus resultas. Estaba el Bachillér con el Cura, y ambos admiraron este acontecimiento tan fuera del órden regular: miraban la carta, y la leían una y muchas veces, y contaban los escudos, sin quererse persuadir que estaban despiertos, sino que soñaban lo mismo que veían: Tomé Cecial repetia con la carta la verdad del nom-

nombramiento publicado á su presencia en el Castillo; y con casi duda de ser cierto que estaban despiertos, fueron todos tres con pasos acelerados, y semblantes de la mayor alegría á casa de Sancho, que acababa de llegar de recoger unos sarmientos, que traía sobre el rucio.

El Cura habló el primero, diciendo: Ya Señores llegó el dia de placer para esta casa: ya Señor Panza sois Consultor del Duque; que esto responde á vuestra carta, y acreditan doscientos escudos, que os envia por señal de su generosidad: yo he tenido en ello mucho gusto; porque del estremo de infelicidad os veo pasar al otro de honor y abundancia, sin tocar en los medios de este camino tan

escabroso y dilatado con tan alta guisa.

Teresa antes que Sancho dixese una palabra (porque parece, segun despues se vió, que Sancho habia quedado con el gozo en uno como letargo, que no fue extraño no se notase antes por la escasa luz que daba un candíl que hacia la iluminacion) dixo: Señor Cura, no hay para que burlarse de nosotros, ¿Sancho Consultor? ¿Sancho Consultor? vaya Señor, buena está la burla. No soy hombre que me burlo, Señora Teresa, ¡Sancho Consultor! ¡Sancho Consultor! y el cómo es esto, ni á vos, ni á mí nos toca averiguarlo; porque estas materias son hondas, y muy hondas para nosotros; la carta, y el dinero es-

tán aquí, y ellos dirán la verdad, y yo quiero ser creído con tan buenos testigos. Ya en esto habia vuelto Sancho, y con ademanes de hombre que vuelve de un parasismo, dixo: Señor Cura yo Consultor del Duque, pareceme que no puede ser, porque segun mi magín, el Consultor debe ser leal, y tratar verdad, y esto no á todos gusta. En este tiempo, y sin saber cómo, cundió en el Pueblo la novedad, y á ella ocurrió Maese Nicolás, que como facultativo conoció síntomas insultorios en Sancho, y habiéndole aplicado algunos lenitivos, y entre ellos un par de tragos de vino del País, de que hizo donacion el Señor Cura, mandándolo traer del tonél de su mismo uso; con este refrige-

rio

rio provincial, que todos desfrutaron, quedó el nuevo Consultor libre del amago, y muy contentos los concurrentes.

Pasaronse en bulla y alegría algunas horas, y habiendo Sancho quedado solo con el Cura, porque los demás se retiraron á sus casas, éste con voz grave encaminó á Sancho el siguiente razonamiento:

Ya Señor Sancho que hemos quedado solos, bueno será que salgan de mí, como vuestro Párroco, algunos consejos utiles para vuestro gobierno, y la permanencia en la gracia de los Duques, que, si los teneis en la memoria, sin duda seréis felíz en vuestro cargo. Sea el primero tener á Dios presente, que es la principal causa de obrar bien todos

dos los hombres: el temor á Dios abre camino en las mayores dificultades, atrae amigos, y conserva ágiles los entendimientos: procurad visitar todos los dias su santo Templo; pues allí mejor que en otras partes le podeis pedir su gracia para vuestro encargo, y implorar su gran misericordia.

No olvideis á los de vuestro linage; pero no los tengais para todo tan presentes que seais notado; y ni á ellos, ni á ninguno ofrezcais lo que por vos mismo no podeis cumplir, ni dilateis el favor, de modo, que se malogre el mérito de dar, que sucede así quando se ofrece, y se retarda.

Cread amigos, principal caudal del hombre; pero amigos que sean de buena inclinacion y lim-

pio trato, tomad de ellos sus consejos, que es el modo seguro de acertar: no os fieis de ninguno, que sea adulador, ni charlatan, pero sin despreciarlos; porque si asi lo haceis, criaréis en cada uno muchos enemigos.

Advertid con el mayor cuidado á los que el Duque quiere y favorece, para distinguirlos en el aprecio de los demás; pero cuidado con guardar de ellos vuestros sentimientos, si alguno tuvieseis.

Nunca pretendais en la casa del Duque nuevos puestos, ni encargos; pues si teneis su gracia, y la de los que quiere y favorece, los tendreis todos para desfrutarlos, y ninguno para servirlo.

El ser callado es un dón muy par-

particular, que dá Dios á quien quiere, y suele muchas veces consistir en esto la felicidad humana, y mucho mas debeis de ser callado en las materias que se disputan, y tal vez no entendeis; pero preguntado en ellas, entendiéndolas, decid siempre la verdad.

Quando intenteis alguna empresa, ponedla, antes que al público, á la censura de quien os la pueda contradecir; y si no fuese de su aprobacion, olvidarla luego al instante de vuestra memoria.

Sed muy comedido en vuestra persona, en vuestro gasto, y en vuestro vestido, huíd de la profusion y el luxô, origen de muchos males, y ruina de opulentas casas; porque es deshonor

nor vuestro querer sobresalir á fuerza de gastos inutiles, y poco respeto á los que con este modo os quereis igualar.

Cuidad Sancho muy mucho de las contribuciones que se pagan al Duque, y que se le recojan sin violencia: zelad de sus Colectores el modo de versarse en estos encargos, y si gastan mas de lo que prudentemente se regulan sus salarios y emolumentos; si así es, apartad del Duque estos hombres, destinandolos á otros encargos, que no sean de este manejo: poned, si está en vuestra mano, por escala estas comisiones, experimentando en poco, para confiar en mucho.

En todas materias mirad por los vasallos del Duque, regulán-

do-

dolos como unos arboles que fructifican cada año; porque si en uno se les apuran los jugos, se acaba el fruto para los siguientes, quedando seco el arbol, y su dueño pobre, y precisado á no contarlo en el número de los que le contribuyen.

En todos tiempos cuidad de distinguir los buenos, y extinguir los malos, y tambien de tener presente estos consejos, que os doy para vuestro encargo, y vuestra segura permanencia.

Acabó el Cura su razonamiento, al que estuvo atentísimo Sancho, y teniendo aquél por conveniente dexarlo descansar hasta otro dia, se retiró á hacer lo mismo á su casa.

CAPITULO II.

En que se resuelve la duda, que tantas veces se ha tocado en esta memorable historia, acerca de discurrir Sancho unas veces como sábio, y otras como ignorante; y como la fortuna le deparó un Maestro de civilizacion.

APenas, dice el Autor Arábigo, habia vuelto de la Iglesia á su casa el Cura, la mañana del dia que se siguió al que dió los christianos y prudentes consejos á Sancho, entró en ella el Bachillér Sanson Carrasco, quien despues de los ordinarios acatamientos, dixo: Verdaderamente,

Se-

Señor Cura, que todo quanto oygo y veo en el caso de Sancho Panza, me parece cosa de sueño. ¿Cómo es posible que se pueda creer que el Duque, no estando fuera de todo juicio, haya nombrado á Sancho para comunicarle las cosas de su confianza? Por cierto que me temo no haya aquí algun misterio, y sea este caso como el gobierno de la Insula Barataria. A fe, á fe, Señor Bachillér, respondió el Cura, que Sancho quando Gobernador no hizo cosa desproporcionada, y que si pensaron burlarse de él en el gobierno, él se burló de todos con sus sentencias, y oportunas providencias: ¿quién podia discurrir fuese de Sancho la que dió en la causa de la muger forzada en el campo, y la que

pro-

pronunció en el caso del viejo perjuro de la caña hueca, cuyas advertencias y discursos son de un hombre astuto, y no de un rustico, como Sancho, á no decir, que un hombre puede algunas veces, siendo mentecato, discurrir como sábio; y esto á la verdad es duro de creer.

Este reparo que pone el Cura (dice en nota Cide-Hamete) me hizo consultar la especie al gran Físico de Tremecen Abdala Benanzel, Moro instruidísimo, quien respondió con la carta siguiente, que pongo para noticia de mis lectores.

»No es estraño, ó esclarecido Benengeli, (dice Benanzel) »que un hombre pueda mudar en »un instante su entendimiento, pa»sando éste de sábio discurrir al

»ex-

»extremo contrario, y de éste á »aquél, bien que no es cosa muy »comun; pero se ha visto mu-»chas veces, y de ello hay exem-»plares, que el no estár en la »memoria general de todos, pen-»de de omision, y descuido, y »no de su imposibilidad, en que »está la comun creencia.

»Estas mutaciones vienen de »causas naturales, aunque no »siempre son unas, ni su dispo-»sicion de un mismo modo; yo »te haré ver en lo que pueda; »cómo esto puede ser.

»Las almas todas son de una »misma especie, aunque haya al-»gunas con particular excelencia »que les dió el Todopoderoso »Criador de ellas; porque como »absoluto, y independiente de »toda otra voluntad, dispuso con »la

»la poderosa suya esta obra; pe»ro en todas puso las tres Poten»cias Memoria, Entendimiento, »y Voluntad, que algunos dicen »es la misma alma; y todos que »estas Potencias son insepara»bles, como que están unidas á »ella con imposibilidad de sepa»racion.

»Distínguese el sábio del »idiota, no en la mayor exce»lencia de su alma, sino en la »mayor ó menor proporcion y »agilidad de los conductos del »cuerpo, por donde pasan á »exercer sus funciones las po»tencias.

»La igualdad de entendi»miento pende en la igualdad de »conductos, y la desigualdad de »la diferencia desigual de ellos: »lo mismo sucede con las demás

»Po-

»Potencias; porque siendo la má-
»quina y fábrica del hombre igual
»en todas sus partes, y desde el
»primero que formó la poderosa
»mano del gran Dios, hasta de
»presente, que se ha ido succe-
»diendo de aquella misma dispo-
»sicion primera, no hay lugar
»para dudar, que unos tengan
»distinta disposicion que otros.
»Lo mismo es el Leon, el Ave,
»el Pez, &c. cada uno concuer-
»da en todo con el primero (no
»se habla de los mismos de dos es-
»pecies, sino del que conserva su
»primera, como sucede al hom-
»bre) que crió aquella podero-
»sa mano, en cuya obra resplan-
»dece su sabiduría, y su poder
»sin término: los insectos, los ar-
»boles, los arbustos, &c. son to-
»das perfectas copias del prime-

»ro de su especie, asi nos lo enseña la experiencia, y anatomías.

»En este supuesto, nos queda que averiguar, en qué esté la diferencia de entendimientos, quando las almas son iguales, y las Potencias de ellas tienen en todos la misma fuerza: está sin duda en los órganos de la máquina por donde hacen sus funciones, y por donde pasan á exercer sus destinos las Potencias; pues los que se hallan entrapados con algunos sueros, ó vapores, y la fábrica no tiene todos sus conductos libres, es preciso que impidan á la potencia su operacion, ó se la limíte mas ó menos, segun el mas ó menos estorbo. La potencia, que halla corrientes sus órganos, opéra, como espirituosa,

»á

»á exercer su destino, y este es
»el Entendimiento, que decimos
»claro, sublíme, del primer ór-
»den, y otros nombres, que tie-
»nen los que discurren sabiamen-
»te; (así las otras dos Memoria,
»y Voluntad) pero si su paso
»por los órganos se impide con
»algun accidental estorvo, opé-
»ra segun la mas ó menos fuerza
»de él, torpe, confuso, baxo en
»discurrir, y de un órden casi
»como irracional: estos sueros,
»ó vapores se hacen mas visibles
»en los sueños, en donde por es-
»ta causa las Potencias, que nun-
»ca duermen, se manifiestan en
»la imaginacion posterior á ellos,
»con unas torpezas de discurrir
»tan extrañas y extravagantes,
»lo que no sucede despierto, don-
»de estos sueros, ó vapores es-

»tán quietos; pero si despiertos »hacen su estanque, como quan»do se duerme, se piensa, y se »discurre del mismo modo que »dormidos. No son siempre es»tos vapores fixos, ni provienen »siempre de una clase, varían »mas ó menos, segun causas na»turales de la masa de la máqui»na de que provienen, se disi»pan y ahuyentan de muchos mo»dos, y por muchas causas, de »que sería preciso para explicar»lo un crecido volumen, y no »puedo reducirlos á esta carta.

»Vé Benengeli á Sancho con »igual alma y máquina que el »hombre mas sabído; pero nó»talo en este mismo tiempo en »algunas ocasiones destapados »los órganos del entendimiento »potencia; y en este caso, ha»cien-

»ciendo ésta su oficio sin estor-
»bos, discurre como sábio: tá-
»pale su naturaleza al órgano
»su conducto libre, y entonces
»como entrapado, aquél discur-
»re como idiota y rustico, por-
»que la potencia del alma no en-
»cuentra el paso franco: asi su-
»cede en el Sol, no le quita na-
»da de la fuerza de sus rayos la
»nube interpuesta de él á noso-
»tros, quítale esta sola el paso
»de aquellos á nosotros; y pues
»del Sol me acordé para po-
»nerte exemplo, te digo que la
»poderosa mano de Dios nos
»dexó muy limitada vista para
»acertar á punto fixo y seguro
»el porqué de sus providencias;
»cómo obra nuestra naturaleza
»en su fábrica, de qué partes se
»compone; y su uso porque

»nosotros no necesitamos saber
»para nuestro último fin, lo que
»para él nada nos interesa: él
»solo, como Criador de todo, y
»de la máquina del hombre, sa-
»be su composicion y sus piezas,
»su uso y resortes: á nosotros so-
»lo toca usarla bien, sin querer
»penetrarla; porque esto lo re-
»servó solo para sí, en señal de
»su supremo sér, y poder para
»nosotros; porque aunque lo in-
»tentemos, no conseguirémos
»otra cosa que conocer á cada
»paso nuestro limitado saber en
»todo: igual que nos sucedería
»si quisiesemos saber, por qué
»el Sol, que desde el prin-
»cipio del mundo es el mismo,
»sin alteracion, no se disipa
»su fuego, no teniendo pábu-
»lo que lo mantenga; ó por qué
»no

„no varía su linea y pasos siem-
„pre iguales, que esto es mayor
„dificultad, y de mayor consi-
„deracion, que la de que Sancho,
„teniendo una alma racional con
„sus tres Potencias, discurra unas
„veces como sábio, y otras co-
„mo idiota. El Dios de Abraham,
„de Isaac, y de Jacob te guarde
„Benengeli, como le pide tu ami-
„go = Benanzél.“

Mientras pasaban en varios discursos el Cura, y el Bachillér sobre si Sancho, siendo idiota, podia ó no discurrir como tal, ó como sábio, dice la historia pasaban otros bien diferentes entre Sancho y Teresa; porque habiendo madrugado á dar recado al rucio, que con la buena nueva se habian olvidado de dársele aquella noche, hallándose so-

los en casa, gozando la liberrad de no ser oídos (pues Sanchica, por haberse desvelado con la alegría, dormia á pierna suelta) acometió Teresa á Sancho, entre furiosa y halagüeña, y dándole un abrazo, le dixo: Bendito seas Sancho, bendita la madre que te parió, bendito sea el Duque mi Señor, y la Duquesa, y bendito antes que todos sea Dios, que ha hecho en este lugar un milagro tan grande, como hacerte Consultor del Duque, como quien no dice nada; pero temo, Sancho mio, que si vás á la Corte te has de olvidar de todos nosotros, y mas de tu hija Sanchica, que está ya en punto y sazon de darla estado. ¿Pues qué Teresa, os puedo yo olvidar? Lo que has de hacer es ir previnién-

niéndome lo que te he de enviar luego que llegue, dixo Sancho entre grave y sacudido.

Quiero que me envies lo primero un coche, porque ya tengo grandísimas ganas de tenderme en él, y no es cosa de andar á pie, por el qué dirán: Mas dirán si te lo envio, respondió Sancho, porque te aseguro, que una persona como tú en coche, es como sacada á la vergüenza en él, y hará reir, y hablar á quien lo vea: mira Teresa, si Dios nos ha criado humildes, por qué quieres que salgamos contra su voluntad, pareciendo lo que no somos; no Teresa, no piensas bien, preguntaselo al Señor Cura, y verás como digo lo mismo que le he oído muchas veces; todo menos eso

Te-

Teresa, no demos que decir á quien nos conoce. Teresa, replicó Sancho, solo quiero lo que tú quieras; pero mira Sancho, no has oído al Barbero, que quando fue á la Corte à hacerse Sangrador, vió en coche que era suyo á un compadre de parir, y nadie le decia nada; ¿pues por qué habian de decirlo de mí, que al fin soy muger de un Consultor, y no Consultor asi como quiera, sino del Duque mi Señor? Es verdad, respondió Sancho; pero primero es pagar lo que se debe, que traer coche. Calla Sancho, ¿no has oído al Señor Cura, que el deber, y no pagar es de Caballeros? pues si lo hacemos así, nos tendrán por tales; y si por tales nos tienen, ¿qué importa que no lo seamos?
Ade-

Además que dixo quando predicó la Quaresma pasada: los coches, á quántos por traerlos los hace no comer; y si esto es así, porque sí será quando el Señor Cura lo dice, no sabemos quál será mas varato, comer por no traer coche, ó tener coche, y por ello no comer: es menester Sancho mirar lo mas varato, porque los tiempos no están para desperdiciar nada: á lo que sea mas ahorro es preciso estár; piensalo al fin, que como dice el Sacristan, bueno es consultar con la almohada quanto se haya de hacer.

Así debe ser, dixo Sancho, y vamos á almorzar que es tarde, y hay que hacer muchas cosas. Así lo executaron con mucho gusto, tanto por los doscientos

tos

tos escudos que tenian asegurados, quanto por hallarse de un instante á otro con la Consultoría, que nunca pudieron pensar.

Separáronse el Cura, y el Bachillér, despues de haber gastado inútilmente el tiempo en sus disputas, para atender éste á sus quehaceres, y aquél á su rezo, el qual concluído, con el cuidado del nuevo Consultor Sancho Panza, iba á salir de su casa para la de éste, quando se halló con un hombre con traza de caballero en modos y en adornos, que venia de paso, segun su declaracion, y le traía memorias y expresiones de Cardenio, á quien titulaba su primo; y ya se dixeron sus aventuras, de Sierra-Morena, muerte de su mula, locura, y demás que el tal caballe-

llero traía de memoria, como que habia leído la historia de Don Quixote, publicada aun antes de su muerte: pidióle por merced con muchos cumplimientos le permitiese por pocos dias alojarse en su casa, respecto de no haber en el pueblo ninguna correspondiente á su carácter, que satisfaría todos sus costos al llegar su recámara y criados, que habian salido despues de él, mediante á haberse visto precisado por un lance de honor en que mediaba una señora, á tomar la marcha tan á la ligera, y casi disfrazado con solo una maleta, y aquella mula que lo conducia; y que despues le contaría los motivos estando seguro de que aprobaría su determinacion.

Como el Cura era sano de em-

embustes, de natural caritativo, y conoció á Cardenio, sin tener presente que sus locuras andaban impresas, creyó ser su recomendado Don Aniceto, que así dixo llamarse, hospendándole desde luego en su casa como primo de Cardenio.

Era el tal Don Aniceto hombre de corta edad, despejado, de genio agudo y alegre, de eco afrancesado, su trage peinado, y ademánes de última moda, y al fin, de estos que llaman de aspecto recomendable; pero, segun despues se manifestó, era realmente un caballero franco, petardista, de profesion embustero, que vivia de la industria y socarronería, haciendo uso de la qual, se habia informado del carácter, y bondad del Cura, y to-

tomado el pretexto de Cardenio, cuyos sucesos tenia presentes por la razon que se ha dicho; y la justicia por esta causa, y sus muchos créditos sacados con engaño, habia tomado á su cuenta el cóbro de ellos, á instancia de los acreedores, y el de su persona para quitar de entre gentes dóciles esta polilla de bolsas, y de mesas, cuyo número en todos tiempos y lugares no es corto.

Como el Cura le dixo se hallaba con la precision de pasar á la casa de un feligrés, llamado Sancho Panza, á quien un Duque habia hecho su Consultor, le fue fácil confirmar su bondad y ninguna malicia, y con este motivo recargando cortesías y expresiones de su propio oficio, se ofreció muy cumplidamente al ob-

sequio del Cura, y á servirlo en lo que gustase, principalmente en el particular de su feligrés.

Parecióle al Cura que nunca estaria de mas, pues Don Aniceto venia de la Corte, que instruyese á Sancho en las urbanidades y cortesías que son anexos á ella, y de que Sancho estaba tan sin noticia; por lo que aceptó la oferta de Don Aniceto, cuyo caso le ofrecia buen exîto en la instruccion que debería llevar el Consultor, y pidiéndoselo como por favor al Don Aniceto, aseguró éste su partido de alojamiento, bien que el Cura le dixo quedaba para ello poco tiempo; porque la órden del Duque no daba mucho, pues decia que muy luego se pusiese en camino, y que solo tardaría aquél pre-

preciso para hacerle vestido correspondiente, para lo que el mismo Duque habia enviado dinero.

Aun para que sea correspondiente, y de última moda, puedo bien desempeñar el encargo, dixo Don Aniceto, porque es lo primero de mi rigoroso instituto de caballero franco, el estár enterado de ellas, y he sido por antiguo, exâminador, ó difinidor de las dudas que son casi diarias en nuestra profesion. Quál es esa, dixo el Cura, que á la verdad nunca hasta ahora he oído tal caballería, ni instituto. Yo os diré de ella muy por menor, pues en mi equipage traigo en uno de mis baúles (que solo viene lleno de papeles curiosos) las constituciones, y otros

documentos, que declaran quién fue su fundador, los Priores, y Sub-Priores que ha tenido, y el catálogo de los profesores, y actuales Novicios en el estado Eclesiástico, Político y Militar, &c. porque de todas clases se hallan profesores, y en todas partes tiene este instituto sus individuos, conocidos por caballeros francos.

CAPITULO III.

Prosigue el civilizado Maestro sus embustes.

VAlgate tu poder, fortuna, dice Benengeli, pues quando tú quieres todo lo allanas: ayer estaba Sancho desvalído, y ya hoy es,

es, quando menos, Consultor de un Duque: ya lo instruye en política un Cura Párroco: ya lo quiere poner culto y civil un caballero franco: quando á tí se te antoja, todo lo facilitas: ¡quién supiera de tí quien te hace fuerza! Ruegote, Sancho, que aproveches el tiempo que te sea favorable, y mira que si este se te huye, no pienses que lo hallarás despues; porque tiempo que una vez se vá, nunca vuelve, y el de la fortuna huye quando menos se espera.

Como Don Aniceto (prosigue la historia) solo pretendia agradar al Cura, para disfrutar su casa, pareciale luego tarde para empezar su faramalla; y creyendo que en la tardanza se arriesgaba, dixo al Cura lo si-

guiente: Quándo, Señor, he de empezar á serviros, exercitándome en obsequio de vuestro feligrés, porque si el tiempo es corto, y ese se pierde, es preciso quede sin concluir la importantísima obra de su instruccion, que no es del todo fácil. Al instante, si vos gustais, se empezará, dixo el Cura, pasarémos luego á casa de Sancho, que ya estará vestido en nuestro trage provincial, y me parece que por vuestro cuerpo se le puede tomar medida de el de Corte, porque en carnes y altura os pareceis mucho. Peró Señor, antes de todo, ya que venís de la Corte, no me diréis, ¿qué es esto de Consultor de Duques? Los Consultores, dixo Don Aniceto, son unos sugetos de la confianza de

los Duques, asi en la capacidad, como en el recto obrar, de quienes toman parecer en las cosas de importancia. Válgame Dios, dixo el Cura, siendo eso asi, que asi lo creo, nuestro Sancho nada ha adelantado, segun creía yo: Señor, respondió Don Aniceto, siempre es mucho adelanto en casa de los Duques ser Consultor, tienen los tales muy buenos salarios, están siempre mirados de todos los criados con respeto, hay ciertos regalos, y suelen pasar con su proteccion á otros cargos de muy alta guisa, que de esto hay exemplares cada dia.

En fin, sea lo que sea, y válgale lo que le valiere, dixo el Cura, ya es menester no dexarlo de la mano, poniéndo de nues-

tra parte quanto se pueda, para que no vaya tan rustico á la tal Consultoría, que yo habia creído cosa de otro bulto.

En estas pláticas llegaron á la casa de Sancho, á quien hallaron muy puesto de bata, y era una que habia dado á Teresa la sobrina de Don Quixote del uso de su tio, para que de ella hiciese alguna cosa que pudiese servirla; pero el acaso hizo que no se hubiese tocado á ella, y así como trage de mas autoridad, para estár en casa se la habia vestido; aunque hay Autor anónimo, que tratando de este punto, dice afirmativamente: que fue á persuasion de Teresa con dictámen de Maese Nicolás, que dixo ser constitutivo del nuevo cargo el uso de la bata, segun habia vis-

to

to en los que visitó quando su exâmen de Sangrador para empeño en el Proto-Barberato.

Entró el Cura, y Don Aniceto, y ambos al ver á Sancho de bata no pudieron contener la risa; pero Sancho, creyendo de buena fe que procedía de gozo y alegría, saltó con ella á abrazar al Cura, á quien preguntó, quién era el que le acompañaba.

El Cura le informó de la clase y calidad de su huesped, y del fin con que lo conducia á su casa. Enhorabuena sea, dixo Sancho, Señor Cura, y vmd. Señor, exercite en mí su arte ú oficio, que no sé como se llama; á que respondió Don Aniceto: titúlase maestro de afectos y movimientos este arte, que yo sé bien; pero no soy profesor pú-

blico, lo aprendí del celebérrimo Parisien Monsieur de Grañee, que vino á este fin de motu propio; porque á la verdad, Señor Cura, dixo volviéndose á él, estábamos perdidos en cultura y policía, y ya con la extension de tan prodigiosa enseñanza se ha adelantado muy mucho; de modo que él mismo dice, que puede apostárselas á movimientos y afectos el pagecillo mas mocoso.

Válgame Dios, dixo el Cura, ¿que con efecto hay maestros de este arte, Señor Don Aniceto? Sí Señor, hay hombres que se exercitan en su sombra, y al espejo para no olvidarse de lo aprendido, no es cosa de mucho trabajo el aprender este nuevo modo de andar, y de presentarse

se en corro público: la mayor molestia está en no olvidar la media risa continua quando se habla, los dos balances de parada en corro, y el paso de quasi minuet, que dicen vulgarmente que es un redoblado de andadura como vmd. verá despues.

Es cierto, dixo el Cura, que el que vive en un Pueblo corto, está como en un desierto, bien podia yo porfiar con qualquiera (si tuviera este vicio) que tal cosa no habia venido á España; pero ya con el seguro de vmd. no lo haré, sino pediré á Dios, que páre en esto nuestra extravagancia, y que no nos la saquen por impreso, en fin vmd. empezará su leccion con este caballero quando quiera.

Ahora mismo se empezará, di-

dixo Don Aniceto, si este Señor tuviera el vestido propio para enseñarla, y que es del caso para que sea bien vista. No es tan fácil otro trage, dixo el Cura, porque aunque hay con que, no se ha dado providencia para hacerlo á causa del escaso tiempo, que para ello ha habido, y si este no puede suplir, paciencia.

Si á vmd. Señor Cura, y á estos Caballeros no desagrada mi pensamiento, todo está remediado: su Señoría, dixo Don Aniceto, señalándo á Sancho, tiene mi estatura poco mas ó menos, y en lo grueso nos llevarémos muy poco; y pues yo traigo un vestido sin estrenar de última moda, bastante decente, hecho á la perfeccion, y que no me es del caso, porque tengo otros, puede

tasarse por perítos, y baxando el tercio por obsequio de vmd. y del Señor Don Sancho, su importe servirá para satisfacer el hospedage, en cuyo concepto hice mi súplica de alojamiento en su casa, porque con la celeridad de mi viage no pude prevenirme de dineros, y carezco de ellos hasta tanto que llegue mi equipage.

Señor Don Aniceto, yo no soy hombre, respondió el Cura, que hago posada mi casa, si á vmd. nada dixe de ello quando me la pidió, fue porque usase de ella con libertad todo el tiempo que gustase: estimé mucho al amigo Cardenio, soy inclinado á hacer bien, y en esto cumplo con mi genio, y con mi obligacion: si vmd. de buena voluntad gusta

de

de vender el vestido por lo que sea razon, lo tomará Sancho, y los cabos se buscarán en el Pueblo, que aunque corto hay en él sugeto, que por herencia de un hidalgo tiene todos los menesteres del trage, y despues se comprarán otros, si no fuesen del estilo del dia, que bendito Dios hay dinero con que costearlos.

En quanto á cabos, dixo Don Aniceto, traigo yo todos los que estaban dedicados para el vestido, que tambien están casi sin estrenar; y pues vmd. Señor Cura es bizarro en su hospedage, yo lo he de ser igualmente en el vestido, el qual queda con sus cabos á disposicion del Señor Consultor, y así cumplo con mi genio, y mi instituto, que dice que el caballero franco ha de estár tan dis-

dispuesto á ofrecer como á recibir: no quiero otra paga sino que se me admita mi buena voluntad: estamos en el mundo, y puede tal vez su Señoría acordarse de mí si me halla en otra fortuna.

Yo entro en ello, dixo Sancho, pero el Cura respondió, yo no; pues solo entro en que se pague á toda tasacion de perítos; si asi lo acepta el Señor Don Aniceto, se tomará como costo de hospedage; solo esto quiero, y debe hacerse; cuya expresion dixo en tono sério, y como disgustado, á que Don Aniceto se conformó por no desazonar al Señor Cura, que queria lo justo.

Envióse por la maleta, que conduxo el rucio, y un vecino de Sancho que entró al tiempo de la disputa, y abierta que fue,

sa-

sacó de ella Don Aniceto un vestido primoroso (aunque la historia no dice de que era, y lo presentó á Sancho, á Teresa, y al mismo Cura, diciendo, ya tiene V. S. aqui vestido y cabos correspondientes, es preciso ponerlo para empezar en el exercicio de mi comision.

Sea en buen hora, dixo Sancho, pero Señor no tiene chupa; esta es, dixo Don Aniceto, mostrándola: pues Señor, respondió el Cura, ¿dónde es chupa esta? es jubon sin mangas, como el que traigo debaxo de ella: Señor Cura, dixo Don Aniceto, esto es hoy chupa, y vale por tal en la Corte, y en toda Ciudad política, y su declaracion de chupa no es mia, es de hombres muy instruídos, y para ello se hicieron

ron muchos y exâctos reconocimientos de perítos, esta es chupa de última moda, á la qual debemos estár por convenir en todas sus partes con la que traxo de París Monsieur de Catiná, su introductor comisionado para ello.

A la mano de Dios, dixo Sancho, paciencia, y vamos adelante, me la pondré como chupa: para que entre la casaca, esperad un poco Señor buscaré el calzador de mangas de casaca, dixo Don Aniceto: qué es eso de calzador de mangas, dixo el Cura, que no entiendo qué pueda ser ese instrumento, ni en mi vida le he visto, ni oído nombrar, el de zapatos, sí que le tengo, aunque no lo uso. Este es Señor, dixo Don Aniceto, el

cal-

calzador de mangas de casaca, y mostróle una cinta angosta hecha como red, que estorba se suba la camisa. Válgame Dios, dixo el Cura, qué estilos, ¿quándo tendrán vergüenza los hombres? vamos, que deseo ver vestido á nuestro amigo: allá vamos, dixo Don Aniceto, meta V. S. el brazo poco á poco: ay ay, Señor, dixo Sancho, que se me manca el brazo, que no puedo sufrirlo, y se queda el brazo como un palo forrado sin arruga. Asi es, dixo el Cura: á que respondió Don Aniceto, *optimè perorasti*: es terminante la voz de la constitucion, que dice: »Quedarán los dos brazos como »si fuesen de palo forrado, y sin »que haya arruga, *usque ad co-* »*do inclusivè*, y es á la letra."

No

No la hemos de inovar nosotros, pues no tenemos jurisdiccion para dispensar la moda. Ay Señor Don Aniceto, dixo Sancho, que la casaca no me viene, que no junta el pecho, ni ojales con botones: *è for bien Monsieur*, dixo Don Aniceto, pues así ha de ser, y así se estila, y este corte lo trajo Monsieur de la Marche, que bastante dió que hacer á la Sastrería de la Corte, y aun hay muchos hoy que dicen que no le dan el verdadero ayre. Señor Don Aniceto, preguntó el Cura, ¿y para abrochar el pecho qué harémos? Qué harémos, respondió Don Aniceto, para este caso, que rara vez se ofrece, se dispusieron ocultos estos corchetes que aqui veis, cuyo descubrimiento costó no pequeño trabajo: (En

esto dice Cide-Hamete por un parentesis, que se los abrochó Sancho con gran dificultad, de modo, que con la opresion le salieron los colores, y con su negra barba, brazos embarados y tendidos, quedó el bueno del Consultor la mas ridícula figura que puede imaginarse. Segun eso, replicó el Cura (prosigue la historia) con lo que antes se hacia una chupa, se hace ahora un vestido, no ganan nada las fábricas con estas modas. No Señor, dixo Don Aniceto. Los calzones faltan, dixo Sancho: aquí están, replicó Don Aniceto, que los presentó, y al verlos el Cura, dixo: Señor, qué calzones son estos, pues segun lo largo, anchos, y altos, y el sin número de botoncitos, son calzones de golilla anti-

ti-

tigua: es cierto, respondió Don Aniceto, y esta ha sido sábia providencia para dexarnos reliquia del trage nacional, y memoria de nuestros abuelos: aunque ya vá de caída esta moda, porque la sobstituye otra de otros mas justos, angostos, y de trampa. De trampa, dixo á este punto Sanchica, que estaba como una estatua sin hablar una palábra, mirando la buena estampa de su padre. Sí Señora, la respondió Don Aniceto, de trampa, de trampa, ponedlos Señor, que bien puede hacerse sin quitaros los otros: rara extravagancia, dixo el Cura, vamos Señor, fáltanos el sombrero. Nada falta, aqui traigo yo del órden mínimo, y del órden máxîmo de que todo hombre debe estár surtido para las

épocas sombreriles, de que escribió ampliamente el erudíto Monsieur Pit-Lemon en su célebre obrita, intitulada *armaduras de sombreros*, que tuvo la mayor aceptacion, y traduxo con mucha felicidad el Abate N. cuyo nombre no tengo presente; y esta alternativa es correspondiente, y bien pensada para el util de las fábricas; y este como escrupulo, es de la pasada, dixo Don Aniceto, riéndose.

Bendito sea Dios, dixo el Cura, qué ignorante estoy de lo que es mundo, creyéndome capáz de dar mi voto en todo: si yo no hubiera tenido esta instruccion de vmd. Señor Don Aniceto, se reirían de mí las gentes cultas: ahora bien, yo quisiera que se

pei-

peinase nuestro Sancho, que gusto verlo de moda; pero en este Pueblo no hay quien pueda hacerlo. Hoy, Señor Cura, dixo Don Aniceto, casi está por demás este Arte Oficio, ó como quieran decirle, el peinado natural que sale despues de dormir en pelo corto, echandole sus polvos, se llama á lo natural, y corre por muchas partes en hombres y mugeres que de esto tienen voto; pero en otros, y otras de algun juicio lo miran con desprecio, haciendo burla. Pues á mi fe, dixo Teresa, (que estaba poseída de un cierto embelesamiento) que de todo en todo se dispone bien, porque echándose ese polvo, harina, ó cernido, que vmd. dice, está ya peinado mi Sancho, porque su pelo pa-

rece de Erizo, ó Puerco-Aspin. Espin dirás, Teresa, dixo el Cura. Aspin, ó Espin, respondió ella, allá se vá todo. A lo que dixo Sancho con voz algo fatigosa: no hay andarse en tiquis miquis por letra mas ó menos; y Don Aniceto prosiguió diciendo, si se dá á luz una obrita que un amigo mio está trabajando, y titulará *extravagancia capital* (por darle algun título sonoro) verá vmd. en ella una coleccion completa de ciento y treinta y dos peinados diferentes, en cuya obra lucirá el Autor su buen discurso, poniendo en aplicacion á los profesores de este oficio, y dándoles mas gastos á los que los usáren; con cuyo modo serémos mas felices y cultos, porque en esta extravagante variacion están

tán creyendo consiste la policía y buen gusto. El corbatin, que puedo poner á este caballero para darlo todo completo, lo traigo puesto; pero mientras hay otra providencia, supla una sabana de esa cama, que asi debe tener su abulte, si ha de ser de moda. Rara grandeza de corbatas ó corbatines, dixo el Cura, Señor mio; y pues esta es la moda en este siglo de oro, segun dicen es, vaya adelante; y ya que Sancho está vestido, y capáz de recibir lecciones, Señor Don Aniceto, empiezen las primeras, que deseo oírlas y verlas para aprender lo que ignoro. Pláceme, Señor, respondió aquél, y poniendo en pie á Panza (que se habia sentado para tomar un poco de aliento) en medio de

la pieza donde estaban, tomaron sus asientos los espectadores, y el grande, y sin igual Don Aniceto, con ademanes de titiritero, y en un tono, como que sabia el idioma francés, empezó en alta voz á decir lo que se refiere en el Capítulo siguiente.

CA-

CAPITULO IV.

Empieza Sancho á tomar las lecciones pedeográficas, y un inaudito suceso hace no quede perfectamente instruído en ellas.

ESta escuela, ò nobilísimos Señores, es la verdadera Pedeografía, que con mucho trabajo sacó á luz (para pulimento del hombre, y arrojar sus movimientos, que la desidia tenia sin órden, poner el jugo nutricio en circulacion metódica, y hacer la digestion con menos costo del calor natural, en cuyo caudal solo pende nuestra salud y nuestra vida) el nunca bien celebrado

do Señor Guillermo Charleton, conocido por ella, y otros escritos en todo el orbe: para que el cuerpo de quien la usa consiga tan saludables efectos, conduce siempre llevar levantada la cabeza, casi como mirando al Cielo, el pecho sacado, ensillándose la cintura hasta lo posible; las rodillas sin doblar, las piernas derechas, las puntas de los pies como en primera postura del minuet; y asi debe caminar con paso de este que dicen tres por quatro de compás, pero muy grave, y con mirada que dicen de proteccion, cuya explicacion será despues mas amplia: quando el Caballero Pedeografo se le ofrezca parar en algun corro, ya sea de caballeros francos, de pretendientes á este órden, ó de qualquie-

quiera clase de sugetos hábiles y de Corte, lo hará de pie firme, quedando inmovil por dos segundos minutos; pero luego mirando á diestra y siniestra á los del corro, dirá, Señores, y luego hará dos balances uno á cada lado, quedando despues en libertad para usar con ella el cuerpo estando allí con ellos; pero si en el corro donde parase hubiese algun superior suyo, ó alguna persona á quien quiera hacerle los honores de tal, hará la primera parada á dos pasos del corro, allí hará el plantón, inclinará la cabeza hasta lo posible, procurando sacar sus partes traseras sin doblar las rodillas; pero despues puesto el cuerpo en libertad natural, hará los dos pasos á la distancia al corro con los de

de minuet, y puesto de compasillo, se introducirá en él, dirá Señor, al que hace los honores, y á los demás Caballeros, y despues hará la cortesía como hemos dicho.

Si algun concurrente sacáre caxa de tabaco, supongo negro, porque otro no tiene honores, y el Caballero Pedeografo lo quisiere tomar, lo hará siempre con la mano derecha, porque la izquierda es solo usada en esto de hombres no cultos, y antes de tomarlo pondrá la mano derecha unidos los dedos en forma de piña, la llevará así hasta cerca de la boca, luego la apartará violentamente, cuya accion se dice cortesía, y encurbando el brazo entrará los dos dedos en la caxa, y executado esto, hará la cortesía,

sía, pero sin balances.

El tomar el tabaco ha de ser uñas arriba, y para esto se pone el cuerpo como en cortesía, para que nada cayga en el vestido, la nariz ha de recibir sin apartar la mano, no ha de volver á ella, sacudirá los dedos, sacará el pañuelo, con solo la mano derecha se limpiará, daràle vuelta al ayre sobre el puño, y lo entrará en el bolsillo, procurando quede fuera como por casualidad un pico de él, como de una quinta parte. En este paso estaban, dice la historia, y oyeron golpes á la puerta, salió á abrirla Teresa, y era el Bachillér Sanson, á quien dixo aquella, entre vmd. Señor Carrasco, verá á mi Sancho revestido de Consultor: Dios se lo pa-

pague á un Señor que ha traído el Cura, que lo ha puesto con su ropa á las mil maravillas, y le está dando lecciones para que vaya á la Corte, y le vá á enseñar á andar, segun diz que se estila allá.

Entró el Bachillér, y hallando á Sancho en aquel trage, preguntó al Cura con voz baxa quién era aquel hombre, si era criado del Duque, que venia á conducirlo; y el Cura le enteró brevemente de quien era Don Aniceto, y lo que le estaba enseñando, á lo que el Bachillér dixo sin detenerse: ¿Qué es esto Sancho, es preparacion para dexarnos? pues por el trage infiero la cercana marcha. No se irá tan pronto este Caballero, respondió Don Aniceto, porque es preciso que antes

tes se instruya en el modo de gobernar el cuerpo, y de algunas otras menudencias políticas, correspondientes á este Señor, que como su Señoría no ha tenido para que aprenderlas de antemano, las ignora del todo; pero á Dios sean dadas gracias, creo adelantará mucho su Señoría con unas lecciones de ellas que le doy, porque es hombre de penetracion, y yo en esto le sirvo por mandado del Señor Cura Párroco de este Pueblo y su jurisdiccion, lo que estaba executando; pero ya Señor me suspendo en ello, hasta obtener vuestro permiso, por si venís á negocio grave; que despues se hará esto quedando desocupado del todo su Señoría.

Cierto que este Señor, dixo el

el Bachillér al Cura, es la flor y la nata de la misma cortesía. Es, respondió el Cura, el Señor Don Aniceto de......Florez de Mejorana, obsequiosísimo servidor de vmd. dixo Don Aniceto; y siguió el Cura, diciendo, es Caballero del Orden de francos, maestro, aunque no público, de afectos y movimientos, que por hacerme favor, y por el acaso de haber llegado á este Pueblo, y honrado mi casa, se ha dedicado á enseñar á nuestro amigo: es primo de aquel Cardenio, de quien muchas veces hemos hecho conversacion, y de los pasages de su historia.

Ha Señor, dixo Sancho, si yo viera aquí á ese Señor Cardenio, y aquella Señora Princesa de......Micomicona, dixo Don Ani-

Aniceto, señora famosísima, Princesa ultramarina, que nunca será tan bien alabada como corresponde á su merecimiento: en verdad, dixo Sancho, que si aquí estuviese ahora, se habia de alegrar mucho, y puede ser que la señora Princesa diese á Teresa algunos vestidos suyos, ya que el Señor Don Aniceto con el suyo, que vmd. vé, ha obrado como Caballero. Señor, Señor, dixo Don Aniceto, no me avergüenze V. S. Yo nada he hecho: desearía estár en mi casa para mejorar lo dado, y aun agregarle otros de mayor sustancia, y ofrecer á mi señora Doña Teresa algunos que tengo allí hechos á la Indica Filipiquina, que están sin uso, y fueron de mi madre, que era una Señora Americana

de mucho rumbo que tenia muchos, no obstante que mi padre ha dado bastantes; pero conserva por manía y memoria otros; habiendo repartido un crecido caudal que en ellos habia, entre *Chichiguas* de los *Pepenaos* de casa, y sus *Pilmamas*; pero en el dia por la distancia es imposible facilitarlo; pero su Señoría mi Señora Doña Teresa recibirá mi buena voluntad.

Yo la recibo, dixo Teresa, y yo y todos, añadió Sancho. De dónde sois Señor, dixo el Bachillér, que ese espiritu no es de estos países. Yo, respondió Don Aniceto, dando uno como suspiro, soy Señor de Cebú en las Islas Filipinas, poblacion la mas hermosa y fértil de todas ellas, porque allí no es solo abundantísi-

sima la plata y el oro, sino que tambien se crian infinitas perlas, mucho coral, y no es escasa la pedrería fina, como diamantes, esmeraldas, rubíes, zafiros, &c. hay en casa de cosecha perlas del tamaño de huevos pequeños de paloma; y como de gorrion, y otros así, es casi el todo de las que se aprovechan, porque siendo menores se abandonan en las mismas pesquerías: he tenido de cosecha propia un diamante de treinta quilates, y granos mas; pero al venir á España lo puse en un baúl, porque me era estorbo en la mano para todo, y en una fuerte borrasca que padecimos, se echaron los baúles al mar para aligerar la embarcacion, y á él fue, como el crecido número de alhajas, dinero,

y demás que saqué de mi casa, que dexé, porque mi padre me queria casar con una Señora de Anchin (que ya hoy es Marquesa, porque heredó á su hermano que lo era con el título de Marques de Ibrosfal) y yo siempre fui opuesto á las Anchinesas, porque son tomadoras de tabaco en humo, y gastadoras sin término, y otras cosas que no son de mi genio: mi padre es uno de los mas ricos comerciantes de coral y perlas, y segun me avisa el caxero principal de mi casa (que hay otros quatro que no son principales, sino sujetos á éste) la pesca de perlas el año pasado excedió de lo regular en mas de ochenta quintales, y la de coral estuvo muy cerca de otro tanto; bien que hay en casa en hacien-

da propia el peñasco de mar, que llaman San Juan de Luz, que las cria casi como he dicho, y son inagotables; pero es el mas peligroso peñasco que hay en aquellos mares: hay año que fenecen en la pesca doscientos Negros esclavos, bien que por lo comun un año con otro pasan de ciento, teniendo con ellos, como se tiene mucho cuidado, por lo mucho que cada uno tiene de costo, porque la cria de Negros se ha maleado mucho de poco tiempo á está parte en aquel terreno. Ay Señor, yo quisiera, dixo Teresa, que el arriero me traxera unos negritos mejor que los vestidos.

No hay allá arrieros, dixo Don Aniceto, que si los hubiera, mucho de esto pudiera yo daros;

á lo que respondió Sancho, yo solo por las perlas me alegraría, porque Teresa tiene mucha aficion á ellas, y me temo que no las ha de hallar tan grandes. Aunque no hay arrieros, dixo Don Aniceto, no es dificil traerlas, sin embargo de que tardarán por lo distante; pero en este mundo todo llega. ¿Y cómo padre vmd. solo para mi madre pide? dixo Sanchica, que permanecia á todo embelesada; á que Don Aniceto dixo: ¿Señorita, tan desconsiderado me haceis, y falto de cortesía, que habiendo de traer para mi Señora Doña Teresa, no habia de traer para vos, aunque no fuesen mas que un par de cientos de ellas para que las vieseis, dieseis á Dios gracias por su magnitud, y despues repartieseis

entre vuestras criadas? poco os merezco Señorita Doña Sancha.

¡Ah! Señor Don Aniceto, dixo el Cura, y cómo se conoce los buenos paños en que os habeis criado, que quien con miseria se cria, no tiene manos para dar. Aunque eso no fuese, que asi es, bendito sea Dios que todo lo dá á quien quiere, solo por profesor de caballería franca estaba obligado á hacer estos ofrecimientos. ¡Ah! qué órden tan bella es esa, dixo el Cura, que su mismo nombre dice la que es.

Estando en esta conversacion volvieron á llamar á la puerta, y saliendo Sanchica á abrir, vió era el monago de la Iglesia que preguntaba por el Cura, á quien dixo de parte del Alcalde, que lo esperaba luego en el pór-

tico de la Iglesia para cosa urgente; y habiéndole dicho al muchacho que iba inmediatamente, se despidió de todos, y le encargó á Don Aniceto siguiese las lecciones á Sancho mientras volvia, con lo que se marchó en compañia del Bachillér.

Pero, dice la historia tratando en este caso, que luego que el Bachillér salió á la calle, dixo al Cura: verdaderamente Señor que yo os tenia por hombre de algun conocimiento del mundo y sus habitadores, pero me hallo engañado, y conozco vuestra bondad para creer quanto os dicen y cuentan: yo he estado con bastante cuidado oyendo á vuestro huesped Don Aniceto, y he hallado lo que vos no habeis notado en él; hallo en él mucha infa-

famia de veniros á engañar, fingiéndose caballero franco, maestro de movimientos, pero no profesor público, sino aficionado: nada hay de esto en el mundo, hoy los caballeros francos no es religion, es solo una turba de petardistas de toda clase y estados, y que comen, visten, y pasan á costa agena: nada gastan de suyo aunque lo tengan: toleran por vivir así muchos desaires de amos, y aun de criados, que de estos comensales suelen pagar las costas. Esa maestria de movimientos no es profesion pública, es solo una gerigonza apreciada, y que usan muchos calaveras que son la irrision de los hombres de juicio, empeñados aquellos siendo Españoles, á cuyo caracter es opuesta toda afectacion, imitar

tar á algunos votarates extrangeros, que contra el parecer de sus compatriotas juiciosos y de seso, usan tales pataratas, de que ellos mismos se burlan: este modo pedeografico, y este arte de movimientos ridículos es siempre el noviciado de la caballería franca: no notais en su mismo nombre su malicia, llámase franca, porque francamente se introducen en las mesas de quien no los llama, y tal vez admiten repugnantes por razon de estado que llaman, á muchas cosas, que es menester tolerar por otras. La profesion que hacen es de nunca decir verdad: no notais la grandeza que nos contó del comercio de su padre, las perlas, los diamantes de aquel tamaño, que perdió en el mar, de posito que siempre

pre tienen muchos para engañar á muchos mas. Todo esto es un arte de titiritero, y una parla como la de Maese Pedro para engañar los bobos. Por Dios Señor Cura os pido seais mas cauto para estas gentes: él al fin se os ha metido en casa: ¿quándo podreis desasiros de él, segun sus constituciones de caballero franco? Hasta la tercera monicion con malos modos, no puede por el instituto apartarse de comeros un lado, y parte del otro: mirad Señor Cura lo que haceis, que ese hombre puede dañaros en vuestra casa, haced que Sancho le vuelva su vestido no sea el diablo que le haya hurtado, y pague Sancho lo que no debe, y......Callad, callad, Señor Bachillér, dixo el Cura, que pensais

sais ligeramente; pues un hombre como Cardenio habia de enviarme un dañador como vos haceis á Don Aniceto. Pues Señor, dixo el Bachiller, ¿os traxo carta de Cardenio? y si la traxo ¿conoceis su letra y firma? No traxo carta, ni yo he visto nunca la letra de Cardenio; pero traxo unas señas así de la causa de su locura, como de la vida que hizo en Sierra-morena, muerte de la mula, y demás, que en todo concuerdan con lo que yo mismo sé; y así es preciso creerlo sin necesidad para ello de carta; á lo que el Bachillér, que habia conocido la tramoya de Don Aniceto, replicó, pues Señor Cura, si en esto os fundais, todo quanto dixo de Cardenio lo refiere muy menudamente la historia

im-

impresa de Don Quixote, nuestro Alonso Quixano, por lo que qualquiera que la haya leído dará de Cardenio las mismas señas que ha dado este Don Aniceto, ó Don Trapala: daos á partido Señor Cura, que ciertamente siento veros con tan buenas creederas con un hombre, cuyos maliciosos embustes son tan visibles.

En estas razones iban, quando el Alcalde que esperaba al Cura en la Iglesia, viendolo venir le salió al encuentro llamandolo separadamente del Bachillér, y le dixo: Señor Cura parece habeis admitido en vuestra casa, y teneis en ella un hombre llamado el Caballero Franco, su nombre propio se ignora, y dice la Requisitoria que aqui traigo

go que nunca usa de uno solo, aquí están sus señas, y la órden de prenderlo por sus fechurías, que concuerdan con las que me han dado los que lo vieron parar en vuestra casa, y despues andar con vos: ya señor sabeis mi obligacion en esta parte, disponed cómo pueda yo cumplir con ésta, sin que se allane vuestra casa para sacarle de ella.

Quedó suspenso el Cura al oír al Alcalde, llamó al Bachillér que estaba apartado de ellos, contó quanto aquél le habia dicho; y el Bachillér reconvino al Cura así: ? no os lo dixe yo bien poco hace, Señor Cura ? aquí no hay mas remedio sino que el Señor Alcalde disimule hoy esta diligencia: en llegando la noche se puede sacar del Pueblo este hombre,

bre, á quien es preciso le valga el respetable asilo de la casa del Señor Cura: convengo en ello, dixo el Alcalde por servir á su merced, y honrar su casa; y pues las requisitorias andan al contorno del Pueblo, la justicia de otro podrá cumplirla. Dióle gracias el Cura por su buen proceder, y dixo al Bachillér vamos á casa de Sancho; lo que así hicieron, y hallaron á Don Aniceto dando las ridículas lecciones de paso á nuestro Consultor; pero habiéndolas interrumpido la llegada de ambos, dice la historia, que el Cura dixo á Sancho reservadamente: amigo bueno está lo bueno, quitaos ya el vestido, y descansad que bien lo habeis de menester. Y como que sí, Señor Cura, respondió Sancho, porque

os aseguro que nunca me he visto mas fatigado que ahora, y quando aquellos malandrines me armaron con los paveses para defender aquella malograda Insula que Dios perdone. Y vos Don Aniceto, prosiguió el Cura, recogedlo para que se conduzca á mi casa, que allí se reconocerá por perítos, y se os dará su justo valor, si quisieseis venderlo; porque yo he hecho escrúpulo de que el Señor Sancho tome anticipadamente regalos de ninguno. Señor, dixo Don Aniceto, hágase como vmd. manda, yo recibo el desaire de no admitir lo que con tan buena voluntad quiero dar á este Caballero, aunque vmd. escrupuliza, no es tan fuera de uso que no haya exemplares ¡Ah! Señor, dixo el Cura, no se

se deben buscar exemplares de cosas mal vistas, como lo es admitir regalos los hombres constituídos en empleos; porque así con precision de hombres libres, se hacen esclavos venales; y en fin yo debo mirar por mi oficio por la conciencia del Señor Sancho, haya ó no exemplares, que eso no quita el que sea la accion mala. Dice bien el Señor Cura, dixo Sancho, cada uno su alma en su palma, porque entonces venia á verificarse aquello de no asamos, y ya pringamos, y yo solo quiero lo que el Señor Cura determine. Pues, Señor Don Aniceto, vamos á casa, que el Señor Bachillér cuidará de que se conduzca todo á ella.

Así se hizo; y habiendo el Cura, y Don Aniceto llegado,

aquél le contó á éste lo ocurrido con el Alcalde, y en lo que habian convenido por su respeto. Quedó Don Aniceto, dice Benengeli, turbado, lloroso, y corrido además; y tambien que el Cura dispuso que el equipage y persona se conduxese á la Hermita, distante muy poco del Pueblo, para que lo encubriese por aquella noche, y algunos dias mientras las requisitorias pasaban: que le dió viveres, y una limosna en dinero; pero no pone en qué paró, y adónde marchó el tal Don Aniceto, de cuya persona aunque hizo despues diligencias, nada supo.

CAPITULO V.

Cuentanse algunas cosas que deben tenerse presentes, y como Sancho marchó al Castillo de los Duques.

SIgue la historia de Sancho, diciendo: Que luego que el Duque despachó con la carta y escudos á Tomé Cecial, escribió tambien al Mayordomo, mandándole previniese una ridícula ceremonia para el nuevo Consultor, que fuese de buen gusto, porque la Duquesa estaba tristísima, y queria se divirtiese, aunque tuviese costo, y que le hiciesen á Sancho una como toga carmesí, para lo que libró sobre una

colgadura desechada las varas correspondientes, y de los demás trages que fuesen necesarios: dió órden asimismo para que se le surtiese de ropas, y que provisto de todo, y con decencia le llevase al Pueblo donde lo esperaba: que previniese asimismo de su órden á Doña Rodriguez (que estaba en el Castillo á tomar ayres, por si mejoraba del mal estérico que comunmente padecen las dueñas) festejáse á Sancho, y lo cuidáse con el mayor esmero, porque no tenia otra persona de quien fiar este encargo: que le avisase de todo quanto ocurriese, y que fiaba en él para esta diversion de la Duquesa.

Amaneció el siguiente dia de la huída de Don Aniceto, y el

Cura pasó á casa de Sancho: pero como este le vió sin el huesped, le dixo: ¿y cómo no viene el Señor Pedrográfo á repasarme la leccion de las cortesías, que se me olvidarán sinó? O Sancho amigo, dixo el Cura, el Caballero Pedeográfo está muy distante de nosotros, quando ayer llegamos á casa hallé la novedad de un correo que venia en su busca, para que al instante pasase al Puerto de Cadiz á entregarse en un navio que le envian cargado de perlas y coral; por lo que no tuvo mas tiempo que para tomar el mismo caballo que traia el correo, tomó la posta, y el que la traxo llevó la maleta en otro caballo que venia á prevencion para el viage: el vuestro al Castillo es menester dispo-
 ner-

nerlo luego incontinenti, que es lo que conviene mas que todo.

Válame Dios, Señor Cura, mi gozo cayo en el pozo, y quién lo hubiera sabido, dixo Sanchicha, para haberle encargado me enviase un Negrito, que tambien vendrán como las perlas. Callad niña, dixo Teresa, que no dexará de hacerlo sin que se le haya pedido, que aquel Señor tenia traza de dar, y en nada era miserable. Todo puede ser, y esperad en Dios que es quien no puede faltar en lo que nos ha ofrecido, dixo el Cura; y pues la diligencia es madre de la buena fortuna, no hay que retardar el empezar con la vuestra á obedecer al Duque, que ya sabeis espera á Sancho Panza quanto antes: Yo os supliré lo que os ha-

ga falta, y cuidaré del socorro de vuestra casa, que despues me lo pagaréis como vayais adquiriendo con qué. A tanto beneficio, dixo Sancho, (queriéndose fincar de hinojos) os seré esclavo: No quiero tanto, respondió el Cura, solo quiero seais agradecido, y que no olvideis vuestra obligacion: y vmd. Señora Teresa, decidle al Bachillér, que vaya en casa de la nieta del hidalgo, que si mal no me acuerdo, me dixo tenia por vender los vestidos que heredó de su abuelo, que qualquiera vendrá pintado á Sancho, porque era de sus mismas carnes y altura, y serán mas propios para su empleo, que el que queria daros Don Aniceto, estrecho, y incomodo de todos modos; pero advertidle que
 no

no diga que yo lo he de pagar, porque no los niegue; porque como se fue al otro mundo sin pagarme los derechos del matrimonio de la hija, no juzgue que quiero hacerme prenda de ellos por ser de su padre.

Quanto vos, Señor, dispongais es bien hecho, ahí están los doscientos escudos á disposicion de vmd. sin que se haya hecho con ellos otra cosa que contarlos muchas veces, dixo Teresa, y aun quando algo falte lo pagará Sancho despues, que á buena parte vá para ello; pero al llegar á esto dieron á la puerta unos terribles golpes, y saliendo á abrir Teresa, vió era el mozo del correo que traía una carta para el Cura, y no la habia dexado en su casa porque su ama le di-

xo

xo donde habia ido; y que no queria tomarla por si traía algun disgusto, que le recibiese de otra mano.

Pero á lo que se entendió no era disgusto el que contenia la carta, porque tomada por el Cura despues de pagado su porte que traía señalado, por parte del que la enviaba, y decia, porte medio real, y raya por debaxo, estilo comun en aquel territorio, para quitar á los estafeteros el trabajo de señalarlo; el mismo Cura de voluntad propia abrió la carta, miró la firma, y viendo que era de otro Cura, la leyó á media voz, y decia así:

»Amigo y compañero, por »fin ha resuelto la hermandad ce-»lebrar la funcion de Animas el »Domingo 23. del que empieza,

»y han convidado los mayordo-
»mos para predicar á aquel San-
»to Religioso, que se perdió el
»año pasado, para que se desem-
»peñe en este: para los gastos de
»comida, refresco, y demás se
»han sacado de las arcas de la
»hermandad cien ducados, y tie-
»nen dispuestos dos juegos de se-
»guidillas de pandero, nueveci-
»tas que llaman del Malbruc, y
»ha compuesto el hermano Pa-
»ba, que se baylarán detrás de
»la Hermita despues de la rifa:
»quieren que se convide mucha
»gente para que haya broma, y
»se junte limosna, porque este
»año ha estado malo, malo. La
»justicia ha convidado al cantor
»tuerto de habrá dos años, y al
»Sargento inválido para los jue-
»gos de manos. El Sacristán se
»ha

»ha ofrecido, con el fin de juntar
»limosna, á hacer la rifa vestido
»de muger. Todavia no se han
»repartido las Misas por el poco
»dinero que hay, y tener al Pre-
»dicador, algunas para el Prela-
»do por la licencia, y á quien le
»hace el Sermon, que este año
»es á prueba de bomba, porque
»tiene que traer en él las tres cir-
»cunstancias que ocurren en el
»dia, y son, el blanqueo de la
»Iglesia, la campana nueva, y sa-
»lir aquel dia á Misa de parida
»la Mayordoma, que es lo que
»hace al Predicador cerdear, pa-
»ra aceptar el Sermon. Por par-
»te del Beneficiado vienen, co-
»mo todos los años, la sobrina
»viuda, y las dos hijas, y el Abo-
»gado Correa su primo; pero yo
»no traigo á nadie. La Boticaria
»me

»me ha dicho dé á vmd. memo-
»rias, y le diga que no le falta-
»rán Misas, que ya sabe vmd.
»&c. con que amigo buen áni-
»mo, y venga vmd. nos ayuda-
»rá en el Coro, trayendo á quien
»quiera á esta su casa, que así lo
»suplíca la cuba chiquita del rin-
»con que le ha llegado su San
»Martin: hará vmd. penitencia,
»y Dios sobre todo, que guar-
»á vmd. muchos años = *P. D.*
»Envieme vmd. con el primero
»que venga de ahí quatro quar-
»tos de seda negra fina, y una
»baraja nueva, que aquí se
»acabaron; y mandar á su ami-
»go Don Sebastian = Amigo y
»compañero Licenciado Perez.

De quién es esa carta, Señor Cura, que á vmd. hace reir tanto, dixo Sancho; á que el Cura res-

respondió, es de mi antecesor Don Sebastian, que me convida á la funcion de Animas como todos los años; pero no sé que me haga, porque mi mula no está del todo buena. Si yo tuviera coche, dixo Teresa, se lo daría ahora á vmd. y aun por eso, y para servir á mis amigas, le he dicho á Sancho que luego luego me envie uno en que poder tenderme. ¿Y qué os dice Sancho, dixo el Cura? qué ha de decir, que lo dixera á vmd. á lo que el Cura en tono grave respondió: Teresa, Teresa, presto empezais á pedir cosas que no debeis á vuestro marido: ¡Coche! nada de eso, porque sería empezar por donde debe acabarse: ¿no veis que el coche es un gasto que debe hacerse de lo sobrante? y
que

que sobrantes no nunca puede haber en cortos sueldos, mayormente teniendo que mantener familia. El coche es propio para los Reyes, y ciertas Dignidades mayores, cuyo uso debió inventarse para solo ellos; pero en quien esto no es, parece muy mal el coche: mal haya ellos que han subido con su abundancia el precio de las mulas al pobre labrador, y han causado otros daños domesticos de empobrecer las casas, si hemos de creer á quien se queja de esto, y de haberse establecido como propio y preciso en muchos que no pueden, y se sacrifican á escaseces caseras, por salir ostentosamente en ellos: los hombres de juicio piensan así; y vos Señora Teresa, no teniais ninguno quando pe-

pedisteis coche á vuestro marido sin acordaros de esto.

Dice Cide-Hamete, con aquella verdad que acostumbra en quanto ha escrito, que luego que el Bachillér Sanson Carrasco ajustó y pagó el vestido íntegramente, por tasacion que hizo un perito del oficio; se le puso en la cabeza una cosa que casi parece dura de creer, á no tener el exemplar de otras que se le pusieron, y quedan referidas en el discurso de esta grande historia; y fue solicitar con el Cura, que le llevase Sancho consigo, tanto para escribirle lo que se le ofreciese, porque no lo sabia hacer, quanto para dirigirle en muchas cosas, que precisamente le habian de ocurrir en su nuevo cargo.

Era el Bachillér Sanson Carrasco, segun se ha visto, hombre de medianas luces, picaba en historia, y no ignoraba la política moderna (todo lo qual le hacia tener mas satisfaccion de sí que la que debiera) y de consiguiente resuelto, determinado, y amigo de seguir sus opiniones, y salirse con sus caprichos, lo que previsto por el Cura, como así bien su inclinacion á cosas de Corte, y aborrecimiento á las de la vida de la Aldea, (aunque con floxedad) le disuadia de este pensamiento, aconsejándole cuidase de su corta hacienda y salud, y no se sujetase por un capricho á una vida estraña, y nada duradera, segun su entender; pero como á los hombres que se precian de hábiles, es dificil ha-

cer-

cerles creer que piensan disparates; aunque el Cura le expuso lo mas acertado con razones eficaces, nada consiguió, y como por otra parte sospechaba que la tal Consultoría sería casi momentanea, y que Sancho, y él volverían muy pronto al Pueblo, no quiso empeñarse demasiado, y asi ofreció á Sanson diría á Sancho lo que pretendia. Así fue porque habiéndole dicho lo que el Bachiller se interesaba en su acierto y lucimiento, pues se queria ir con él, dexando su pátria y familia por servirle de Secretario, cosa en que se echaba bien de ver quánto la fortuna lo favorecia en esto; pues le ponia á su lado un hombre tan completo como el Bachiller Sanson Carrasco; y cómo Sancho aspiraba

á su permanencia en la gracia del Cura, y por otro lado conocia la imposibilidad de escribir, y gobernarse sin algun consejero contínuo, ofreció al Cura sujetarse á lo que sobre esto le mandase. El Cura se lo agradeció, y le previno era conveniente ocultar de todos la sabiduría del Bachiller, así para que sus resoluciones pasasen por de Sancho, como para que aquél estuviera menos notado si lo aconsejaba en lo oculto; y habiéndole dicho al Bachiller que se previniese para acompañar á Sancho, quedaron todos muy contentos en esta parte, y cada uno por la suya haciendo las prevenciones de camino. En los quatro dias siguientes al recibo de la carta del convite del Cura, nada parece que ocur-

ocurrió que fuese digno de contar, sino que Sancho se ensayaba á solas en hacer cortesías, y andar como le habia enseñado su maestro; y hay quien dice le oyó varios discursos que formaba interiormente, los que á veces acompañaba con manoteo y visages: que Teresa estaba llena de gozo con sus imaginarias vanidades, y que la tenian tal los doscientos escudos: que hasta el rucio con sus jaeces íntegros tenia dispuesto, lavados los cascos, hecha la carona, y peinada la cola, esperando la segunda órden del Cura, que era el director de la marcha: que Sanchica andaba de corro en corro, y de vecindad en vecindad contando las altercaciones de sus padres, sobre si echarían ó no coche, y

si se harían dar el tratamiento de V. S. El Bachiller tenia pronto quanto necesitaba, y hasta el caballo que le sirvió siendo caballero de la blanca luna, estaba como un oro, limpio y aseado: aunque hay autor que afirma que el que llevó fue rocinante, que se vendió por la sobrina de Don Quixote, y compró para este caso en precio tan corto como su andadura; pero otro lo contradice, asegurando positivamente haber muerto al mes y dos dias del fallecimiento de Don Quixote de un hartazo de cebada, que se dió en el granero uno de los dias que se hacia el inventario, y no pudo digerir por mas que le ayudó Maese Nicolás. El Cura tambien dispuso su caminata al lugar en que era convidado, dexando su

Curato á cargo del Teniente, y muy prevenida la casa de Sancho con el residuo de los doscientos escudos de que era tesorero, hecha la rebaxa del costo de algunas camisas, y otros cabos que tambien vendió la hidalga; y como tenia su famosa mula, aunque indispuesta levemente de un mal de ojo arraigado, no le impidió para que la montase como lo hizo, saliendo con Sancho, el Bachiller, y un mozo de á pie al quinto dia por la mañana todos juntos, y cada uno para su determinado destino.

No es posible, dice expresamente Benengeli, creer fuesen verdad las lágrimas que se dixeron haber vertido Teresa por la marcha de su marido, ni menos

las que derramó Sanchica por la ausencia de su padre, porque si verdad fueron las que dicen que derramaron quando los fueron á despedir al camino, no sé yo cómo hubieran podido caminar las cavalgaduras que llevaban sin atascarse en ellas con los barros, que segun la abundancia se harían precisamente; y despues de esta bien fundada duda exclama, y dice: Ya fortuna has puesto en el tablero de las piezas con que juegas con los hombres al gran Sancho Panza, que sacas de un rincon de él, y lo pones en una de las principales casas de España, con un cargo honroso, distinguido, y de la mayor consideracion, para hacer un papel que ha determinado tu absoluto poderío: trátalo

bien, no lo eleves para despeñarlo despues, porque si así lo haces, te tendrán por loca, y te mirarán con miedo.

Iba el rucio enjaezado con los mismos apreos que llevó al Gobierno Baratario, y le quedaron á su amo, y éste iba vestido con el comprado á la hidalga, pliegue y manga ancha, voton regular, y corte muy contrario al que presentó Don Aniceto: una hora habrian caminado, quando el Cura dixo: paréceme Sancho que estoy soñando, ó me están contando alguna novela estraña: poco tiempo ha os ví infelizmente vestido con las ropas campestres, á poco os miré con un vestido marcial, y de última moda, lleno de estrecheces, é incomodidades, ahora os veo con ese

proporcionado á que el cuerpo tenga sin estorbos sus movimientos, y propio de un hombre de juicio, y de razon, como dicen comunmente: ¿qué es esto? ¿quién no estrañará cómo en tan poco tiempo puede haber tanta variacion? quando se estableció, ó se estiló este presente vestido, se reformó otro corte sin duda, y para esto los hombres que cuidan en el mundo de esta comision harían los exâmenes correspondientes á tanta y tan costosa variacion, porque ya es sabido en este y todos tiempos, que una moda que empieza, hace quedar desnudos á los que se vistieron con la reformada; pues Señor, ¿qué nuevo motivo, qué nueva causa habria en los cortesanos para inovacion tan del todo, y

tan de oculta comodidad, que no pudo ser penetrada por nuestros mayores? Esto miro sin saber cómo ha sido: por otra parte os veo de un hombre sin merito conocido, que llevais de Secretario al que lo adquirió donde lo adquieren los grandes hombres, esto es, en una famosa Universidad á costa de sudores y estudios, en que logró el título de Bachiller, y que vos sin estudios ni fatigas habeis logrado el de Consultor Ducal; que os servís de un Caballero del Bosque, y Ex- de los Espejos, cuyos actos militares y caballerescos despreció la suerte: pensemos en esta variacion de cosas que admiran y suspenden, y parecen como imposibles que sucedan sino por encantamiento. A estó saltó Sancho

con viveza, ¿qué bueno sería Señor Cura que aqui hubiese algo de esto, y quando menos me cate me halle convertido en carne momia, como le sucedió al Maestro Elisabet, á quien dicen hizo este daño el sábio Merlin, que tambien encantó á la Señora Aldonza Lorenzo, mi Señora Dulcinéa del Toboso? No burlemos, Señor Sancho, dixo el Cura, y vamos hablando con verdad y pulso: ¿por dónde encantó á la Señora Dulcinea el sábio Merlin, quando vos injustamente fuisteis su encantador, convirtiendo en una tosca labradora, hedienda á ajos, segun vuestro amo dixo muchas veces, á la sin par Princesa Tobosina, de la antigua alcurnia de los Corchuelos? ¿Esta accion no clama, y siempre cla-
ma-

mará pidiendo justa venganza? Vos sois verdaderamente oculto encantador, á lo que yo infiero, y plegue á Dios que como tal no hayais encantado á los Duques, para que os favorezcan, y distingan. Yo tengo muy presente que vuestro amo Don Quixote dudaba haber sido el sábio Merlin el verdadero encantador de Dulcinea, en que nunca le hizo agravio, y no era regular que sin causa le hubiese hecho este tan pesado. Esta duda fue bastante para no desafiarlo por cartél, ó sin él á batalla, conociendo con su gran prudencia, que para acumular delitos á otros es menester estár seguros de ellos, con pruebas muy completas.

Nada Señor, dixo el Bachillér, se puede responder á este ar-

argumento Aquilino, inegable en todas sus partes. Es clarísimo indicio la omision del Señor Alonso Quixano en el desafio, siendo tan valiente y esforzado Caballero; y mas que habiendo resucitado motu propio la olvidada caballería andante, no habia de dexar pasar este tuerto y desaguisado del primer órden, de los que por la caballería se deben desfacer, como hecho á una muger inocente, y asáz famosa, la sin par Dulcinéa del Toboso. A esta expresion del Bachillér, dixo Sancho, vaya, vaya Señor Carrasco, que ni vmd. ni el Señor Cura están en el caso. No desafió mi Señor al sábio Merlin, porque no faltó quien le dixo era impropio de un Caballero Andante tomar armas con-

contra un anciano, tan viejo que casi no se podia mover; á mas de ser público estaba quebrado, y por lo mismo no podia montar á caballo, de cuyo modo habia de combatirse segun la órden caballeresca; y fuera de esta justa causa tuvo en parte la culpa el Señor Cura, pues predicó un dia en la Iglesia, y oyó mi Señor esta doctrina::: »Es menester perdonar al enemigo, y »aun hacerle bien, y amarlo como Dios quiere y manda que se »haga: en este caso es de mayor »venganza castigar con benefi»cios á quien nos agravió con in»jurias, que quitarle la vida, que »de todos modos no es permiti»do, ni Dios lo manda.«

Verdad es, dixo el Cura, que así lo dixe, y siempre diré y acon-

aconsejaré: vuestro amo fue muy politicón, y era justo, y muy puesto en razon, así por lo predicado por mí, como por su caballeresco modo de pensar, no desairar, ni injuriar las largas y nevadas barbas del sábio Merlin, y estas urbanidades solo los profesores de la caballería las saben, estando los demás muy lexos de conocerlas. Quixano obró siempre bien á uso de Caballero, y debió haber disimulado este encanto por lo antes dicho; pero dexemos esta conversacion de ellos, que hemos empezado á pisar el campo zebollar, donde es antigua tradicion vienen los hechiceros á hacer sus operaciones, no sea que nos oigan, y hagan alguna supercheria con nosotros.

Verdad es, dixo el Bachiller,

ller, que se alcanzan á ver los humos de las fábricas de tinajas, del Toboso, que tienen la virtud de convertir el agua en vino, como la tuvieron las de Caná en aquellas bodas que allí hubo, y nos dice el Evangelio. Así es, dixo el Cura, y mejor fuera se les secára esa virtud á esos barros de la Mancha, ¿creeréis Bachiller que casi escrupulizo en el Altar sobre el vino que me ponen, porque sé bien lo que hacen con él para sacarle el color que quieren? El Campeche para el ojo de gallo, y el esparto para el otro, es materia usadísima en sus tinajas, y como solo el vino puro y sin mezcla es el que debe usarse: creo, creo que muchas veces hacen estas dispensas, que debieran zelarse para que

no

no tragesen las conseqüencias que se producen de tales delitos: por ellos, y por el exceso con que este fruto se usa debe tenerse presente para una rigorosa reforma, que piden á gritos los fatales exemplares que se han experimentado, y experimentan cada dia.

A este tiempo alcanzaron al mozo de á pie, que se habia sentado á esperarles, porque les llevaba un buen tiro de bala de ventaja; y encarándose con Sancho, le dixo con socarronería: Señor Consultor, la magnífica Ciudad del Toboso tenemos á la vista, y es menester saludarla, y sacando la bota, despues de los ordinarios cumplimientos de beba su merced, en buena mano está, pasará á me-

mejor, y la salutacion de á muerte ó á vida la costura arriba, remojaron los gaznates, y prosiguiendo su conversacion, siguieron su camino alegres y amigablemente en buena paz sin el menor desmán.

CAPITULO VI.

Dase cuenta de lo que pasó en la Venta, y como encontró Sancho al Mayordomo que le salia al encuentro.

TAN divertidos iban nuestros caminantes, que quando menos se cataron se hallaron en la venta que tiene aquel camino, y habiendo querido el Cura que se detuviesen á tomar algun refrigerio,

rio, lo estorbó el Bachiller, queriendo se pasase adelante; y como sobre ello se porfiase en la puerta, la curiosidad movió á tres caminantes que habia dentro, á que saliesen á ver lo que era. Tomó la averiguacion un hombre de bastante decencia, que viendo la clase de sugetos, los saludó con la mayor cortesía, ofreciéndoles quanto allí habia que les pudiese agradar; y aunque el Cura se resistió á admitir la oferta, el de la Venta porfió una y otra vez, y consiguió se apeasen de sus cabalgaduras, y les acompañasen en la mesa, que él y sus compañeros tenian puesta en su quarto. Ya sea que el Cura quisiese que el Bachiller, y Sancho comiesen algo y descansasen, ó ya fuese por

no

no ser mas porfiado en la persuasion de Don Federico (que así se llamaba el de la Venta) admitió el convite, y apeados, entraron al corral. El Ventero, que como antiguo en el territorio, conocia al Cura, le preguntó quién era Sancho, asegurándole haberle visto otras veces, aunque en distinto trage; no haciendo mencion del Bachiller, porque varias veces lo habia visto en su lugar. Este, dixo el Cura en voz alta, es el Señor Consultor Sancho Panza, que va á tomar posesion de este encargo, en que se halla nombrado poco hace por un Señor Duque: yo le vengo acompañando hasta el Pueblo primero, y el Señor Bachiller Sanson Carrasco vá de su Secretario, desde allí seguirán su

camino, porque yo me quedo en él por unos dias.

Luego que Don Federico oyó nombrar á Sancho, y el Duque, como habia leído la historia de Don Quixote, se impuso en que el Duque y la Duquesa por seguir su humor festivo habian dado nombramiento de Consultor suyo á Sancho Panza, y avisó á sus dos compañeros llamados Don Antonio, y Don Pedro hombres de juicio y prudencia; pero no se dice de donde eran naturales.

Al punto que Sancho salto del rucio, se fue con Don Federico, á quien Don Pedro, y Don Antonio salieron á recibir, y entraron juntos en el quarto. Iba Sancho afanadísimo con su vestido, de modo, que se conocia

lo

lo poco que lo habia usado, y como llevaba un sombrero de marca mayor, le achicaba mas el cuerpo y la cara, porque á la verdad es conveniente que corresponda á ella el sombrero para no ridiculizarse, por cuya razon hacia el Señor Consultor la figura mas extraña.

Don Federico que habia hecho el convite, rompió la voz, diciendo: Señor Don Sancho, aunque V. S. estará hecho á otro aparato de mesa, y á otras ceremonias de ella, distintas de las que V. S. en esta verá, su gran discrecion suplirá lo que faltase, y distinguiendo tiempos concordará casos. Caballero mio, dixo Sancho, como no tenga las ceremonias que usaba cierto Médico que habia en una Insula, en don-

de por mal de mis pecados fuí Gobernador, todo estará bueno: vmd. nos ha convidado con su mesa, por hacernos favor, de la manera que para sí la tiene dispuesta, nosotros la hemos admitido, con que es visto la tomarémos como esté: que tenga ó no ceremonias no hace al caso, haya que comer, que esto, y no las ceremonias sustentan al hombre. Dice bien su Señoría, dixo Don Antonio, y si todos los Señores fueran como V. S. llanos y contentadizos á lo natural, poco fruto sacarían los muchos holgazanes que á título de hacer mil pataratas en la mesa, y colocar platos en ella, roban á sus amos, amen de los crecidos salarios que por ello tienen, de modo, que por obstentar el luxô han he-

hecho oficio el poner una mesa; pero lo peor es, que los mismos que nos roban, se burlan de nuestra bondad ó sandéz. Qué cierto es Caballero, dixo el Cura, que vivimos engañados de ellos mismos, y con los ojos cerrados á la razon, y que murmuran otros nuestra extravagancia, diciendo, que nosotros respecto de ellos vivimos un siglo atrasado; pero qué hemos de remediar, si así está el mundo, y en él se oye hoy con agrado lo que antes se tendria por agravio y desvergüenza: no ha mucho que el Señor Panza tuvo un maestro de movimientos, que le enseñó la Pedeografía que actualmente se estila. ¿Qué le enseñó, Señor Cura? preguntó Don Pedro. La Pedeografía de última moda, res-

pondió el Cura. Háganos vmd. el gusto por Dios de explicarnos qué cosa es, porque yo á lo menos no he oído tal en mi vida. Yo Señor lo diré, dixo Sancho: es andar con pies derechos, rodillas iguales, y sacar bien las posaderas, como dicen, al hacer la cortesía, tener la cabeza erguida, y otras muchas cosas, que sin verlas no pueden explicarse. Yo las hago, porque no se me han olvidado las lecciones que me dió el maestro. Pues Señor, replicó Don Federico, aunque es demasiada llaneza, suplíco á V. S. por mí, y por estos Caballeros se sirva hacernos el honor de executar un par de evoluciones Pedeográficas, lo que espero conseguir por su gran bondad, y porque el campo to-

do lo dispensa. Si haré, dixo Sancho, que basta que se me pida con tan buen modo, y no solo esto haré, sino hasta rodar por esos suelos, porque á mí la cortesía siempre me ha obligado. ¡Oh! invicto Señor, dixo Don Antonio, llano, sencillo y amable, como deben ser todos los Señores: viva, viva la urbanidad del Señor Don Sancho: viva repitieron todos á una, y animándose Sancho, como hacen todos con las aclamaciones ó adulaciones, entró gustoso en hacer un ridículo espectáculo para el auditorio: empezó por el paso puntil, esto es, andando de puntillas, levantada la cabeza, sacado el pecho, y derechas las rodillas, con las puntas de los pies tan orizontales (así se llama esta violen-

lenta postura) que á pocos pasos, al querer hacer la cortesía de parada delante de Don Federico, sacó tan violentamente su trasero que cayó, de modo, que si no le detiene, cae sobre un banco que allí estaba inmediato, y se rompe la cabeza su Señoría.

Basta, dixo Don Pedro, que ya está entendido el pensamiento de la obra, ella es un paso de minuet veloz, y un sacar de trasero precipitado al parar, y hacer la cortesía. Mas tiene, dixo el Bachiller, tiene dos balances antes de hacerla, y despues del último paso de parada.

Dos escopetazos habia yo de dar, si fuera licito, dixo Don Federico, á cada monigote Español, que se hace ridículo con

esos

esos ademanes propios de un mono, ó de un arliquin: ¡qué se consienta esta infamia, y no haya quien tome un palo para perseguir á esos monicongos, deshonor de nuestra nacion, cuyo caracter es grave, pero sin fastidio! ¿Y qué, Señor Cura, hay con efecto maestro de estas piruetas? Sí Señor, dixo el Cura. Yo lo creo, porque vmd. lo dice, respondió Don Federico: vamos, vamos Señores á comer, que me ha irritado semejante disolucion: Dios nos conserve el juicio para no caer en tan ruines pensamientos, que afrentan y desacreditan nuestra circunspeccion nacional.

Sentáronse todos á la mesa, y no paró en ella la conversacion de la nueva Maestría, y Es-

cuela Pedeográfica. Concluída que fue la comida, dándose gracias unos á otros, nuestros caminantes mandaron disponer sus cabalgaduras para seguir su camino, y los de la venta hicieron lo mismo. El Cura les ofreció su casa, por pasar precisamente por su Pueblo, que no admitieron; y volviéndose á despedir el Bachiller y Sancho, salieron delante, quedándose el Cura ocupado en componer una espuela que se le habia roto.

En este tiempo pidió Don Federico la cuenta del gasto al Ventero, que segun despues se supo era el famoso Patricio conocido en toda la comarca por su aseo y limpieza de todos modos; pero no conviniendo en el quanto con sus huespedes, empe-

pezaron las voces y porfias. El Cura, como tan inmediato, entró en la Venta para saber la causa de las voces de Don Federico, y Don Antonio que alternaban con los votos, y por vidas de Patricio. Informóle aquél procedian del exceso de pedirles el Ventero un despropósito, quando no se le habia hecho mas gasto que el de los piensos de caballerías en que no habia disputa, sino en lo que llaman ruido y asistencia; que él queria darle lo mismo que el año antecedente le habia dado en igual caso por los mismos compañeros, y que el Patricio no se conformaba, alegando para doblar la partida, haberle subido la Venta el Ayuntamiento del Pueblo, su dueño, otro tanto mas por aquel año, ha-

haberle llevado el Escribano por la Escritura triplicados derechos, y recargado éste y los Alcaldes las que dicen adealas de pluma, que eran quatro pavos para cada Alcalde, y dos con seis gallinas para el Escribano. No sabia el Cura, conociendo la formalidad de Patricio, y la razon de Don Federico, á quién se inclinaría, y confesando el perjuicio que recibian los caminantes en estas alteraciones, opuestas á la conciencia, declaró por Patricio la disputa, llamándole á parte, y sin que Don Federico lo notase le pagó la diferencia que era de dos tercios mas de lo que le daban, con cuyo medio cesaron las disputas, y todos salieron de la venta ponderando este perjuicio público, que impide el comer-

mercio de comestibles de unos Pueblos á otros, por digno de enmienda y de castigo á los causadores de semejantes daños, cuyas operaciones en esta parte no están en residencia; y picando el Cura su mula hasta alcanzar al Bachiller, y Sancho, lo consiguió en breve, y contó el motivo que fue origen de su detencion y tardanza; á lo que Sancho dixo, que si en su encargo le caía causa de semejante clase, procuraría inclinar al Duque á que pusiese precio fixo en estos arrendamientos por lo respectivo á las Ventas y Mesones de sus estados, prohibiendo las adealas, que suelen por aumentarlas los que administran baxar el principal al dueño; en lo que quedaron acordes, y caminaron gusto-

sos

sos hasta una Aldea donde hicieron noche, y madrugando la mañana siguiente continuaron juntos hasta que se dividió en dos el camino que llevaban, y vueltos á hacerse recíprocos encargos de escribirse se despidieron, tomando Sancho y el Bachiller un camino, y el Cura otro.

Gran rato caminaron Sancho y el Bachiller sin hablarse palabra; porque uno y otro iban enfrascados con diferentes imaginaciones: el Bachiller se arguía de fácil en su determinacion, no teniéndolas todas consigo, y temiendo que la tal Consultoría de Sancho podia parar en burlas, porque se le venian á la memoria las que á él y á Don Quixote se le habian hecho en el Castillo; pero el buen Panza pensaba distan-

tintamente; y pareciendo á éste mucho el silencio, dixo: Señor Bachiller, mi amigo y Secretario, ¿qué tristeza es esa que os noto? ¿voy yo alegre dexándome mi muger y hija, y vos que no teneis hijos ni muger que dexar, estais tan melancólico? Bueno es eso para quien espera en vos el alivio de sus infortunios, si es que los puede haber en este mi nuevo estado.

En esto iban de su conversacion familiar, quando se oyó muy cercano á ellos unos tiros de escopeta, y habiendo subido una cuestecita vieron un cazador que se iba acercando á ellos, y era el Mayordomo del Duque que venia divirtiéndose matando paxarillos; quien ó ya fuese porque conoció al rucio, ó por otra

casualidad, que no dixo aunque se le preguntó muchas veces, comprehendió que era Sancho el que iba hácia él, y acabolo de confirmar porque el asno aclaró la duda que de esto podia tener, no tanto con la vista de sus arreos, quanto porque rebuznó de falsete, que así hacen todos quando conocen el terreno donde antes han estado, en cuya inteligencia parece que el Mayordomo estaba instruído como se vió: pues dixo al criado que traia, estos que vienen son los que espero, y es el Consultor del amo si no me mienten las señas, adelántate y mírale pues lo conoces, hizolo así, siguiendo el Mayordomo, que casi allí llegó al mismo tiempo.

Muchas fueron las expresiones

nes de gozo y alegria que manifestó al ver á Sancho, á quien dixo con palabras muy claras quánto debia á sus Altezas sus amos por el cuidado con que le habian mandado su buen acogimiento y hospedage en el Castillo, y las grandes prevenciones que se le hacian para que recibiese la investidura de su oficio, &c. Sancho respondió agradecido, no solo al Mayordomo por el gozo que manifestaba, sino por anticiparle aquella noticia, (que á la verdad consoló mucho al Bachiller Carrasco) y que viviría siempre el mas reconocido á SS. AA. á quienes deseaba servir y agradar, aunque conocia en su pequeñéz el desempeño de su oferta; pero que fiaba en Dios le ayudaría, y tam-

bien en el Mayordomo, que le advertiría las faltas á que están sujetos los hombres todos. El Mayordomo despachó el mozo que traía para conducirle los arreos de caza al Castillo con la noticia de estár ya en la jurisdiccion de él el famoso Sancho Panza; y á mas separadamente recado á Doña Rodriguez, para que se previniese á obedecer el mandato de los Duques en todo como habian quedado convenidos, y por menor le habia instruído de ceremonias en el recibimiento.

CAPITULO VII.

En que se cuenta la llegada de Sancho al Castillo, el ridículo recibimiento que se le hizo, los admirables blasones que allí vió, y tierna despedida de la dueña Doña Rodriguez.

SIgue la historia el exâctísimo Cide-Hamete con mejor puntualidad que ha tenido en lo que de ella nos dexó escrito: porque desde aquí manifiesta exâctamente un por menor de cosas sucedidas, que deben perpetuarse en la memoria manchega. Dice, que luego que llegó al Castillo el criado despachado por el Mayordomo con la noticia de estár cer-

ca de él Sancho Panza, dió punto toda la familia en sus encargos domesticos, y solo se pensó en fiesta y regocijo. Entró casi á media tarde en el Castillo acompañado del Mayordomo, del Bachiller Sanson Carrasco, y seguido de muchas gentes que casualmente supieron la venida. No obstante de que habia suficiente luz para que subiesen la escalera, dispuso Doña Rodriguez, encargada del cortejo de Sancho de órden de los Duques, que quatro mozos en trage de pages saliesen con hachas hasta el portalon á conducirlo, iban formados de dos en dos, y presidia esta comunidad la dueña Doña Rodriguez, que como tal traía su vestido negro, tocas blancas, y calados los anteojos perdurables, que siempre

pre usaba por la mucha cortedad de vista que tenia: el silencio y gravedad con que se caminaba en esta ceremonia, casi hiciera creer al Bachiller empezaban allí las burlas que él temia, si no se le divertiera la imaginacion con otras cosas. La dueña con una desdentada risa dixo á Sancho, haciéndole tres profundas reverencias, entregad Señor á Doña Rodriguez vuestro asno, de que responderá siempre; pues le pertenece su deposito, como guarda Alcaidesa de este Castillo, y no debeis ser menos en esto que el famoso Lanzarote quando de Bretaña vino, que damas cuidaban de él, y dueñas del su rocino, segun nos lo canta la historia.

Yo os lo entrego, dueña y señora mia, respondió Sancho,

y habiendo pasado de mano en mano, llegó hasta la de un Palafrenero, que ya de oficio se habia entregado en los caballos del Bachiller y Mayordomo, á quien el criado se lo conduxo para que entrase con toda autoridad acompañando al nuevo Consultor. Con esto el Bachiller vió que nada tenia que temer, asegurado en aquellas ceremonias tan serviles, autorizadas y lucientes.

Subieron el Mayordomo, el Bachiller, los quatro pages, y Doña Rodriguez, dando el brazo en la escalera á Sancho, cuya vista y paso ceremonioso es digno de dibujarse en papel de marca, y conduciéndose todos por unas galerías á un salon bien adornado de espejos, arañas, y pri-

primorosos reposteros con armas y blasones, dexaron allí al Consultor, retirándose todos, menos el Mayordomo que preguntó á Sancho quién era aquel criado que con él venia, cuya cercanía contínua á su persona le hacia dudar del caracter con que le servia.

Sancho respondió es mi Secretario, hombre de toda confianza, hijo de mi Pueblo, y muy servidor vuestro, cuyas expresiones repitió el mismo Bachiller haciendo una profunda cortesía al Mayordomo, y ofreciendo su persona para quanto quisiese mandarle. Yo Señor os lo estimo muy mucho, dixo el Mayordomo; y á la verdad no sabiendo yo tanta prevencion como el Señor Consultor trae, le habia ele-

gi-

gido para este encargo un hijo de nuestro famosísimo Médico el Doctor Don Pedro Recio de Tirteafuera, que sirvió á su Señoría tan á su satisfaccion en el gobierno de la Insula Barataria. Quedó como suspenso Sancho quando tal oyó; pero recobrado volvió al Mayordomo del Duque, y le dixo: No quiero quitar una de las mejores costumbres que hay en el mundo, y es que recaigan en util de los hijos los meritos de los padres, porque con esta seguridad sirven bien; y así no es justo que el hijo del Doctor Don Pedro Recio quéde sin acomodo en mi familia: mirad vos Señor el que quereis darle, que yo desde luego lo confirmo; pero este que he nombrado mi Secretario, y traigo conocido,

do, no puede dexar de serlo: mas, si como los meritos de los padres suelen tambien heredar los hijos sus inclinaciones y costumbres, la que tenia el Doctor Pedro Recio de Tirteafuera de contradecirme quanto hablaba no era buena, y si ha recaído en su hijo, en verdad que es opuesta á buena crianza: tengo muy presente la porfía que tuvo de ser pesimas las perdices, atestiguando con el maldito aforismo de Hipocrates, siendo una cosa que ellos mismos usan, en desprecio del norte y luz de la medicina; pero digame vmd. ¿por qué el Doctor Pedro Recio no ha aplicado á su hijo á su profesion? cuyo estilo debia observarse, porque ninguno enseñará mejor á los hijos que el padre, y los

se-

secretos que cada uno en su oficio ó arte adquiere, á quien mejor los puede fiar que á su propio hijo, con cuyo estilo no se enterrarían con muchos como se experimenta, que no fian á los díscipulos temerosos de que se valgan de ellos en perjuicio de quien se lo fió. No dice la historia que respondiese nada el Mayordomo, y sí que pasada esta conversacion se retiró, dexándolos solos en el quarto, y previniendo le quedaba un page de guardia, para que le pidiese lo que necesitase hasta el siguiente dia, que de todo sería provisto, porque así el Duque su Señor lo habia mandado, y que quando gustase pidiese la cena, que el mismo page le conduciría al quarto donde tenia su cama, y la de su Se-

Secretario, que iba á mandar se pusiese en el retrete inmediato de aquel mismo salon; y Sancho dió gracias al Mayordomo por su cuidado.

En esto entró, sigue Benengeli, el page de guardia con dos luces que puso sobre un bufete, y haciéndole cortesía dixo: Señor Consultor del Duque mi Señor, yo estoy de guardia para asistir á V. S. con llamarme Juan Suelto, que así es mi nombre, hallará V. S. en mí un criado fiel, y puntual en todo. Yo os lo estimo Juanico, dixo Sancho, dándole dos golpecitos en el hombro, y pues estais aquí para lo que se me ofrezca, ofréceseme que quedeis aquí para que os mande lo que pueda ofrecerse. Obedezco, respondió el Page,

pe-

pero si viene el Mayordomo y no me halla en la Antecámara, que es mi sitio, he de deber á V. S. le diga que así me lo ha mandado: está bien, dixo Sancho; mas quiero preguntaros Juanico, pues sois de la casa, ¿qué significan estos figurones que están aquí bordados en estos paños encarnados y azules? Estos, Señor, son los escudos de las armas de mis Señores los Duques que están segun el órden de estados: los azúles corresponden á la Baronía de mi Señor, y los encarnados á mi Señora la Duquesa, en quien ha recaído la casa. ¿Y vos sabeis qué quiere decir cada cosa de estas, preguntó Sancho? Señor respondió el Page, algo entiendo, porque he oído hablar mucho de estas pin-
tu-

turas á un Rey de Armas, que viene algunas veces á verlos, y suele copiar estas figuras que dice va á poner á otros, que parece han de ser de esta familia. Pues si es así, decid replicó Sancho, ¿este arbol con este perrazo atado qué es? Si mal no me acuerdo, dixo el Page, el arbol significa fortaleza, y el perro lealtad, y se lo dieron á esta casa por cierta hazaña que hizo un ascendiente de ella en tiempo del Rey Recaredo I. según dixo el otro Rey que los miraba.

Bachiller, dixo Sancho, ¿os acordais donde habeis visto lo mismo pintado, el perro atado al arbol? No por cierto, no me acuerdo, respondió el Bachiller. ¿No os acordais, dixo Sancho de aquel quadro del hidalgo Cerra,

que

que llevan á una Capilla de la Iglesia el dia de Finados, y le encienden luces? Sí, sí Señor, que ahora caigo en ello, y que el Beneficiado se oponia á esta cosa como ridícula, respondió el Bachiller. A lo que dixo el Page, seguro es que el apellido Cerra no es de esta casa, y si aquella tiene perro, es menester ver si tiene como éste su rabo entero; porque si le falta, ya varía el blason, y no es todo uno. Es preciso saber mucho para distinguir esto, y poner la escudería como debe ser; pocos saben en este particular, sino los Reyes de Armas, quienes por su oficio deben tener en él un pleno conocimiento.

Decid hijo mio, dixo Sancho, ¿quereis explicarme uno por

uno

uno estos para que yo me imponga? Lo haré, Señor, con mucho gusto hasta donde alcance; pero mañana entra de guardia un compañero mio, que entiende esas cosas á fondo, porque es hijo de uno que vive de escribir los certificados que dan los Reyes de Armas, y está impuesto como él solo. Sin embargo tomó el Page una caña de encender, y el Bachiller una vela, y fueron mirando lo que se señalaba por el Page, que empezó su explicacion así:

Estos trofeos que contiene este escudo, son blasones de la casa de Alvar-Garro de Vicuña su fundador, Señor que fue de Pañades, Fuente la Mora, y otros terrirorios: es su quartel en gefe las cinco hojas de higuera,

primera cubierta de Adán, de quien desciende por Baronía, que aunque hay otros que las usan tambien, no es por esta causa sino por haber hecho al pie de algun arbol de esta especie una ú otra hazaña, ó por haberselas dado por haber plantado alguno en sitio donde executó algun hecho de armas, muerto algun valiente Moro, ó por otras causas que no es posible su averiguacion en ningun tiempo.

Aquel segundo quartél que tiene un monte, y en su falda se mira aquella yerba como marchita, es del blason bien conocido del valeroso campeon Rui Extreñor, primer Vizconde de Santa Engracia y Pozo-Oscuro, que sirvió á Don Sancho el I. y expuso su vida al pie de aquel mon-

te

te por coger aquella yerba para forrage de sus caballos: dieronle por armas el mismo monte, y las yerbas en campo rojo, por la sangre que pudo derramar en esta empresa.

Este otro que tiene este Leon con el rabo sobre el lomo, es escudo sobresaliente de la casa de Extreñor, que usaba como su apellido, que era Extreñor Leonides, ó Leon en donde hay Lides, como dicen algunos que de esa casa escribieron: él usó tambien de un Leen en el pequeño escudo de batalla, por ser conocido por los Leonides; y aunque otros usan tambien del Leon, es con la diferencia de no tener tan empinado el rabo, ni tampoco tanta lengua de fuera, respecto de haber sido esto concedido á solo

la casa de Extreñor Leonides.

Juanico, dixo Sancho, ¿qué historia es la que trae quanto dices, que quisiera oírla, porque me tira la inclinacion de estas fechorías, por haberme hallado en batallas, y al lado de uno de los mas famosos y esforzados Caballeros que las sustentaban? Señor, respondió el Page, estas historias solo las tienen los Reyes de Armas, no están impresas porque no habia Imprenta quando se hicieron, y ellos las guardan en su archivo de memoria, y las sacan quando las necesitan.

Está bien, dixo Sancho, dexemos esto, y decid á fuera que que quiero cenar y dormir, porque he madrugado estos dias, y en el presente he comido poco.

Sa-

Salió el Page con el recado, y inmediatamente entraron quatro sirvientes con lo necesario, y pusieron una mesa redonda con quatro cubiertos; y á poco entraron Doña Rodriguez y el Mayordomo, quien lo habia así dispuesto: pusieronse á cenar, y Sancho se halló mas que embarazado con el tenedor, instrumento maldito (como dice Benengeli) que manifiesta en su uso la crianza que ha tenido quien lo maneja: el Bachiller parece se daba mejor maña, y todo lo notaba el Mayordomo: sin duda, dice Benengeli, que el estudio en artes ó facultades debe de ser util para este manejo; pero no tiene Cide presente, que hay escritor extrangero que puso su nombre en cifra en una obra utilísi-

ma que tituló en su idioma: »Uso »del tenedor con cuchillo, y sin »él, para el lucimiento de todo »hombre de Corte; « y que se halla traducida, aunque andan muy pocos exemplares de la una y de la otra impresion, por haber sido escasa, y sacádose del Reyno para los de Africa, donde es apreciable por la mucha manía que tienen los Mahometanos de comer con él.

El Mayordomo lo reía todo interiormente, á lo qual dan lugar los que se sientan á comer en mesas cortesanas, como si lo hiciesen en las pastoriles; y como llevaba la voz, pidió á un criado un vaso de vino, que inmediatamente le presentó con su salvilla pequeña, tohalla al hombro, y demás que manda la orde-

denanza en este caso, y levantándose, y volviéndose á sentar, dixo: Señores, por la salud de los Duques nuestros amos. Sancho, y el Bachiller no impuestos en las ceremonias, ó porque el Mayordomo estaba sentado, no dexaron de comer, y se estuvieron quietos; pero la dueña Doña Rodriguez, al parecer mas culta en este rito, se levantó, dexó de comer, inclinó la cabeza, y estuvo así hasta que el Mayordomo depositó la víctima en su cuerpo, en lo que tardó algo por haber sido crecida porcion, y ser ceremonia precisa consumirla íntegra; y aun en muchas mesas acostumbran tirar el vaso, como en señal de que no debe servir mas quien tuvo el honor de ser deposito de una cosa que

sirvió á tanta ceremonia.

Aquí Benengeli, hombre ingenuo, y nada instruído en estos ceremoniales, dice: ¡Oh, borracheras con pretexto de saludes! ¿qué obsequio, ó qué sacrificio es para quien se brinda, el que otro beba vino ó agua? ¿de dónde provendrá este tan raro estilo? Yo creo que la tal ceremonia tiene origen de los primeros Ismaelitas, que por ceremonia de la ley se juntaban en determinados tiempos del año siendo el primero en la Luna menguante del mes en que brotan los árboles, y puestos en un campo que de un tiempo á otro se señalaba, se pasaba revista de la familia y descendencia de su varon principal; allí renovaban la alianza, que por ley debia haber,

ber, y el que hacia cabeza notaba el aumento, ó diminucion de la familia; y si acaso alguno no concurria por enfermo, lo advertia al Presidente de la asamblea, el que en señal de aprecio, y de que vivia, brindaba y correspondia el inmediato, como dando las gracias por su buena voluntad y memoria; pero esto á la verdad nada tiene que ver con las mesas diarias donde hay este estilo tan sin fundamento.

Tristísimo estaba Sancho en la mesa, tal vez confuso de ver en ella tanta magnificencia, quando la que dexaba no tenia sino escaseces, ó acaso sería por acordarse de su casa y familia; pero el Mayordomo que lo advirtió, hizo señas á Doña Rodriguez, que estaba prevenida, para se-

gun ellas, mover conversaciones que sirviesen despues para diversion de sus amos; y como las dueñas entienden este alfabeto en todas partes, habló á Sancho diciendo: Creo, Señor Sancho, segun veo, que la tristeza que V. S. tiene, y nos manifiesta su silencio, es sin duda porque echa menos la compañia de mi Señora *Madama Panza* su esposa, que podrá ser se halle á esta hora durmiendo á pierna suelta. Señora mia, dixo Sancho, ¿por qué vmd. trata á Teresa mi muger como si fuera Francesa, quando es Manchega, muger de tomo y lomo, y muy acendosa en su casa? Si ella lo oyera, yo aseguro á vmd. que ya la tendriamos buena, porque sé que tendria á ofensa, el que se la tratase de *Madama.*

Ha-

Haría muy mal su Señoría, dixo Doña Rodriguez, porque es estilo *Madamear* con el nombre del marido á todas las mugeres, no digo yo de la clase y estado presente de mi Señora Doña Teresa, sino aun de muy distintas circunstancias: basta solo estár destinados en qualquiera empleo público, para que se les *Madamee* sin reparo: el cocinero de casa por esta causa, oye sin que se ofenda, que se llame á su muger, que casi es sexâgenaria, *Madama Pringót*, porque él se dice *Monsieur Pringót de la Rua*, y fue hostelero, que como empleo público tiene estos gages.

Mal estoy, dixo Sancho, con estas distinciones y estilos, la madamería caería bien en las mu-

ge-

geres de superior clase; pero en una batera, cocinera, y otras así, me parece impropio y mal estilo: ya veo que en esto de tratar las gentes hay tambien modas: á mí me dan por moda Señoría, y yo la recibo porque es moda admitirla quien no la tiene, como he oído decir muchas veces, y que es preciso seguir la moda, para no ser despreciado por los que se llaman hombres de Corte.

V. S. es V. S. dixo Doña Rodriguez, y quien á V. S. no dixese V. S. no sabrá quál es su V. S. derecha, á mas que los amos nuestros los Señores Duques lo tienen mandado así en su casa, y cada uno en ella manda lo que quiere, estilo comun en todas partes.

En

En estas pláticas se concluyó la cena, segun el diario que el Mayordomo llevaba para los Duques de lo que ocurria, y habiéndose retirado todos para que pasase Sancho, y su convecino y Secretario Sanson Carrasco á descansar y dormir, fue alumbrado por un Page, que conduxo á su dormitorio las dos luces que llevaba, donde parece durmió tan bellamente el electo Consultor Sancho Panza.

A la mañana del siguiente dia puso el Mayordomo personalmente sobre uno de los bufetes que habia en el dormitorio de Sancho un decente surtido de ropa blanca; y otras cosas para su adorno, que en nombre de los Duques le presentó, y despues de haberle preguntado si habia des-

descansado, le leyó la siguiente carta, que acaba de recibir de los Duques, respuesta de la del aviso de su llegada al Castillo.

A vos nuestro Secretario de Cámara, y Mayordomo del gobierno de nuestra casa y de ese Castillo: Los graves negocios que han ocurrido con motivo de la residencia y visita de mis Pueblos, no permite mas descanso á nuestro Consultor Sancho, y así dispondreis que luego luego se ponga en camino para este nuestro Palacio, á fin de que tomando en él con las debidas ceremonias la investidura correspondiente, pueda empezar á servirnos; y me daréis aviso de la hora en que sale. = El Duqne.

Leída la carta; dixo Sancho: Señor Secretario Mayordomo, yo

yo no tengo otra voluntad que la de SS. AA. á quienes tanto debo: en vos está el disponer la marcha quando gustaseis, porque ya deseo verme á los pies de sus grandezas, y desde ellos oír lo que me mandan para obedecerlos. Así se hará, respondió el Mayordomo, y esta tarde, despues de comer, pues está tan cerca, harémos todo el camino.

Con efecto, habiendo comido Sancho con los mismos que cenó, en cuya mesa nada parece que hubo que se notase (sino que distraído Sancho se levantó de ella con la servilleta puesta, y estuvo con ella un gran rato hasta que Doña Rodriguez se la quitó, diciendo, ya está demás este babero Señor Consultor) se dispuso la cabalgata mas osten-

tentosa y lucída que vieron los campos Manchegos, segun lo dicen sus anales.

Iba Sancho sobre el rucio aderezado y compuesto por mano de Doña Rodriguez, que lo llenó de cintas y borlones, y á mas le puso en la frente una punta que dicen es contra el mal de ojo. Seguiase el Mayordomo del Duque en un famoso caballo, con rico aderezo, y otro de mano que conducia un palafrenero. El Bachiller oprimia los lomos del suyo, pero sin otro adorno que el que habia traído de su Pueblo. Detrás iba el comboy compuesto de quatro acémilas, que conducian algunas cosas desde el Castillo al Palacio, y tal vez llevarían algunas prevenciones para la funcion de la jura, y

po-

posesion de la plaza, porque como iban tapadas con reposteros, y baxo de ellos baúles, y grandes lios, no era fácil averiguar su contenido; y para el cuidado de éstas, y demás cabalgaduras iban quatro mozos de quadra con sus libreas, de modo, que hacian una vistosa marcha, y mas que autorizada comitiva.

No pudo contener las lágrimas Doña Rodriguez quando al pie de la escalera entregó á Sancho su jumento, y en cuyo sitio lo recibió á su llegada, y despidiéndose de él con mas que evidentes señales de cariño, sacó de su seno unos hermosos y cristalinos anteojos que usaba en los dias de lucimiento público, y poniéndolos en las manos de Sancho, dixo: Admitid, Señor, esta

señal de mi memoria, que pues ya con la vuestra quanto mis ojos miráren serán fantasmas y vestiglos, ¿para qué quiero yo ya estos cristales? tomadlos, y mirad con ellos sin sospecha alguna, que como han sido de una desgraciada dueña, solo os manifestarán desengaños, y nunca os harán ver otra cosa: usadlos, porque en vuestro oficio se necesitan, porque suelen perturbarse las vistas muchas veces: acordaos de mí para mandarme, y tener presente no mi edad, ni mis achaques, sino que tambien las dueñas aman á quien quieren; id con Dios, y pedidle sosiegue mi corazon de de tanta pena; y si oyeseis decir que Doña Rodriguez murió, no pregunteis la causa; y apar-

tán-

tándose sin poder decir mas, porque el Mayordomo lo llamaba viendo su tardanza , llegó ayudado el asno de un aguijón con que lo animaba un mozo de los quatro, y se incorporó con los demás caminantes que marchaban al Palacio-Castillo de los Duques, adonde en una mula de buen paso habia despachado un mozo el Secretario con aviso de que habia de dormir en él aquella noche el Consultor Sancho.

CAPITULO VIII.

Pasa Sancho al Palacio de la residencia de los Duques, y toma posesion de la Consultoría con el mas extraño y rigoroso ceremonial que se ha visto.

LUego que llegó el aviso al Castillo-Palacio, se puso toda la familia en movimiento, y aun hay Autor que dice que hasta el mismo Duque y la Duquesa entraban en ciertas piezas donde se disponian las cosas de la toma de posesion, para que estuviese todo prevenido, y se ensayasen los respectivos papeles, de modo, que se hiciese con todo lucimien-

miento. No parece que durante el corto camino hubiese ocurrido cosa digna de contar, porque Benengeli sigue diciendo: inmediatamente que avistaron desde el Palacio la comitiva de Sancho, se coronaron de gentes las almenas, y balcones á ver llegar tan lucido acompañamiento, y atropelladamente se pusieron despues en las galerías, ó corredores por donde habia de pasar. Apeóse en la principal escalera, donde estaban quatro Pages esperándolo, y al notar Sancho tanto ruído, y tan crecido número de gentes, dixo al Bachiller en voz baxa; ¿no veis qué alegria hay en esta casa? Ya lo noto, respondió el Bachiller, y no sé por que algunos gustan poco de pisarlas: el mundo todo

está lleno de aprehensiones, y así nos lo dice la experiencia.

No pudo mas la Duquesa esperar á ver á Sancho: salió al encuentro á todos ellos, siguióla el Duque viendo que caminaba tan veloz á la escalera, y habiendo subido ésta Sancho, y hallado á los Duques que estaban al primer tránsito, se hincó de hinojos ante la Duquesa, y asiéndola la mano, la dixo: Señora, aquí está Sancho criado de VV. AA. que solo viene á serviros: seais bien venido, respondió la Duquesa: levantad Sancho, dixo el Duque, y besad la mano á la Duquesa, á quien debeis el volvernos á ver. ¿Qué no deberé yo á tan alta Señora, respondió Sancho, besándola la mano, si es entre las Duquesas la mayor del mun-

mundo? ¡dichoso yo que puedo llamarme su criado! Ola Sancho, ¿qué tambien vos sabeis expresiones de Corte? mas en vuestra boca ya veo no tienen recelo de adulacion, ni de mentira. Señor, no la acostumbro, dixo Sancho, y V. A. mire bien que desde mi poca fortuna he pasado á dichoso, solo porque VV. AA. me han nombrado por su criado, que es mi dicha presente. Decís bien Sancho, dixo el Duque, id al quarto que se os tiene prevenido, y quitaos esas botas, que ya os dirán quál es esos Pages, y entrad despues al quarto de la Duquesa, que tiene mucho deseo de hablaros. Así lo haré, respondió Sancho, y retirados los Duques, se entró Sancho en un quarto, donde se quitó las botas,

botines, ó polainas que llevaba puestas, cuya especie de quál era no puede saberse; porque Benengeli dice borceguíes que es voz árabe, y comprehende toda especie de este calzado de camino; pero mientras esto hacia, preguntó Sancho al Bachiller si usaría del paso que le enseñó Don Aniceto, ó del comun, y parece que el Bachiller le dixo, siempre el paso sentado en un personage como sois vos, es el mas propio, otro qualquiera no dice con el cargo.

Entró Sancho en el quarto de la Duquesa inmediatamente, donde tambien estaba esperándolo el Duque, y la primera cosa que le preguntó aquella fue, de que habia muerto su amo Don Quixote, cuya muerte les habia cogido

do sin esperarla. ¿A quién coge esa maldita que la espere, respondió Sancho? ella es la mas mala y fea persona que hay en el mundo: Señora, no quisiera decirlo, que al fin lo serví, y comí su pan, y mas vale callar que mal hablar, y mas de los muertos. No obstante, Sancho, aqui estamos solos dixo el Duque, la Duquesa os lo pregunta, y no es justo pagueis así á quien tanto debeis. Señor, yo haré lo que S. A. me manda, y mirando á uno y otro lado, por si alguno mas lo oía, con una voz como medrosa prosiguió. Mi amo y Señor Don Quixote se murió porque quiso, y murió loco, aunque alguno afirma lo contrario. ¿Qué dices Sancho, dixo la Duquesa, explicame eso que no entien-

tiendo? Digo, pues, Señora de mi alma que murió loco, y porque quiso, repitió Sancho, porque murió diciendo, que no era Don Quixote, sino Alonso Quixano, que estaba arrepentido de sus locuras, y de haber gastado el tiempo dando que reir á las gentes; y el Señor Cura (Dios se lo pague) iba con la corriente, y todo esto era (pero en boca cerrada no entran moscas: mal haya la codicia, y mas en gente de Iglesia) porque no lo llevāran á curar á Toledo, como decian debió hacerse, porque si allí moria perdia los derechos del entierro, por eso se murió; ya veo que el pobre Señor come con los muertos, y con los recien nacidos; pero bastábale ser su amigo, y mas valia que el Se-

Señor Cura mirase otras cosas, y no que el Sacristan el dia que hay muerto entra y sale tan risueño en la Iglesia y casa del finado, que parece que se lo han de quitar, y llevarlo á enterrar á otra parte; y el Señor Cura lo mira, y calla, porque lo que la loba hace, al lobo le place. Sancho, dixo el Duque: ¿y por qué dices que murió porque quiso? Señor porque así fue, ¿quién le metió á mi amo en querer sustentar en campo de batalla, que la belleza de la Señora Aldonza Lorenzo (para él Dulcinea del Toboso) era la única, y con quien ninguna otra fermosura compararse podia? Una muger tal como ella, que ni le habló, ni lo quiso, y Dios es Dios que habia de hacer porque lo quisiera, venciendo gi-

gigantes, con otras cosas, y aun hasta mi pobre cuerpo queria pagase la tontería de su desencanto; y para que mas claro lo vean vuestras grandezas, sepan que esta muger sin ningun agradecimiento, ni un mal recado de cortesía envió á la sobrina, ni á la ama quando murió mi Señor. ¿Yo me habia de morir por quien por mí no se mata? patarata: no Señor, harto tonto sería yo si tal hiciese. Y mas que si el sábio Merlin la tenia encantada, ¿qué sabemos por qué causa sería? No dexaría de tener alguna, porque sinó, ¿cómo un Señor mayor lleno de canas, y casi con un pie en la sepultura, era posible hiciese sin causa este desaguisado? El buen Frances tendria motivo para ello, pues lo hi-

hizo, y á esto debemos de estár, y su alma en su palma, si no la tuvo.

Decid Sancho, dixo el Duque, ¿y vos venís contento á ser mi Consultor? Sí Señor, respondió Sancho, ¿por qué no he de venir contento á servir á un Señor que tanta merced me hace. Podias, dixo el Duque, venir sin gana, y como por el qué dirán, porque ello es un encargo peligroso; pues vos habeis de responder á Dios sobre vuestra alma si me aconsejais mal: yo os traigo para que me aconsejeis bien, y por esto os doy mi salario, y así será siempre vuestra la responsabilidad á Dios, y al mundo, porque habeis de proceder sin pasion aunque sea contra mí: mirad á lo que venís, y quál es vuestro

tro encargo: mirad lo que ofreceis, y que para mas cargo habeis de jurar lo dicho. Y la Duquesa prosiguió en esa conformidad, prevenios Sancho para el juramento y posesion; pero miradlo bien primero, porque despues no hay arbitrio para no cumplir lo jurado: hasta mañana teneis de término, pensadlo bien, y idos á descansar.

Así lo hicieron todos, durmiendo muy á placer (despues de haber tomado una buena refaccion entre graciosas y gustosas pláticas) hasta que la siguiente Aurora se mostró mas hermosa y apacible que nunca, entre una confusion de trinados y gorgeos, con que los inquietos é inocentes paxarillos parece anunciaban el júbilo que habia de rey-

reynar en el Palacio Ducal.

Luego que fue hora competente, mandaron llamar los Duques ante su presencia á Sancho, el qual acudió puntualmente, y habiéndole preguntado el Duque si estaba en jurar su nuevo empleo, respondió: Señor yo lo ofrezco, como todos lo ofrecen. Pues Duque, dixo la Duquesa, ya Sancho ha jurado su plaza; mandad que le den la posesion y el trage, que deseo verlo con él si vos gustais de ello. Llamó el Duque á su Mayordomo Secretario (dice la historia) y le dixo: ¿Está todo dispuesto para dar la posesion á Sancho? Sí Señor, todo está prevenido, respondió. Pues conducidle al salon de la Audiencia, para que en él tome la posesion. Con esta órden del

Du-

Duque acompañaron en ceremonia el Mayordomo, y dos Pages á Sancho al prevenido salon, en donde hallaron un crecido número de concurrentes que esperaban ver tan lucido y obstentoso acto, entre los quales estaba en distinguido lugar el Bachiller Sanson Carrasco, admirando tanto aparato. Aquí hace punto Cide-Hamete, y dice por una llamada al margen: que el Bachiller tenia en su imaginacion varias ideas, porque unas veces todas aquellas cosas le parecian burla y pasatiempo de los Duques, y otras las confirmaba reales y verdaderas, por los crecidos gastos, y formalidad con que se hacian. Que tal vez se le vino á la memoria, ¿cómo era posible que aquellos Señores habien-

do

do tan poco tiempo que habia estado en su Castillo, y contándoles la batalla en que rindió, y sujetó á cumplir las condiciones de ella al valeroso Don Quixote, no se le diesen por entendidos? pero todas estas dudas (dice) las absolvia con la poca atencion con que los Señores pasan la vista por los que no lo son; además que la mudanza de trage, y alguna otra circunstancia que él no penetraba, podia ser causa para el olvido ó disimulo, que esto no difine quál fuese; y sigue su puntualísima historia diciendo.

Estaba el salon cubierto de una rica colgadura de color carmesí, con galon finísimo, y resplandeciente de oro: habia en medio una hermosa araña de cristal, con bastante número de

velas, hácia el frente se elevaba un alto tarimon, donde se divisaba una silla de brazos forrada en carmesí segun la colgadura de la sala, y junto á ésta con mas elevacion habia un regio dosél de damasco verde y galon de plata, en que estaban dos sillones magnificos iguales al dosél, para asiento de los Duques, en medio del salon habia un circo de varandillas con unos escaños cubiertos de unos tapetes que eran asientos de la justicia del Pueblo, como las varandillas, sitio para ver y oír la familia Ducal, y convidados.

Entraron los Duques primero ocupando sus sillones, y el Secretario Mayordomo detuvo á Sancho al entrar en el salon, hasta que se sentasen, y habiéndose he-

hecho, y luego por el Duque la seña de empezar , el Mayordomo tomó á Sancho de la mano, y puesto en medio, dixo: *Evad Consultor del Duque mi Señor*, y le puso en sus manos un pliego, y se retiró detrás de las sillas de los Duques. Y habiéndose éste llegado tocó una campanilla de plata, y al oirla entraron quatro pages, y uno como maestro de ceremonias, el qual traía vestido un ropon amarillo cubierto de galones, una muy crecida y blanca barba , y ceñida la cabeza con un cendal al estilo Africano. Llegóse á Sancho, y lo miró de espacio de arriba á baxo, y aun lo desabrochó unos botones de la ropa talar con que venia vestido , tomóle el papel de la mano, y lo leyó; miró al

Cielo, hizo sobre sí la señal de la cruz dos veces, volvió á mirar al Cielo, pero mesándose su lengua y hermosa barba, con lo que hacia el personage mas magestuoso y sério que habian visto los nacidos.

A todo esto estaba Sancho tan atento como confuso sin saber lo que le sucedia; pero no esperando ningun daño, sino creyendo firmemente eran precisas ceremonias de aquel caso. Los Pages estaban puestos al rededor del tal personage como en señal de sus sirvientes, vestidos con los trages de la casa, y como decir se suele en trage de gala.

Acabada esta ceremonia entró otro personage vestido de ropa talar blanca, y una mas di-

latada barba; pero negra, que con el crecido y negro pelo le hacia respetoso, igual que temido y venerable: éste miró á Sancho mas de espacio, y le levantó algo la cabeza, porque la confusion y el silencio se la tenia como caída: subió al dosél de los Duques, y antes de llegar hizo una profunda reverencia, y acercándose como para preguntar, así lo hizo, y baxando y repitiendo la reverencia á ellos, se llegó á Sancho, y dixo en voz alta: ¿Quién es Sancho? y el maestro de ceremonias respondió este es Sancho.

¿Sancho, dixo el de la negra barba, habeis jurado la plaza? El maestro de ceremonias dixo: decid que sí, y así lo respondió Sancho que ya tenia cara de es-

tár medroso. ¿Ofreceis Sancho á la Justicia á quien yo represento ser buen Consultor, limpio, desinteresado, y leal al Rey nuestro, suprema justicia de la tierra? Sí ofrezco, respondió Sancho, porque así se lo previno el maestro de ceremonias; pero como Sancho respondiese esto como trémulo, y en voz baxa, el que hacia la justicia con voz grave y alta, dixo, hombre sin espiritu tiemblas de ofrecer lo que debes cumplir, si así lo has de cumplir, cómo lo ofreces, dilo, y sinó dí la verdad, que menos malo es que tú lo digas, que el que otro despues advierta que no cumples lo que ofreces; responde Sancho á la justicia que te pregunta. El maestro de ceremonias, dixo, Sancho en todo

ca-

caso dí, yo conozco mi flaqueza: así lo respondió Sancho, y entonces el que hacia la justicia, dixo, pues dixiste la verdad, *accipe vestem*, y tomando un ropon carmesí con una gorra azul de borla verde se la vistió á Sancho. Sonaron al acto de ponerle el ropon y la gorra (que uno y otro tenian cubierto los Pages con un tafetan sobre una muy grande vandeja) un crecido número de instrumentos músicos, porque el Duque traía junto á sí su bien pagada orquesta, que siempre fue distinguida en aquel tiempo de otras muchas; cuya sonata recordó á nuestro gran Sancho Panza el asalto de la Insula Barataria, en que se oyó igual á esta otra.

Acabóse esto, y entraron

otros dos personages, no tan bien ataviados, ni tan barbados, pues sus ropas talares eran menos lucidas y mas usadas, y de un color como leonado, traían sendos incensarios, en los que poniendo buena porcion de incienso, incensaron á Sancho, y para que recibiese el sahumerio con mas comodidad le tenian asidas ambas manos cada uno la suya, el maestro de ceremonias, y el que representaba la justicia; pero Sancho sofocado del humo, y de la investidura tan ceremoniosa, dixo: Señores, no puedo tolerar este incienso, y el maestro de ceremonias respondió: esto es propio de este trage, pero ya se retirarán; y así lo hicieron, quedando el salon de modo que el Duque mandó se abriesen unas

ven-

ventanas como se hizo: inmediatamente despues de los incensarios entraron dos doncellas de la Duquesa con una concha de plata con agua la una, y la otra con una tohalla que traía sobre una bandeja, y asiendo las manos al bueno de Sancho, se las labaron, y despues limpiaron; y antes que esto se concluyese entraron dos dueñas á quienes alumbraban dos Pages con dos hachas, y tomándole cada una de ellas una mano le cortaron las uñas, alumbrando con todo cuidado los Pages: prevencion extraña, y ceremonia rara (dice Benengeli), digna por cierto de que se usase en los climas mas remotos.

Acabadas estas exâctas y dilatadas ceremonias, el maestro de ellas llevó de la mano, y man-

mandó sentar en el sillon al recien posesionado, y saliendo todos los personages por el órden que habian entrado, dió fin la posesion de la Consultoría de el gran Sancho Panza, que pudo bien haberle dado de su vida, segun lo atosigado que se vió por el mucho humo, y obstentoso aparato con que se celebró.

CA-

CAPITULO IX.

Cuentase el grave y magestuoso razonamiento que la Academia de la Argamasilla dixo en loor de Sancho, y otras cosas dignas de tenerse en memoria.

LOS Duques con el Mayordomo enviaron la enhorabuena á Sancho, y que le preguntasen si queria tomar algunos vizcochos y vino, ó que le traxesen chocolate, porque era preciso y indispensable siguiese la Audiencia para un pleito en apelacion que se habia de ver; y tambien porque habia llegado casi en posta un Enviado Academico de la Arga-

gamasilla á darle la enhorabuena, y era preciso resolver lo uno, y oír lo otro, sin salir de la sala, ni desbaratar la ceremonia particularmente para la Academia que era muy resentida de todo, y que el personage parece venia indispuesto, y no era cosa de detenerlo, y mas no habiendo alojamiento decente que darle; y así que dixese lo que queria.

Sancho envió á decir al Duque estaba el mas agradecido á sus finezas; que pues lo permitian, que tomaría un poco de vino y pan, ó vizcochos, porque se hallaba del todo desfallecido, y casi atolondrado con el humo de los incensarios.

Oída esta respuesta, se mandó despejar la sala, en la que solo quedaron los Duques, Sancho,

cho, el Mayordomo, y un Page: le entraron vino y vizcochos con bastante abundancia, y Sancho sin cortedad, y con llaneza hizo su deber, y despues de finalizado este acto, se volvió á su sillon, las ventanas se cerraron como disipado el humo, entró toda la familia que quiso, y con ella el Bachiller Sanson Carrasco, que admiraba todo el ceremonial; ocupó la justicia del Pueblo su banco prevenido, y siguió la Audiencia, empezando por la enhorabuena de la Academia.

Entró representando ésta un anciano personage cubierto de un manteo y sotana negra, senda melena blanca, anteojos con su cordon á las orejas, sombrero grande, y una muleta de sostener-

nerse, bien que para conducirlo venian dos Gentiles-Hombres uno á cada lado. Hizo en medio de la sala una reverencia á los Duques, y al nuevo Consultor un besamanos muy cumplido; y tomando un banquillo que se le tenia dispuesto, empezó así la oracion de su embaxada en nombre de la insigne Academia Argamasillesca.

SEÑOR:

»La Academia de la Arga»masilla conocida en las partes »mas distantes de la Europa, y »de la America por el elogio que »hizo de V. S., del incompara»ble Don Quixote de la Man»cha, y de la sin par Dulcinéa »del Toboso, que es el fin del »escrito del esclarecido Moro »Ci-

„Cide-Hamete Benengeli: es la „misma que con admiracion y „gozo se acerca por mí llena de „respeto y amor á los pies de la „alta silla que á la vista ocu„pa V. S. por su gran mereci„miento.

„Permita V. S. á esta Junta „de patriotas suyos, y alumnos „del Dios de la alegria, que re„fieran aquí por mí los hechos „con que V. S. ha lucido en es„tos Orizontes, no para aplau„dirlos solamente, sino para po„nerlos, no en marmoles ni bron„ces como debian, y no hacen „por sus cortos medios; sino en „papel batido y cortado, que „tambien en él se ponen las ha„zañas grandes, que como las „de V. S. han de dar exemplo á „los futuros siglos.

„No

»No tendrá la Academia »aquel digno estilo de pintar los »Heroes que celebra como de»bian ser, solo los pinta, y los »traslada con la pluma al papel »como ellos fueron, sin usar de »las tintas de la lisonja, ni de la »adulacion, porque las plumas »que con ella corren mas ofen»den que alaban.

»La Academia de la Arga»masilla ha usado siempre de la »verdad desnuda, procurando »no vestirla con ropages que la »desfiguren: de este modo pien»sa (y piensa bien) la Acade»mia: con este para ella tan »plausible motivo de ver á V. S. »elevado, y revestido del pom»poso trage que le adorna, y di»ce bien con la decoracion suya, »atrahe á la memoria el cómo

»se

»se han premiado los que fue-
»ron útiles al Estado, y á la
»Patria.

»Honró V. S. á la suya y
»territorio nuestro con su nom-
»bre, y en todas partes donde se
»halla la singular historia de
»nuestro Academico honorario
»y patriota el *Caballero de los*
»*Leones*, se halla mas repetido
»que el de Alexandro de Mace-
»donia el de Sancho Panza.

»Honróla V. S. tambien con
»sus hazañas, y con sus discur-
»sos: quando nos pinta á V. S.
»el Moro Benengeli (á cuya sola
»pluma destinó la fortuna tanta
»gloria) defendiendo la Insula
»Barataria en el asalto de sus
»contrarios; ¿no nos pinta un
»retrato del valeroso Aquiles,
»fiando á la punta de su lanza,

„como V. S. fió á la suya el cas„tigo de sus enemigos?

„Si la Academia, Señor, le „compara con aquél, lo hace con „bastante diferencia, porque mi„ra á V. S. para la defensa, solo „cubierto de la endebléz de un „pavés de dos simples tablas, al „tiempo que registra á Aquiles „en sus lides, asido á su fuerte „escudo, cubierta de yerro la „cabeza, y forrado de acero to„do el cuerpo.

„No menos honró V. S. á su „patria con sus discursos, que „con sus hazañas: píntanos á „V. S. el mismo Benengeli, go„bernando la Insula Barataria, „de modo, que no se podria pin„tar mejor á Solon Griego, dan„do leyes y sábias providencias „para desterrar la ignorancia de „los

»los hombres, y acercar mas y
»mas el conocimiento para el tra-
»to humano: díganlo las que
»V. S. dió para la fingida muger
»forzada, las del perjuro de la
»caña hueca, y otras que hicie-
»ron temible su penetracion. Pe-
»ro así como la Academia halló
»en V. S. ventaja al valeroso
»Aquiles, la halla tambien ma-
»yor al sábio Griego.

»A éste le pagaban los Pue-
»blos la enseñanza; pero á V. S.
»como la fama dice, que todo lo
»pregona, ¿quién pagó estipen-
»dio, ni ofreció salario en pago
»de sus desvelos y enseñanza,
»como á los demás Gobernado-
»res? Nadie pagó á V. S. ni tam-
»poco tuvo como el sábio Solon
»otros doctos Griegos que le
»ayudasen en la empresa: con

»que la Academia sin el rezelo »de que la titúlen lisongera, di- »ce que V. S. fue mas esforzado »que Aquiles, y mas distinguido »en el mandar que el sábio Grie- »go. Así dice, y celebra la Aca- »demia.“

Calló el anciano Academico; y como Sancho nada decia, prosiguió: Señor, ¿qué responderé á la Academia que me envia? Sancho callaba (dice la historia) en cuya vista, dixo el mismo Academico, hablad *Solon Manchego.* Levantóse Sancho, y haciendo una profunda reverencia á los Duques, dixo, decid buen hombre á la Academia que os cuide mucho, que estais muy viejo, que estimo lo que en su nombre me habeis mentido, y que le pida á Dios que sea co-

como decís que soy.

Retiróse el Academico sobstenido de su muleta, y los Gentiles-Hombres con la misma torpeza que entró, haciendo antes á los Duques una reverencia, y un besamanos á Sancho; pero al salir el Academico de la sala tocó el Duque una campanilla por medio de un cordon que tenia pendiente junto á su asiento, y al instante se oyeron unas voces fuera de ella que decian *Audiencia pública de apelacion*, que repitió tres veces el portero que las daba.

Entró por la puerta un hombre mozo, decentemente vestido, y con mucho desenfado, dixo: Señor aquí estoy en grado de apelacion de la sentencia dada contra mí por la Justicia que es-

tá presente, y levantándose uno de los Alcaldes, dixo: Señor esta es la causa de Don Lazaro Tramoyas, á quien se le ha mandado salir del Pueblo desterrado: la causa es esta, y alargó un escrito al Secretario, que leído decia: Señor, Don Lorenzo Tramoyas por cuyo nombre se conoce en este Pueblo, y es forastero, tiene una renta limitadísima, cuyo importe se halla averiguado no puede mantenerlo un mes, del modo que mantiene la casa sin incluir los gastos de adorno de su muger, funciones, bailes, &c. Debe á las tiendas y artesanos algo de lo que gasta; pero se ignora de donde sale el resto: su mal exemplo en esto ha viciado muchos vecinos, que por emulacion, y no parecer menos,

se

se hallan empeñados: dice que lo hace con su industria; pero no se sabe quál sea, ni la justicia puede saberla; por esta causa, y que no estienda este oculto modo de adquirirlo, se le manda salga de este Pueblo. Vos, Señor, como justicia principal de él, determinaréis esta causa.

El Duque preguntó: ¿Don Lazaro es verdad lo que la justicia dice de vuestra renta y gasto? Es así, Señor, respondió Tramoyas, pero ninguno se queja de mí, y no haciéndolo, la justicia no es parte para quitarme mi industria. *Visto*: dixo el Duque: ¿Sancho, qué debe resolverse? Levantóse Sancho, y haciendo á los Duques el debido acatamiento, dixo: la justicia, Señor, es siempre parte por su oficio pa-

ra quitar perjuicios al Pueblo, este lo es por el mal exemplo que otros han empezado á imitar, y el daño del mal exemplo es superior á todo daño. Don Lazaro debe ser arrestado, obligándole á que manifieste esa industria en el término de quatro dias (por escrito) á cuyo fin la Justicia le dará en la carcel papel y tinta á costa de los propios; y si pasados no lo hiciese, sea remitido á uno de los presidios de S. M. donde esté hasta que lo execute; y la Justicia en la primera Audiencia presente el escrito de la industria, ó testimonio de haberse cumplido la segunda providencia, que así lo juzgo se debe mandar por V. A. *Confirmolo*, dixo el Duque, y despejad. Con lo que se concluyó la Audiencia,

por-

porque los Duques conocieron que Sancho estaría cansado, pues ellos lo estaban de tan larga funcion.

Sigue la historia, diciendo: que retirados los Duques á su quarto, y Sancho con el Bachiller al suyo, donde les esperaba la mesa, le dixo Sancho al Bachiller: ¿qué os parece Carrasco de lo que habeis visto? Señor respondió Sanson, como que no lo creyera, si me lo hubiesen contado. Paréceme Bachiller, dixo Sancho, que hubo algunas ceremonias que podian haberse escusado. Señor, respondió el Bachiller, ¿quién sabe el rito propio de estas funciones? Lo que á V. S. pareció de mas, sería tal vez muy preciso. Ola, Señor Bachiller, ¿qué es eso de Señoría es-

estando solos, no os he dicho que me habeis de tratar en secreto como amigo, porque aunque me veo en este estado, me acuerdo del consejo del Señor Cura, de nunca olvidar el que tuve, para no ser sobervio? el incienso me atolondró la cabeza, y el personage que junto á mí estaba me dixo que era propio del trage; pero yo no sé que tenga que ver lo uno con lo otro. Ello es seguro dixo el Bachiller, que muchos gustan del incienso particularmente los que tienen las cabezas endebles. Yo estuve con mucho gusto oyendo al Academico; pero qué bien le respondisteis. Bachiller, dixo Sancho, la verdad le dixe, porque en público y en secreto debe decirse siempre; ¿cómo que me queria hacer creer

que

que era valiente y sábio? ¡Cómo se pintan las cosas, Bachiller, quando se quiere! Estas enhorabuenas, las dedicatorias, y elogios que suelen hacer y darse, está el arte de la composicion en que la mentira parezca verdad; pero siempre se distingue ésta de la mentira. Respondió el Bachiller prosiguiendo, lo que me pareció mejor fue lo de aquél Tramoyas. De eso Bachiller hay que darle gracias al Señor Cura, que predicando un dia decia, que la justicia debia perseguir á esos industriosos, que suelen ser tahures, ladrones, ú otras cosas: yo me acordé de ello, y me vino de perlas para el caso; pero no creo que pueda él cumplir lo que se le ha mandado.

Mientras estas cosas pasaban con

con Sancho, entre los Duques hubo otras iguales, ó casi parecidas, porque le dixo la Duquesa al Duque: Señor, he estado divertidísima en la posesion de Sancho, y sus ceremonias, que todo parecia verdad: no hay duda que el Mayordomo tiene idea para estas composiciones; pero estuvo algo picante el labado de manos, y cortadura de las uñas. Fue muy del caso, respondió el Duque, porque Don Roque, Juez de Apelaciones, Consultor nuestro, que ha dado en llamarse Consejero, es algo puerquecillo de manos, él tomó el papel de maestro de ceremonias, y el Mayordomo vió la suya para decirselo claramente, porque está mal con él, á causa de recibir regalos por las sentencias: yo supe la espe-
cie,

cie, y no me dí por entendido de ello; y á la verdad que si él y su padre no fuesen criados tan antiguos, ya me hubiera deshecho de él; pero es menester disimular algunos defectos, porque es honor nuestro tener criados antiguos. Duque, ¿quién era aquel viejo Academico, que no conocí como tenia tan desfigurada voz y persona? Don Roque, respondió el Duque, tenia primero este papel, y se lo dió á Don Anselmo, porque tiene vanidad de hacer esas composiciones, que es origen de los disgustos con el Mayordomo, que le titúla palabrotas, y como él habla tan mal de la Academia de la Argamasilla, dispuso que de ella tambien hubiese este paso de su parte, y enhorabuena á Sancho, quien le respondió

dió como yo no esperaba; pero él lisamente dixo la verdad: es cierto que la adulacion, y la lisonja la conoce el mas apasionado de sí, solo que suelen no hallar voces para darse por entendidos de las mentiras que oyen en sus alabanzas, esta es flaqueza humana, que no tuvo Sancho, porque la verdad se suele manifestar quando menos se piensa, y por la boca, al parecer, mas distante de decirla.

Es menester, dixo la Duquesa, que siga con Sancho el hacerle creer que es Consultor nuestro, porque me divierto con él mucho, y yo no tengo duda en que él se lo ha creído, segun se presenta y habla, y ni mas ni menos su Secretario el Caballero de la blanca Luna, con quien es menes-

nester un tanto mas de disimulo, porque parece algo socarron, y sintiera que tropezase con él, ó con Sancho nuestro Eclesiástico su contrario, y le dixese que lo engañan. Yo os daré gusto en ello, dixo el Duque, y le advertiré me le dará en no introducirse en el asunto; pero ahora segun me ha dicho el Mayordomo, está ocupado haciendo un Sermon de encargo para un su amigo, que lo ha de predicar en la funcion de Animas del Pueblo donde os traen las flores; y por lo que me han informado creo se ha de volver loco con él, porque quieren traer y poner por circunstancia del dia de la fiesta de Animas una campana nueva que se ha estrenado, y el salir á Misa de parida la muger del Mayor-

do-

domo, que hace la fiesta, y no halla modo de introducir esta verdaderamente ridiculéz, y si no lo hace, parece no le pagan el trabajo, motivo porque solo piensa en buscar, y ojear libros, y no en las cosas de Sancho, bien que sériamente le diré que gusto de ello, y que no os dé que sentir, introduciéndose en el caso.

En este tiempo los Pueblos del Duque viéndolo de visita en ellos, y oyendo habia nombrado un Consultor nuevo, á quien habian hecho una funcion de recibo muy magnifica, se animaron á representar algunas cosas que debian remediar por su residencia. Y aunque Benengeli no pone por menor las que eran, ni si fue por escrito, ó legacía la súplica, no obstante, por lo que se estableció

ció en ellos, se viene en conocimiento de lo que se pedia; y para ello fueron enviados con plenos poderes el Mayordomo Secretario, el Consultor Sancho Panza, y el acompañado Bachiller Sanson Carrasco, llevando repuesto de todo lo necesario. En el intermedio no sucedió otra cosa particular que una que pudo turbar el gusto que reynaba en el Palacio Ducal, y fue, que como la ociosidad es madre y productora de todos los vicios, subió tanto de punto el del rucio con el regalo y buen trato, que queriendo holgarse (como lo solia hacer por las florestas con su compañero rocinante) con uno de los potros que se adiestraban para el servicio del Duque, le volvió en torno de sus caricias tantos pares

de cozes, que á no acudir los mozos de caballos, allí mismo hubiera dado fin á sus rebuznos. Causó á Sancho gran pena el aporreamiento de su asno, porque lo queria sobre las niñas de sus ojos; pero informado de la sandéz que le habia ocasionado el cozeo, dixo á los Duques, habiéndole preguntado por la salud del rucio, le estaban bien empleados los golpes, porque juzgaba que era grande atrevimiento el subirse á mayores un borrico, y que no estaba tal que no pudiese hacer el viage á los Pueblos; con lo que solo se trató de ponerlo en execucion.

CA-

CAPITULO X.

En que se cuenta como salió Sancho á inspeccionar los Pueblos del Duque: las maravillas que vió en la casa de un Beneficiado: las acertadas providencias que dió, con otras cosas que deben saberse.

A la hora determinada salieron los tres comisionados, llevando dos criados, y un repuesto tal como quien le costeaba sin escaseces: caminaban divertidos, ya viendo campos eriales, ya advirtiendo tierras mal aprovechadas por la desidia ó pobreza de los Pueblos; que todo esto y mas se halla quando se camina

si se observa y mira con cuidado. En esto descubrieron que por una vereda que daba vuelta á un repecho les salia al encuentro un Clerigo de edad madura, el qual venia en una poderosa mula castaña con su quitasol y alforjas, aparatos propios de caminantes acomodados.

Este á lo que se vió despues era un Clerigo de juicio volante, que gozaba un Beneficio simple, que así suelen llamar algunos á las rentas de Iglesia, que no tienen cuidado, ni residencia; mas no dice Benengeli de qué Pueblo ni Iglesia era, solo sí dice que conoció al Secretario del Duque, por cuya causa se dexa conocer sería del territorio inmediato al Castillo, y que llegándose á él parando su famosa mula, le dixo,

que pues tenia la fortuna de haberlos encontrado tan cerca de su casa, le habian de hacer el favor de descansar en ella, donde comerían con él, y tendria la satisfaccion de manifestarles su primoro Muséo, que tal vez habrian oído celebrar, por las muchas y raras alhajas antiguas que en él tenia, seguro de que no habria en la Europa ni fuera de ella quien tuviese sus semejantes: que tenia dispuesto hacer de él una coleccion arreglada, y dexarlo por su muerte á un Convento de Religiosas Descalzas, donde tenia una sobrina siendo Prelada, para que allí se guardase, y siempre se custodiase con el cuidado y decencia que merecia un cúmulo tal de preciosidades, que le habian costado tanto dinero y

trabajo su adquisicion.

El Mayordomo le dió gracias por su oferta, y ya por descansar, ó por ver tan raras cosas como le decia, aceptó el convite, y siguieron juntos el camino, porque era el mismo para todos, pues segun el itinerario de nuestros caminantes, habian de pasar por el Pueblo y casa del que los convidaba.

Al fin llegaron á ella, y vieron una casa llena de comodidad, con buenos muebles, surtida de aves, y con bastante número de sirvientes y mozos de campo, en lo que conocieron ser nuestro Beneficiado hombre rico. Empezóse la conversacion comun de cortas cosechas, muchos pobres, el ningun cuidado de poner arboledas, construir puentes, allanar

ca-

caminos, el abuso de beber vino, y otras cosas que siempre, y en todas partes hacen la primera conversacion, despues de hablar del tiempo segun su estacion. Siguióse la hora de comer, y fue en una abundante mesa, que á no haber sido tan inmediato á su llegada, podria discurrirse se habian dispuesto tantos y tan distintos platos para cortejar los huespedes; pero el mismo Beneficiado les aseguró era su comida ordinaria la que veían, y que aun faltaban algunas añadiduras de pescado fresco y frutas, por haber caido malo un criado que solo tenia para esto con una buena mula andadora; pero que su genio poco aficionado á profusion, ni excesos, lo tenia reducido á solo aquello que les ofrecia

con voluntad siempre que quisiesen, y pasasen por el Pueblo.

Comieron todos abundantemente, y en el intermedio hubo vino comun Manchego, en que el Señor Beneficiado hizo su deber; pero al finalizar la comida se presentaron al eco de un silvo que dió dos mozas rollizas iguales en edad y trage, conduciendo un salvillon con vinos generosos, un azafate lleno de tiernos y blancos vizcochos, y un formidable pipon de tabaco de hoja para el Señor Beneficiado, quien hizo la salva con un vaso del primer órden, á que correspondieron con otros mas pequeños nuestros caminantes; pero el Beneficiado, como creyéndolo cortedad de buena crianza, dixo: Señores, señores, la cortedad de vmds. es

igual

igual en el comer y beber: en mi casa no deben vmds. tener ninguna, respecto de mi voluntad, y llaneza con que los he tratado, repetiré al favor que de vmds. recibo, y pasemos á ver mi Muséo, y tomando otro de los vasos de á folio entero, lo depositó en su vientre que era capáz de contener otros muchos, porque era grueso de cuerpo, aunque pequeño; pero el vientre aun era mayor de lo que correspondia á él.

Tomó la pipa ya llena de tabaco por una de las dos doncellas, y conduciendo la otra en unas tenacillas pequeñas un asquon grande, empezó el humo, las toses, y salibones, y entre ellas, teniendo el Señor Beneficiado encendido el rostro, dixo: aunque vmds.

vmds. no se admirarán de las muy particulares cosas que hay en mi Muséo, tengo por cierto les dará mucho gusto el registrarlas, advirtiendo á vmds. ha tenido las mayores laudatorias mi buen gusto, por varios sugetos que lo han visto.

Yo no he querido gastar mi dinero en pinturas, aunque son propias de estas piezas Muséos y gabinetes, porque en empezándome á mí con Ticiano, Rafaél de Urvino, Micaél Angelo, Murillo, Rivera, y otros célebres pintores, me parece que me engañan, y quieren valerse de su nombre para llevarme mi dinero, que solo guardo para cosas seguras y ciertas, y no para dudosas, como se nota en las obras de estos pintores, que siempre

hay

hay disputas sobre su verdadero autor: así lo hago, y así lo juzgo, *salvo meliori*, *&c.* Y para evidencia de lo dicho: *Operibus credite*, *& non verbis*, y sacando de una gaveta que tenia en una papelera en su quarto mismo una llavezuela de bolsillo, dixo: esta es hecha de una herradura del famoso Caballo Babieca, que sirvió en sus campañas al Señor Rodrigo de Vivar, con quien yo tengo algun entronque por el apellido Cid que me viene de una abuela, pues ya saben vmds. que fue llamado el Cid Campeador; y aunque hay quien dice que el Cid es equivalente á Capitan, y aquello de Campeador como que dice Capitan de campo, en realidad fue heroe grande en el campo y en poblado mi parien-

riente, por cuya causa estimo hasta las herraduras de su Caballo: esta me la dió un Predicador Valenciano, oriundo de la Capital, que tuvimos aquí hace tres Quaresmas, hombre grande, Predicador sin segundo, quien habiéndole dicho mi parentesco con el Cid me hizo este regalo, porque siempre se muestran agradecidos á los Curas, y Beneficiados que les hacen favor; pues deben saber vmds. que si quando predican no hacemos admiraciones, nos miramos unos á otros, y como que nos reímos, creen estas gentes que no lo entienden, que el Predicador no dice cosa de provecho, y no juntan limosna en el lugar, yo hice lo que pude, y me dió lo que estimo mas que quanto tengo.

Abrió

Abrió la puerta nuestro Beneficiado, y se dexó ver una sala bastante capáz, y en ella no con mal órden, y sobre repisas colocadas varias urnas de todos tamaños y formas, con sus coberturas de lienzo como gasa por razon de las moscas, y manifestando la primera, dixo: esta urna que vmds. ven contiene un pequeño pedazo de la tinaja en que estuvo metido Diogenes, que además de no tener en ello duda por habermelo dado persona segura, se conoce ser suyo, porque tiene en aquel extremo, como vmds. pueden reconocer con este cristal de aumento, (y les presentó uno) un como escupido de sangre, porque segun autores murió de mal de pecho hechando sangre por la boca.

En

En aquesta ven vmds. y señaló otra, una raspa del Pez Rémora que detuvo la nave de Alexandro, junto á sí tiene un palillito de limpiar dientes, que fue del uso del Emperapor Motezuma, y tambien es suya aquella correa que está con él, y le acompaña aquel manojo de plumas que son de los pollos de Marta, á quien la polilla va consumiendo, no obstante mi mucho cuidado.

En esta otra está un pedazo de la redoma en que dicen se hizo picar aquel célebre Maxico-Chîmico, que dixeron era Marques de Villena, cuyo caso manifiesta la antigüedad de este Marquesado, pero no sé si dirá verdad: dicen que hay historia de ello, y yo lo tengo por no seguro, aunque en quanto á la parte de re-

do-

doma no hay duda, pues si no sirvió para aquello, pudo servirvirle para otra cosa, y está á vista de vmds. yo es cierto que hasta ahora nada de esto he visto escrito, ni impreso, ni de mano; pero dicen que hay historia muy extensa de cómo fue el caso.

Aquí en ésta tengo, dixo, señalando á otra: un pedazo de la bolsa en que tenia Judas Iscariote los peines, y aquel zapato que está junto á él, es del Arzobispo Don Opas, que tenia puesto el dia que se perdió la última batalla, que ganó el prudente y esforzado General Tarif, segun nos dicen, y á la verdad que el tal Arzobispo usaba de remiendos en los zapatos, señal de que aunque fue malo, como dice la his-

toria, en la parte de no ser desperdiciado ni vano cumplió bien.

En esta caxeta están cinco abujas que fueron de las hijas de Dario, vencido por Alexandro, un manojo ó madeja de hilo de calcetas deshechas, de las que usaba Alexandro, á quien componian la ropa, á cuyo estado vinieron, como dicen que lo afirman varios autores antiguos.

Todo esto lo hube de un espolio de un Monseñor Italiano, que vivia en Roma, curiosísimo, vendiómelas un Milanés amigo del Padre Predicador Valenciano, que con carta suya llegó aquí, hospedéle en casa, y él, mas necesitado de dinero que de preciosidades, me las dió en muy poco; pero no tanto que no pa-

sa-

sase de mil ducados, con lo que él pudo mantenerse algun tiempo en la Corte á donde pasaba á solicitar su acomodo: era un hombre muy sabido, habia viajado mucho, y tenia gran propension á la ciencia antiquaria que profesaba. Quedó en escribirme y no lo hizo, sin duda hubo de morir á poco de haber llegado á la Corte; porque sinó no hubiera dexado de hacerlo, segun lo agradecido que fue. Tambien me dió gratis dos cabos de vela de las que sirvieron en el sacrificio de Efigenia, que están en esta, y asimismo hay en ella un pedazo de la lanza de Aquiles, que metida en agua, lavando con ella la picadura de la Tarantula, la cura instantaneamente.

Y en esta última tengo una

manga de la camisa que tenia puesta Lucrecia quando Tarquino la hizo aquella supercheria. A mí fe, dixo á este punto Sancho, (que habia estado con la boca abierta, y como fuera de sí oyendo la maravillosa explicacion del Beneficiado) que si nuestro Don Quixote viviera en aquel tiempo, que no se hubiera reído el Señor Tarquino de semejante fechoría, porque uno de los principales institutos de la órden de caballería era acorrer á las cuitadas doncellas: así es verdad, respondió el Bachiller Sanson; y el Beneficiado prosiguió, y de ser de ella da testimonio una sonadura de mocos que ahí se manifiesta, pues con la pena de caso tan extraño, no se acordó, sin duda, que tenia pañuelo. Esto lo

compré á buen precio á un Caballero, que supo, segun me dixo, por el Padre Predicador mi aficion á las antigüedades, venia de paso, y aunque se lo rogué, no pude conseguir se detuviese, porque llevaba la máquina de la quadratura del circulo, que habia de servir para un plan de navegacion aerostatica, que decia estaba haciendo otro Caballero Frances, y corria prisa su llegada para hacer el computo.

¿Quién son estos Señores retratados, Señor Beneficiado, preguntó el Mayordomo? Este es, dixo aquél, Guillelmo Rutimbau, que fue el primer Conde de Perruc en Francia, cuya dignidad le dieron por haber ideado las pelucas, de que ha resultado el aumento de un nuevo gremio que

no habia, que tienen habilidad para hacerlas y peinarlas, y otras correspondientes á esta utilidad extendida en hombres y mugeres; y este otro es el famoso Juan Bautista Maílde, inventor de la máquina de amolar tixeras y cuchillos, que ha producido á sus patricios mucho dinero, porque los nuestros no quieren aplicarse á esto que tienen, como á cosa de poca estima, y se están en esta creencia, y los otros se alegran mucho de que lo estén, y de que no despierten de su sueño.

Concluyóse por entonces la visita del especialísimo Muséo, por parecerle al Mayordomo era ya hora de seguir su camino; y dando al Señor Beneficiado muchas gracias, le celebraron su buen gusto, y utilidad que recibia

bia la Nacion en tener dentro de sus dominios tan importantes alhajas, despidieronse de él, ofreciéndole Sancho quanto valiese, y siguieron su camino al Pueblo á que se dirigian, sin que en todo él hubiese sucedido cosa digna de contar, sino lo que á Sancho, y al Bachiller se les ocurrió de la locura del Señor Beneficiado, que aunque el Moro lo apunta, no lo dice, solo sí que llegaron al Pueblo, que fueron bien recibidos de la Justicia, con buen alojamiento en sus casas: que el Mayordomo se informó de todo, y oyó á los Alcaldes, y que despues de esto se determinó se hiciesen y fixasen como por residencia y nuevo gobierno los Edictos siguientes.

Que todo vecino pudiese la-

brar qualquiera tierra erial dando á su dueño la sexta parte de cosecha en especie, y no en dinero, despues de pagado el diezmo á la Iglesia: que no pudiesen ellos, sus hijos y nietos por linea recta ser despojados de estos terrazgos pagando su tributo al dueño: que pudiesen poner en los zarbes, veredas y pedazos útiles de la misma tierra erial, árboles de toda especie, cuya propiedad fuese de quien los puso, y en caso de dexar la tierra, se le pagasen á justa tasacion.

Que todas las tierras que estaban á dinero fixo se reduxesen á frutos por la misma sexta parte de cosecha, y que no pudiesen pedir en juicio arrendamientos en dinero, con privacion de em-

pleo

pleo al Juez que admitiese la instancia.

Que los padres de familias recogiesen de las calles los muchachos y muchachas, destinándolos á las casas de misericordia, ú hospicio inmediato los que se hallasen, donde se les aplicaría á algun trabajo proporcionado á su edad y sexô; y en caso de que los padres reincidiesen en permitirles la libertad que hasta de presente habian tenido, de donde se producian muchas culpas, malas voces, y otros daños, se les multase ó impusiese otra pena corporal á beneficio de los Alguaciles encargados de esto; para cuyo fin se nombrarán hombres de buena conducta y acreditadas costumbres; pero que baxo ningun pretexto fuesen ar-

tesanos, para escusar de este modo el mismo daño que quiere remediarse, pues algunos dexan sus oficios sin causa legítima, y solo por sus fines particulares.

Se mandó que todos los artesanos señalasen con cintas sus respectivos exercicios, y se multó á los que sin tenerlo usasen la divisa, con cuyo modo de gobernarse serán conocidos los vagos, y su persecucion se encargó á dichos Alguaciles.

Se nombró un Juez que solo entendiese en el procedimiento de éstos, y se le dió facultad para castigarlos segun su delito, haciendo por sí y ante sí las sumarias, sin condenacion de costas, cuyo salario y gastos se librasen de penas de Cámara,

y gastos de justicia.

Estas Ordenanzas se estendieron á los demás Pueblos de la jurisdiccion en el breve término de seis dias que tardaron en inspeccionarlos, y dirigidas al Duque las devolvió aprobadas, hechas aquellas diligencias y pasos que para ello eran precisas, y quedó gustoso de que sus Pueblos hubiesen quedado contentos con estas providencias, que no dice Benengeli si fueron dadas por el Consultor Sancho, por el Mayordomo, ó por el Bachiller, pues el tal Moro á la mejor ocasion calla, y no dice lo que se desea saber; solo afirma que se llenó de gozo el Castillo, sabiendo lo bien que Sancho habia desempeñado su comision, y lo cercana que estaba su llegada; que en efec-

efecto se verificó con general regozijo de todos en el término de tres dias; pero que quien le tuvó mayor fue la Duquesa, porque al propio tiempo recibió una carta de Teresa Panza, respuesta á otra que le escribió Sancho por medio del Bachiller el dia de la posesion, cuya carta-respuesta dice así:

Sancho: llegó tu carta tan lindamente, tu hija está buena, y el Señor Cura que recibas memorias de todos, y que no te olvides de lo que te pedí, que me hace falta, y si mi Señora la Duquesa tuviese alguna ropa vieja que no le sirva, que me la envie, pídesela, porque Sanchica está que es una mala vergüenza el verla.

Maese Nicolás ha vendido el Po-

Potrillo fiado, y ahora ha tenido que sentir con la sobrina del amo la Antonia Quixano, sobre una bacía que dice se llevó de su casa, y la piden para no sé quien, y ha venido justicia de no sé donde, y está que toma el Cielo con las manos, y no quiere que se diga, llora como una Magdalena por la tal bacía, y se ha puesto mala.

Me ha dicho que á las Monjas donde tiene sirviendo á su hija, les ha caído heredado un Marquesado que era de una Religiosa, y lo ha dexado para que se venda, y se componga el Convento, que se cae sin remedio: lo queria el Señor Francisco el Albañil, que como sabes, segun dicen, se halló un tesoro en el cerrillo, y ya quiere marquesear; pero no quie-

quieren vendérselo, porque lo quiere á cuenta de obra, y las Monjas quieren dinero: dicen que lo darán por muy poco, bien pudieras tú comprarlo, y hacerte Marques, que eso no es como el coche, que come: por amor de Dios Sancho que lo compres, que no te pediré mas en mi vida si lo compras; porque quiero ser Marquesa: Sancho respondeme, y que no te se olvide esto, ni lo otro de la ropa, y si has de comprar la Marquesía, avísamelo para mi consuelo y el de tu hija, que ipa por Señoría. Recibe memorias de Julian que escribe ésta, que el Señor Cura lo ha hecho Monaguillo, porque el otro se fue con los soldados.

Sanchica dice que cuidado con la ropa, y que el Señor de las per-

perlas no ha parecido, ni ha escrito al Señor Cura que te envia memorias, y daselas al Bachiller; y á Dios, que hubiera querido verte vestido de Consultor; pero Dios querrá, que todavia hay Sol en el peral dándote Dios vida; y á sus Altezas que Dios se lo pague, y cuidado con el Marquesado Sancho mio = Tu muger la Consultora Doña Teresa.

Leída una y dos veces la carta, mandaron los Duques se entregase á Sancho como si tal cosa se hubiese hecho, y dieron nuevas disposiciones para seguir las burlas, empezando la Duquesa por la de esperanzarlo en la compra del Marquesado, y que Teresa sería socorrida con ropa para ella y Sanchica. Así lo hizo; pero esto se lo dixo en parte

don-

donde nadie lo oyese, advirtiéndole lo callase, y que el Duque estaba muy empeñado, y para comprarselo era menester mucho dinero, que vería como podia juntarlo, y que quando no fuese Marques, no faltaría que ser, que todas las cosas no pendian en el ser Marqueses, pero que disimulase, porque así convenia.

Sancho lo ofreció, aunque sentia ciertos impulsos de no poder hacerlo por su natural flaqueza, y hallándose con el Bachiller que lo esperaba entrenido en una antesala mirando unos quadros, en que baxo de diferentes figuras se veía el Mundo al rebés, porque en unos servian los hombres de bestias, y las bestias de hombres, y en otros las mugeres parecian hombres, y los hom-

hombres mugeres, se retiraron, y haciendo varios discursos sobre ellos, les vino el sueño, y se recogieron. El Duque y la Duquesa por otra parte hablaban en el modo como habian de divertirse, tomando el pretexto del envanecimiento de Sancho y Teresa en querer ser Marqueses; por lo que acordó el Duque era preciso seguir á Sancho su humor marquesil; pero ocultándose su consentimiento, porque era cosa séria, y no queria ser sindicado en este caso, aunque era preciso conociesen todos era como una comedia, baxo la qual se reprehenden los vicios.

CAPITULO XI.

Donde se cuentan las discordias ocurridas sobre la adquisicion del Yelmo de Mambrino, y como se colocaron en la Academia de la Argamasilla las Armas de su Individuo Don Quixote con gran pompa y regozijo.

MIentras estas cosas divertidas y alegres pasaban en el Palacio-Castillo de los Duques, dice Benengeli, pasaban otras tristes y melancólicas en la famosa célebre poblacion de Argamasilla, deposito de la sin igual Academia, archivo de los Anales Manchegos, y célebre Muséo-Biblioteca, conocido y aplaudido por las

las Naciones mas remotas. Fue el caso, que reconocida la sobrina y heredera de Don Quixote al nombramiento que la Academia le habia enviado de su individuo honorario, cuyo título ó patente se halló entre sus papeles, le pareció como justo y correspondiente á ella hacerle una graciosa donacion de las famosas armas que á su tio habian servido y dado tanto lustre á toda la Mancha, y aunque hay quien dice fue instancia que sobre esto le hizo la misma Academia, tambien hay quien asegure fue donacion de motu propio, y en calidad de intervivos irrevocable, y este asegurador que así lo expresa, es el celeberrimo Manchego el Reverendísimo Cidra, conocido por su Florilogio Manchego

que dió á luz con tanta utilidad pública, y lo pone mas extenso en el segundo tomo, hablando de la Flor Dulcinéa Tobosiana, su virtud y propiedades, fol. 432.

Como quiera que esto fuese, y por las causas que lo motivaron; lo cierto es que la Señora Antonia Quixano se desprendió de las armas, y las envió á la Academia, nombrándolas, á saber: „Un peto y espaldar de ace- „ro sin colar con algunas abolla- „duras, al parecer de golpes de „lanza. Un morrion liso, y sin „babera, ni encage; pero pluma- „do con tres plumas dos encar- „nadas y una verde. Un lanzon „con lengueta de hoja de oliva „algo despuntada. Una espada „de gineta tambien despuntada „con vayna de pellejo de cu-

„lebra." Las mismas que dixo ser, y haber servido á su tio el hidalgo Alonso Quixano, y que no enviaba el famoso Yelmo de Mambrino que usaba su tio, y ponia sobre su cabeza, á causa de haberlo sacado clandestinamente de su casa Maese Nicolás, actual Sangrador y Barbero de Montiel, á quien aunque se lo habia pedido muchas veces, se desentendia de su entrega con risas y pretextos; pero que queria que la Academia lo recogiese tambien, y demandase al dicho Maese Nicolás, para que unido todo, fuese de dicha Academia, á quien repetia la dicha donacion, en que se afirmaba del expresado yelmo y armas.

Con cuyas preseas apreciables, la misma Academia dispu-

so se aumentase su Muséo de cosas particulares, y se colocasen en la misma Biblioteca Argamasillesca; para cuya solemnidad y colocacion dispusieron despues de una junta general de Academicos el cómo y quándo habian de ponerse y colocarse, para perpetua memoria de heroe tan valiente, que se le diese poder y comision en forma al Licenciado Cachidiablo, Academico de la Argamasilla, para que demandase, y pusiese en cobro del dicho Maese Nicolás el expresado yelmo; para lo que le dieron su poder en forma, que se sentó en la acta de aquella junta (que segun parece es la 23 del tercer tomo de ellas) y se le librase el costo que dixese tener y haber gastado en ello, y la colo-

locacion que de las armas se habia de hacer publicamente, para que constase á todo el Orbe el paradero de las armas del ingenioso hidalgo Don Quixote de la Mancha, Caballero de los Leones, y Ex-de la triste figura. Parece, segun el original de esta puntual y verdadera historia, que con efecto se requirió á Maese Nicolás para la entrega del famoso yelmo, despachando para ello requisitoria judicial á instancia y pedimento del Licenciado Cachidiablo, que hizo ver la donacion de la Señora Antonia Quixano, y el poder particular y comision que tenia del Plañidor Ex-Presidente, y de los Señores Paniaguado y Caprichoso, Academicos de honor de la propia Academia Argamasillesca,

para el cumplimiento de entrega de esta donacion; y hecho el requerimiento á Maese Nicolás, y tomado el juramento del contenido en dicho requisitorio: dixo que era cierto que habia tomado de la casa mortuoria del hidalgo Alonso Quixano el expresado yelmo, no como tal, sino como bacía barberil, que habia adquirido con el justo título de ser perteneciente á él, como práctico en su oficio, de que todas las herramientas de hacer la barba, como bacía, paños y navajas, que son propias de un hidalgo muerto, recaigan en posesion y propiedad del Barbero que lo sirvió vivo, aun quando sean de oro ú fina plata, de que pudiera producir muchos exemplares, y ninguno de que en contra de dicha

práctica haya ley que lo desdiga; y mas quando el dicho hidalgo Quixano le debia tres años de iguala concejil, que eran seis ducados, como constaba por el libro de sus asientos sin incluir algunas asistencias de su persona y familia, y varias curas de contusiones de palo ó piedra que habia curado á su caballo llamado rocinante; cuya deuda ascendia en mucho al valor del dicho Baci-Yelmo que se le pedia; y que el estár en su poder causaba un beneficio público, que fuera de él y en manos de la Academia no causaría; porque el expresado hidalgo en varias conversaciones que con él habia tenido le habia sigilosamente declarado, que segun afirmaban varios libros, y particularmente el *Despertadorcillo* y

otros, cuyos nombres no tenia presentes, que el dicho Yelmo-Bacía tenia entre otras muchas una virtud igual á la que para ahuyentar nubes tormentosas tenian las campanillas que traen de Italia, y llaman de Caloto, que tocan y tañen en los dias tempestuosos, cuya virtud tambien se comunicaba á todas las copias y semejantes al dicho Baci-Yelmo, cuya codicia le habia movido á cobrarle de aquel cobarde follon, que sin duda lo llevaba robado: y que todo el tiempo que estaba en su poder se habia exercitado en tocarle, lo que sería extraño, y tal vez mal visto, que una Academia compuesta de varones sábios y empleados en cosas de otra sustancia y literatura se entretuviesen,

sen, dexando las utilísimas ocupaciones de su instituto, tocándolas para que se hiciese comun la tal virtud de los tales Baci-Yelmos. Que era público y notorio los que habia tocado no solo en la Provincia de la Mancha, sino en otras, y se habian verificado al parecer tan saludables efectos, mediante á que se veían por esta causa en casas de muchos vecinos colgadas al ayre en las puertas y ventanas de ellas; por cuya detencion y impedimento que al dicho útil público se le hacia, en toda forma se oponia á la entrega del dicho yelmo, y estaba pronto á pedir mas ampliamente en juicio, cuya declaracion hizo y firmó, devolviéndose con ella el dicho requisitorio al expresado Licenciado Ca-

chi-

chidiablo, quien habiendo dado parte de todo á la Academia, y tener dispuesta la colocacion de las armas como estaba resuelto, le parecia que ésta se hiciese sin el expresado yelmo, mediante á que *suadente diabolo*, se habia opuesto á su entrega el expresado Maese Nicolás, y que en la decision y sentencia del recurso se gastaría mucho tiempo por ser punto controvertible, y quasi interminable, en lo que la Academia podia resolver lo conveniente.

Esta habiendo oído al Licenciado Cachidiablo, visto y leído por dos veces la repulsa y alegatos de Maese Nicolás, y la expresion y práctica que decia haber de adquirir en posesion los Barberos los instrumentos barberiles de un hidalgo muerto, habién-

biéndolo servido, el adeudo de igualas y curas de rocinante, &c. resolvió que se hiciese la colocacion de las armas que en el dia tenian para el dia Domingo primero por la tarde, sacándolas de la casa del dicho Cachidiablo donde se hallaban depositadas, y que se dispusiese con toda solemnidad y decoro la colocacion en el Muséo-Biblioteca, así por el caracter de dicha comunidad, como por las mismas armas, que debian ponerse en forma de trofeo.

Dispusose como lo mandó la Academia, y con el siguiente modo se hizo tan plausible funcion, á que con la noticia de ella concurrieron muchos de los Pueblos vecinos, y otros distantes.

Iba primeramente la Gayta Gallega, requisito preciso en toda funcion mancheguil, con un crecido número de muchachos baylando en confusion al toque de ella: seguianse los dos Academicos Monicongo y Porfiado, coronados de pampanas con varas en las manos apartando los muchachos, y otros que impedian el paso: se seguian como unas ocho ó diez mugeres con sus panderos y castañuelas baylando al son de la Gayta que alternaba de uno en otro: venia despues la Academia como en el número de quarenta, todos con sendas melenas y corbatas, capas del mejor paño de chinchon, y unas monteras que se hicieron para este dia del mismo paño y vuelta de felpa, parecidas en todo

á

á un morrion alzada la visera, cuya moda acordó se estableciese, y despues se siguiese en remembranza de el de Don Quixote su patricio y heroe Manchego, traía en bandejas los mismos Academicos el peto y espaldar; y el Moscardon actual Presidente traía puesto el morrion, ceñida la espada que colgaba de un tahalí de cuero, y la lanza en la mano; pero éste no traía capa, sino una sotana negra ligada al cuerpo con un ceñidor encarnado con flecos que caían á la parte izquierda. Este lucido acompañamiento, y esta formacion llevaron para su colocacion las armas Quixotinas, dignas solo de guardarse por tan distinguida Academia.

Colocaronse con gran pausa en-

encima de la segunda puerta del Muséo-Biblioteca, y se suspendieron con un cordon grueso de filos de seda que afianzaban unos fuertes clavos que ya estaban prevenidos, y se pusieron por la mano del propio Moscardon Presidente, quien simétricamente colocó en el extremo superior del cordon un pergamino con unos caractéres góticos que escribió el donoso Academico, Poeta entreverado, y decian:::: »Estas son »las armas de nuestro Academi- »co honorario el Señor Alonso »Quixano, conocido en todo el »mundo por Don Quixote de la »Mancha, Caballero de los Leo- »nes. Hizo con ellas muchas fa- »zañas y enderezó muchos tuer- »tos, que habia en perjuicio de »pupilos y doncellas: fue honor »de

»de esta Provincia, y envidia de
»todas las demás.«

Concluído este acto, y tomado el correspondiente testimonio de deposito que dió en toda forma el Secretario de la Academia, se retiraron con la propia ceremonia á la casa del Licenciado Cachidiablo, donde se sirvió á los Academicos un expléndido y exquisito refresco, y á los demás se agasajó con con un cucurucho de tostones y vino del País: el dia siguiente hubo bayle público, y al otro novillada, y por la noche funcion de polvora.

Mas como el enemigo comun no puede ver que reine la tranquilidad, y solo piensa en los medios de turbarla, para que los vivientes racionales se precipiten,

y no gozen las humanas glorias, dispuso que el que cuidaba de la Academia, que ocupaba la vivienda baxa del gran salon donde se conservaban, no solo los anales Manchegos, sino otras cosas tan importantes y preciosas como las armas del bravo Don Quixote, diese alojamiento á unos Manchegos extraños que conducian la yerba y palo de tinte para fortalecer y dar color á los vinos, cuya operacion consiste en cierto cocimiento y mistura de aquellos ingredientes; y como la antigüedad de la casa, lo reseco de las maderas, y mucho fuego con que se hacia esto, dispusiesen la materia para arder con poca llama; en una noche que se hacia uno de estos cocimientos, quedándose dormido el que

que cuidaba del fuego, se comunicó á la leña inmediata, tomando tal fuerza que dispertando al dormido Manchego, solo tuvo tiempo para hallar la puerta, pero no para evitar la ruina que desde luego fue irremediable.

Envuelto todo en voraces llamas, quedó reducido á cenizas quanto contenia el edificio, y se creyó valer mas que quanto se quemó en la abrasada Troya. No pudieron las armas Quixotinas deshacer este tuerto que les hizo el inconsiderado conserge: creció el dolor Argamasillesco, habiéndose cundido haber sido vecinos de Montiel los incendiarios, sentidos de que se hubiesen sacado de su Pueblo las armas de tan valiente patricio: no bas-

taron providencias políticas, ni militares para contener á los de Argamasilla, que combatieron á los de Montiel, alegando que Don Quixote no era de aquella poblacion, por cuya causa no debian parar allí sus armas, sino en la Argamasilla donde era Academico, y tenia su alcurnia, como hijo de Anton Quixano, quadrillero de la Santa Hermandad. Ultimamente, el Juez á quien se encargó la pacificacion de estos Pueblos, fixó un cartél declaratorio que decia que el valeroso Don Quixote no tuvo patria, que solo se supo habia nacido en la Mancha, segun lo qual todos lo podian llamar su patricio; y que Maese Nicolás entregase el yelmo, dándole la Argamasilla seis ducados por una vez, el qual

se

se custodiase en las casas de Ayuntamiento para memoria de las armas pertenecientes al famoso Don Quixote: en esto pararon armas tan lucientes, y Academia tan brillante y respetable.

CAPITULO XII.

En que se prosiguen los sucesos de Sancho, y se apunta la tentacion en que el mal dimoño le tuvo á pique de caer; y lo que pasó entre el Cura y el Barbero para salir del empeño en que les puso la mala tentacion de Sancho.

JUro, dice Cide-Hamete, empezando este Capítulo, que estoy por no creer lo que escribo; porque ¿cómo he de creer que no contenta la fortuna con haber hecho Consultor á Sancho, lo asomase á la ventura de poder ser Marques, y luego por fines que se dirán, lo pasa al Gremio de

de Barones? Fortuna, fortuna ¡cómo te burlas de los mortales! haces bien pues puedes, y ninguno tiene arbitrio de caminar en este mundo miserable sin tu gusto.

Dice la historia, que á pocos dias del recibo de la carta de Teresa, entró Sancho en el quarto de la Duquesa, y la dixo: Señora, estoy como fuera de mí con lo que dice Teresa en su carta de que compre el Marquesado de las Monjas, sin pararse esta muger en sí tendré ó no para comprarlo. Ahí es nada lo que las Madres mias pedirán por él, y cómo he de juntar yo prestado lo que sea, porque aunque V. A. me ayude con algo, siempre será mucho lo que habrá que dar: ¿con qué la vestiré des-

despues, si lo que gano se me vá en pagar á quien debo? Dexarla de vestir no puede ser, porque andar desnuda una Marquesa es cosa muy fea, y parece mal. Dices bien Sancho, dixo la Duquesa; pero al fin reconoceré mis alzados, y puede ser que halle para prestaros algun dinero, que á bien que en casa nos quedamos, y tú me lo pagarás poco á poco calladamente, porque no es justo que se sepa ni el prestamo, ni haberlo comprado así; pero es menester saber primero lo que vale para hablar en ello: en quanto á ropa no tengais cuidado que yo tengo muchos vestidos desechados que están por repartir, y supliré enviando á Teresa y Sanchica los bastantes para presentarse como corresponde: quando le

le escribas no le toques nada de esto, que yo en mi carta se lo diré, y si lo haces encárgale mucho el silencio que importa mas de lo que pensais en este caso: mañana haré disponer un baúl con la ropa que les pueda servir, y le enviaré con Ginesico, que además de ser muchacho de mi confianza, sabe el camino, y conoce á Teresa, por ser quien le llevó la sarta de corales, y demás que la remití en otra ocasion, con eso vá seguro, y tú puedes escribirla lo que te parezca.

Quiso Sancho arrojarse al suelo para besar los pies á la Duquesa; pero no lo consintió, antes le dixo, vete, y escríbele, que yo voy á lo mismo antes que el Duque venga del otro Castillo

á donde ha ido para disponer se me traigan algunas cosas con que adornar éste, y que venga Doña Rodriguez que me hace bastante falta.

Quedó Sancho como pasmado, y con tanta humedad en los ojos que hilo á hilo le caían las lágrimas, porque mejor que un pesar suele á veces provocarlas cierto interior regozijo, y el que él sentia era grande, así por la generosidad de la Duquesa, como por la llaneza y sencilléz con que le hablaba en sus propios intereses y acrecentamientos. Al siguiente dia se dispuso el baúl con las ropas, y la Duquesa de su propio puño escribió la siguiente:

CAR-

CARTA

A TERESA PANZA.

Amiga Teresa: Sancho me ha hecho leer vuestra carta, y en cumplimiento de ella envio esas ropas mias que podrán bien serviros, y á Sanchica. En quanto á Marquesado se está trabajando con adelantamiento, pues hay quien preste el dinero, que no es poco; pero no sabemos quánto es lo que las Monjas piden por él, que es menester me lo digas prontamente: tambien es preciso decirle al Señor Cura que haga sus oficios con el Convento, para que lo den con equidad, y que diga cómo os habeis de llamar en marquesando, que eso es cosa que allá se

se ha de hacer, procurando que no se halle otro Marques del mismo título, y decidle de mi órden que haga dibujar vuestras armas de familia con expresion de campos y colores para hacer los reposteros, y el escudo en mayor, que es regular que esto como hombre instruído podrá enviarlo segun debe venir: nada mas tengo que decirte; á Dios Teresa = Tu amiga la Duquesa.

Con dicha carta fue otra que escribió Sancho, y decia: *Doña Teresa mi esposa, salud, &c. S. A. presta el dinero para el Marquesado, pero punto en boca que conviene. A Maese Nicolás que vea á las Monjas al instante, que sé ha tenido un disgustillo como me has dicho, que no tenga cuidado que en habiendo salud todo*

do es menos. Al Señor Cura mis memorias, tambien á Sanchica, y no puedo escribir mas, porque el Bachiller ha salido, y un Page que me escribe no puede detenerse: en otra seré mas largo. Dios te guarde, como le pide tu esposo = El Consultor Sancho Panza.

Despachóse á el conductor con el baúl, su llave, y la carta de la Duquesa, á quien Sancho entregó la suya para que la pusiese en él, como lo hizo: encargósele el mayor cuidado, y que no se detuviese en la vuelta. Dice la historia que tambien se le previno lo que habia de hablar, y que quando llegó al Pueblo estaba Teresa peinándose á la puerta de su casa con un desdentado peine de box, y que San-

Sanchica salia del gallinero trayendo en el halda siete ú ocho huevos, cuyo número fixo nunca pudo averiguarse, porque al oír las buenas nuevas de su padre se olvidó enteramente de sí, y levantando las manos para encrucixarlas, y decir como dixo, bendito sea Dios que tanto nos favorece dexándonos volver á ver este Señor, se le cayeron al suelo: su madre quedó ni mas ni menos absorta viendo el baúl, y oyendo al Gentil-Hombre la traía carta de su Señora la Duquesa, y que quando abrió el baúl pensó perder el juicio de contento, porque ya tomaba uno, ya probaba otro, y Sanchica queria para sí los mas pintados. Avisó Teresa al Cura la novedad y cartas que habian venido de

de Sancho para que las leyese; pero hay quien dice que Sanchica fue de voluntad propia, porque su madre en realidad estuvo muy cerca de perder el juicio á la vista de los vestidos, y no se acordó de las cartas. Llegó el Cura inmediatamente, y luego que vió las tales vestiduras, y leyó las cartas, al llegar á lo de Marques se paró, y limpiándose los ojos con ambos puños, porque hubo de creer soñaba, volvió á leerlas muy de espacio; vió la firma de la Duquesa, miró de arriba á baxo al conductor, volvió á leer la carta, se santiguó, arqueó las cejas, y se quedó confuso sin poder hablar en un rato.

El Page, que como se ha visto era desenfadado y advertido, vió

la suya, y empezó á hacer su deber como se le habia prevenido, señoreando á Sancho con Teresa, y quando ésta hablaba de las ropas, decia, poquito me encargó su Señoría el que no se mojasen, y aun Don Sanson el Caballero Secretario de su Señoría tambien me lo encargó eficazmente: es cierto que quando su Señoría tomó posesion fue una funcion que no se ha visto otra; pero ¿qué gordo se ha puesto su Señoría en el poco tiempo que allí está? no hay quien le conozca, es un contento ver á su Señoría: con esto el pobre Cura no obstante sus Ordenes, Estudios, y Reverendas creyó y mas creyó que la fortuna que hace sus picardiguelas, habia hecho la de hacer Señoría á Sancho Panza,

y mas se ratificó en ello, porque habiéndose llevado á el Page á su casa por la estrechéz de la de Teresa, le contó la ceremonia y jura de la plaza, lo que el Duque lo queria, y las bellas providencias que habia dado en los Pueblos del estado de donde acababa de llegar.

Maese Nicolás, sabiendo la venida de aquel Gentil-Hombre, pasó á ver al Cura: y como oyó lo de los vestidos, y las Señorías, tuvo por cierta la tal Consultoría de Sancho; pero quando oyó de la mismísima boca del Cura la diligencia que habia de hacerse con las Monjas para la compra del Marquesado, quedó estático, y recobrado un poco empezó á hacerse tantas cruces que el Page temió, y se le puso en la

ca-

cabeza, que el tal que las hacia, cuyo barberil caracter no habia llegado á su noticia, veía alguna legion de espiritus infernales, y precipitadamente hubiera huído de la casa, si el Cura no lo hubiese detenido.

No se las tenia todas consigo el incrédulo Barbero, y para que se cerciorase acompañado del Cura pasó á casa de Teresa, donde vió las ropas que aun se estaban esparcidas. No pesó la venida á aquella, porque deseaba hacer de ellas alguna prueba para que la viesen galana: allí fue la confusion del cónclave para atinar la verdadera aplicacion de cada cosa: allí fue donde los entendimientos del Señor Cura y del Barbero se oprimieron como en un grande caso impensado y di-

fi-

ficil de resolver: creció la confusion al llegar á los adornos capitales, cuyas raras elevaciones, caídas y formas las creían propias de otras gentes, y de otra marca mas agigantada: todo era admiracion, y nada se resolvia, hasta que por fin se determinó que todo ello se fuese alzando, mientras llegaba de la Corte una persona que se esperaba, la qual podria informar el uso de cada una de ellas, por haber estado en París.

Despedidos ambos de tan penosa operacion sin sacar fruto, dice la historia que el Cura llamó á su casa al Barbero, y estando en ella leyendo la carta de la Duquesa á Teresa, le dixo: verdaderamente Maese Nicolás que os llamo por quien sois, por

vuestros estudios, y por vuestra inteligencia en esto de encargos Romanos en lo que habeis hecho patente á todos vuestro entendimiento y discurso, para que reuniendo todo esto á un punto centrico de resolver bien, me ayudeis á la mayor empresa que hasta de presente me ha ocurrido en mi ocupacion Parroquial, porque la carta de la Duquesa que habeis oído, y el Marquesado de Sancho me tienen fuera de sentido: decidme vos Maese ampliamente para sosiego mio, ¿qué debo hacer en este formidable caso, de que no he visto exemplar?

¿Qué sé yo de Duques ni de Condes, dixo el Barbero, y mucho menos del Marquesado de Sancho Panza, en quien no hay aquellas cosas que dicen debe ha-

haber para esta dignidad? pero sí las habrá siguió diciendo, porque á no haberlas, ¿cómo la Duquesa habia de querérselo comprar? todo es confusion lo de este mundo, y es lo que puedo responder como hombre de bien.

No obstante Maese, dixo el Cura, vos mejor que yo podeis hablar sobre esto, que al fin habeis estado en la Corte quando vuestro exâmen, y allí todo se habla y dice, y mucho mas en vuestro exercicio, en quien es indispensable la conduccion de novedades y noticias de una á otra parte. Señor Cura, dixo el Barbero, repásese la carta de la Duquesa, y por partes irémos discurriendo: hizose así, y en vista de ello Maese Nicolás habló al Cura de esta manera.

Tres son los encargos que se presentan en esta carta: el primero que se le dé título al tal Marquesado; el segundo que se compre con conveniencia; y el tercero que se envie un dibujo de las armas de Sancho: nada mas hay, dixo el Cura; pues si nada hay mas, digo Señor Cura que es punto concluído, respondió el Barbero.

¡Oh, Maese mio, si eso fuese, qué feliz sería yo en este dia! replicó el Cura, y Maese Nicolás sin detenerse prosiguió: para dar título á un Marquesado, no hay campo mas ameno que unos Almanaques donde los Santos del Cielo están dispuestos para que los elijan, sin que ninguno hasta de presente se haya sentido de ello: el segundo de que se

dé

dé con conveniencia, no es dificil conseguir, porque el Vicario que las gobierna será visto, y hablado por la tendera su devota, y por su mano baxo de secreto se le ofrecerá algo que abulte poco, y valga mucho; y creo que se conseguirá, porque es un bendito: yo le visitaré, y haré conversacion casual, y diré::: Verdaderamente Reverendísimo Padre Vicario, que es una vergüenza lo que se habla en el Pueblo sobre ese Marquesado que tiene el Convento; y aun hubo quien de él dixo: nada me espanta mas, sino que teniendo esa Santa Comunidad un Padre Vicario tan docto como Santo, permita que haya en los Claustros Religiosos de él, adonde se acogieron esas siervas del Señor, hu-

yendo del mundo y de la vanidad, una cosa tan profana como es un Marquesado, cosa que debian desterrar de su santa Comunidad, aunque lo diesen por paja á pagar por Agosto; el diablo que es sutíl como el solo, ¿quién sabe cómo tentará á las pobrecitas almas de aquella casa con la ocasion marquesil, de que no está libre la muger mas recatada.

Esta arenga se esforzará por mí, como que la digo por su propio crédito en el Pueblo, y me temo que ha de surtir efecto, y mas si la tendera esfuerza tambien por su parte el que el Padre incline á las Monjas á la tal venta. En quanto lo tercero las armas, los escudarios de ellas dirán al instante las que son, porque viven de eso, y es su oficio.

Res-

Respiré, amigo Maese, respiré, y siempre creí, dixo el Cura, que me sacarías de mi conflicto: tengo por amigo y por paisano uno muy conocido, y mañana, pues se va el correo, llevará carta para él: en esto se quedó, y al siguiente dia escribió el Cura esta carta:

»Muy Señor mio, mi amigo »y paisano, salud y gracia, &c. »los que estamos con estos car- »gos de Curas Párrocos, no es- »tamos libres de impertinencias »de unos y de otros: un amigo »feligrés mio piensa en hacerse »Marques porque le ha salido un »Marquesado de lance, que co- »mo tal lo darán varato, quisie- »ra que me dixera vmd. qué tí- »tulo tomaría que fuese altiso- »nante, y llenase la familia. Tam-

»bien me ha de decir vmd. el
»origen y armas del apellido
»Panza que tiene este amigo, y
»todo quanto sea de esta casa,
»porque hay que hacer escudos
»en grandes reposteros; y avise-
»me vmd. de todos los costos de
»la diligencia; porque, amigo,
»mi encargo no quita los de-
»rechos Parroquiales correspon-
»dientes que enviaré al instan-
»te: Vmd. perdone, y mande,
»como puede, á su afectísimo
»paisano su amigo = El Licen-
»ciado Pero Perez. = Señor
»Don Casimiro.«

Puesta la carta en la estafeta, habló el Barbero al Padre Vicario, hízole fuerza el argumento que le puso: la tendera fue tambien hablada y persuadida, ofreció el sí del Padre

Vi-

Vicario, porque conocia la fuerza de sus palabras con él, respecto de su bondad; y á pocos dias de todo esto llegó la respuesta de Don Casimiro á nuestro Cura en los términos que verá el que leyere lo siguiente:

CAPITULO XIII.

En que se sigue la materia del antecedente, y se dá razon de la Alcurnia Panzina, y de otras cosas tan inauditas como verdaderas que sucedieron hasta que Sancho fue creado Baron.

CARTA

AL SEÑOR LICENCIADO PERO PEREZ.

»Mi estimado amigo, y mas »querido paisano: recibí en los »últimos del pasado la carta de »vmd. á que no he respondido »hasta hacer la diligencia de su »en-

»encargo; y hecha, me he alegrado
» de haber hallado tanto bueno en
» la esclarecida casa de los Señores
» Panzas, casa gallega, y una de
» las primeras familias: su fun-
» dador fue Ruger-Lanza, que
» hizo fuertes hazañas en la guer-
» ra contra Moros, tuvo porten-
» tosas fuerzas, como se eviden-
» cia de la accion que hizo rei-
» nando Don Ramiro el I. por los
» años de 843. porque encon-
» trando un Moro disfrazado que
» venia de espia, lo asió del vi-
» gote para traerlo al Real del
» Rey; pero le tiró con tanta
» fuerza, que le arrancó con él
» la media cara, y el Moro allí
» de ello cayó muerto á sus pies,
» y por esta hazaña le dió el Rey
» por armas unos vigotes en cam-
» po rojo, que es el quartel en
Ge-

»Gefe del escudo de estos Seño-
»res: tuvo un hijo muy esforza-
»do que se llamó Rui-Lanza de
»Vigotes; aunque hay autor que
»dice que el vigotes que usaba
»era por ser hijo de una Señora
»Francesa llamada Madama de
»Vigot, y otros de Vigotes, que
»es el célebre escudario Rolando.
»Rui-Lanza de Vigot tuvo por
»hijo á Garci-Lanza, Menino el
»el mas querido de la Señora
»Reyna Doña Ximena, que hizo
»á esta casa muchos favores, au-
»mentándole el escudo de armas
»con otros blasones, porque es-
»tando la Reyna un dia sentada
»al Sol con sus gallinas, en que
»tenia mucho gusto, porque eran
»moñonas segun el mismo Ro-
»lando, las embistió un perro, y
»aunque la Reyna procuró es-
»pan-

»pantarlo, no lo consiguió, antes
»sí le despedazó una, y le mor-
»dió en el guardainfante de que
»se sobresaltó mucho: entonces
»el valiente Menino, invocando el
»nombre de San Roqne, y toman-
»do un dardo de los de la guar-
»dia, entró en fiera y desigual
»batalla con él, y lo mató: en el
»dia de esta accion, dice el Co-
»ronista que escribió este caso,
»cumplia Garci-Lanza diez años,
»la Reyna le pidió al Rey le die-
»se por trofeo del escudo tres
»gallinas y el dardo, porque pa-
»rece que solo eran tres las que
»embistió el perro. El Rey se lo
»concedió, y su padre pidió fue-
»se por dardo una lanza, por
»razon de su apellido, que así
»lo concedió: este escudo usaron,
»dividiendo la lanza y los vigo-
»tes

»tes de las gallinas, mas despues »la misma Reyna consiguió del »Rey el aumento de cinco ve»rengenas con sus hojas en cam»po azul, porque el mismo Garci»Lanza siendo mayor de edad »combatió á unos Moros que las »llevaban, los hizo huir y de»xarlas, y se las presentó á la »Reyna, cuya aficion á ellas era »grandísima, porque este fruto »era recien venido del Africa.

»Cayó despues esta casa en »Sancho Lanza, hombre singu»lar, de mucho vientre y estatu»ra, que hizo muchas salidas con»tra Moros, con tanta felicidad, »que asegura el Coronista Ro»lando que nunca fue herido, y »reynaba entonces Don Ordo»ño II. por los años de 920; y »un dia que venia de una refrie-

»ga

»ga con ellos llegó tan sofocado
»al Real del Rey así de sus mu-
»chas carnes, vientre y peso de
»las armas, que casi no podia
»hablar al Rey el encuentro que
»con ellos habia tenido: el Rey
»lo recibió gustoso, y conocien-
»do la causa, le dixo: (porque
»debia de estár de buen humor)
»Sancho, tú no debias llamarte
»Sancho Lanza, sino Sancho Pan-
»za, habla, y dí. Entonces dixo:
»Señor así lo haré, hincóse de
»hinojos, y le besó la mano, reci-
»biendo como en merced el ape-
»llido dado, por el que desde
»aquel dia usó como sus descen-
»dientes, como apellido dado por
»merced, de que ha habido po-
»cos exemplares, segun las his-
»torias.

»Consta por los escritos y

»notas de Don Sisando, autor
»bien conocido por de verdad y
»firmeza entre los escudarios an-
»tiguos y aun modernos, que
»Sanchez, ó Sancho de Lanza
»de quien hemos hablado, casó
»con una Señora de la casa de
»Gui de Borgoña, casa Francesa
»de primer órden, y aun hay au-
»tor que lo cita uno de los doce
»pares, parece se llamaba Ma-
»dama Papin de Urot, y tuvo
»por hijo á Lain Panza Papin de
»Urot, que fue Comendador del
»Orden de la Estrella, aunque
»la misma Orden no le dá este
»apellido de madre, sino Papin
»Crout, pero se conoce ser yer-
»ro de pluma del Coronista, y
»así lo anota Pierres Rolly en la
»segunda edicion en que enmen-
»dó varios defectos de la prime-
»ra,

»ra, y tambien lo dice el mismo
»Don Sisando en sus obras pos-
»thumas, y que estos Señores
»Panzas vinieron, y poblaron en
»la Mancha, aunque no señala
»en donde; por lo qual es evi-
»dente que todos los que tengan
»este apellido en ella, son los
»dichos Señores antes Lanzas, y
»despues Panzas.

»Fueron los ilustres Panzas
»Alcaides en el Reyno de Gali-
»cia del célebre Castillo llamado
»el de la Coliña á la vista del
»mar, que duró hasta que fue
»destruído por los Moros en tiem-
»po del Rey Don Bermudo III.
»que despues reedificó el Rey
»Don Sancho II. aumentándole
»mas fortificaciones, que dió con
»el nombre de Alcaide perpetuo
»á un hijo natural del Conde Ga-

»ton, llamado Don Berenguel »como su padre, que fue herma»no de Doña Munia, hija legíti»ma habida en Doña Equilona »su esposa, caya hija parece ca»só despues con Don Bela el tar»tajoso.

»Esta Alcaidía la confirmó »despues Doña Urraca, y dicha »confirmacion dice que dicho »Castillo habia sido de Diaz Lan»za, y nunca habia salido de las »personas del mayor lustre. En »cuyo contenido no hay que du»dar, porque Don Sisando y sus »obras, y aun las posthumas, »siempre han sido apreciables, »tenidas por seguras, y por nor»te de los escudarios antiguos y »modernos.

»He dicho á vmd. quanto se »puede decir en el asunto de la »al-

»alcurnia, armas, blasones y cir-
»cunstancias de los Señores Pan-
»zas; pero si vmd. ó ese Caba-
»llero determinase que se haga
»certificacion en forma, se hará
»una cosa de gusto, que vestiré-
»mos con mejor ropage, porque
»acá gustamos de que la cosa va-
»ya bien hecha, y á gusto de los
»interesados. En quanto al costo
»de la diligencia sea lo que vmd.
»gustase, y acerca de los nom-
»bre de títulos para marquesear,
»vea vmd. esos quatro que van
»en la esquelita, y son de buen
»gusto, que por ahora no tengo
»mas: á quatro reales cada uno
»es lo corriente; pero vmd. es
»dueño, y me devolverá los tres
»sobrantes que servirán á otros;
»y en lo principal ya vé vmd. que
»no es instrumento fe haciente la

»carta; pero tiene el trabajo que
»vmd. mismo conocerá ha sido
»grande, y me he llevado muy
»malas noches. Y por lo que ha-
»ce al escudo es precio corriente,
»cada figura chica con grande
»son dos ducados; *los vigotes*
»quedan á voluntad de vmd. por-
»que la tarifa no los pone, tal
»vez por dexarlos á voluntad de
»las partes, por ser blason muy
»especial de que hay pocos pues-
»tos en armas: últimamente en-
»vie vmd. por todo ocho duca-
»dos quando me remita la esque-
»lita de los tres títulos sobrantes,
»y el aviso si se ha de hacer cer-
»tificacion con sellos, firmas,
»signos, &c. para que se vaya
»trabajando, y siempre mande
»vmd. á su muy afectísimo ami-
»go y paisano=Casimiro."

Le-

Leyó el Cura la carta al Barbero, que por casualidad estaba exerciendo su oficio con él, quando llegó el mozo del correo con ella, con tantas demostraciones de gusto, y con tantas lágrimas de regocijo de ver la oculta nobleza que tenia en su feligresía, que aseguró el mismo Barbero tuvo recelos le sobreviniese algun accidente, porque humedeció los paños con las lágrimas y estilacion que á un mismo tiempo le caía; y sin esperar á mas, marchó con ella á casa de Teresa; pero el Barbero, como hombre político, le pareció preciso el acompañarle hasta ella, como lo hizo.

Oyó Teresa la carta, y así como al Cura le sobrevinieron lágrimas, á Teresa le sobrevino

una seriedad de tal modo, y una vanidad tan sin término, que porque el Barbero no le dió la Señoría, lo puso para pelar: sintió el Cura este envanecimiento de Teresa, y aun hay quien afirma sintió mas haberle dado la noticia, porque de ella resultó hacerse insufrible con todos, menos con él á quien dispensaba la Señoría, y no se atrevia á decir cosa, aunque el Cura la reprehendiese su vanidad tan sin tiempo.

Maese Nicolás dixo al Cura en voz baxa: Señor, la plaga ha enviado Dios á este Pueblo con estas Señorías, porque si esto hacen, y así se hincha nno siendo Marqueses, ¿qué harán despues? nos tratarán de villanos hartos de ajos, y aun si en eso queda no será poco. Callad Maese Nicolás, dixo el

Cura, que Dios será servido no sea así; y dexemos á esta muger, que creo ha de dar en la locura de nuestro Don Quixote, aunque por diferente estilo, y despidiéndose de ella, dexó la carta, previniendo escribiese á Sancho por mano de la Duquesa, y le enviase la misma carta de Don Casimiro, para que la leyesen y guardasen como oro en paño.

Salió el Cura con el Barbero á la calle, y éste le dixo: en verdad Señor Cura que si Dios quiere que este año me pinte bien el haza de trigo de la cañada, que todo lo he de gastar con ese Don Casimiro, para que me diga quién soy, y mis armas, porque ¿qué sabemos si en adelante los muchachos saldrán algo de provecho? pueden aplicarse, y pasar

á hombres de importancia, y es bueno sepan quién son: el oficio está cada dia peor, hay uno de la facultad en cada esquina, y para morirse de hambre mejor es no trabajar, y buscar oficio mas descansado. Me interesaré muy gustoso en ello, dixo el Cura, porque quiero mucho á mi paisano, que es hombre de bien á todas luces, trata verdad, y servirá al Señor Maese, cuyos elevados pensamientos aprecio yo sobre las telas de mi corazon, y al decir esto aplicó la mano á la parte izquierda del pecho.

Consta por la historia, que Teresa escribió á Sancho por medio del Monaguillo, cuya carta no sabemos qué decia, sí solo se sabe que dirigió original la de Don Casimiro dentro de ella; y que

que tambien escribió á la Duqnesa, baxo de cuya cubierta iban todas; pero no consta si las llevó el Page que conduxo las ropas, ni qué se hizo éste en el tiempo que medió, ó si fueron por la estafeta; pero sí que las leyó el Duque, y que aunque sabía que lo del Marquesado era solo entretenimiento, no obstante, por causas que se dexan discurrir, resolvió que el tal Marquesado no pasase adelante, y llamando á su quarto á Sancho á quien ya le habian leído las cartas, le dixo en tono sério estas palabras: Sancho, Sancho, ¿qué es esto de Marques que esta carta dice? ¿de dónde, ó cómo ha de venirte el dinero para pagarlo? ¿Es cosa de pedirlo prestado sin tener de dónde satisfacerlo, y esto de buscarlo á

tí-

título del oficio que teneis, qué es si no haceros esclavo de quien os lo dió, y vender la justicia para adquirirlo? ¿Es esto lo que jurasteis en público de cumplir con vuestro cargo? ¿Qué seguridad podré yo tener de un hombre que esto hace al público, y pierde la vergüenza? Y si esto executa á vista del mundo todo, ¿qué hará en secreto? ¿Qué no habrá de regalos, colusiones y simonías? ¿Qué será verse torcer la recta administracion de Justicia, pues ninguno dá porque se haga lo justo, sino porque no se haga? Yo Sancho te he traído á mi casa para aquello y no para esto, y mucho menos te he traído para que haciéndote Marques te hinches de vanidad, oprimas y estafes á mis vasa-

sallos, faltando á la obligacion que tanto te encargué para seguridad de mi conciencia: por no poder yo estár en todo te nombré mi Consultor: si os consiento esas demasías, nos llevará el diablo á ambos, á mí porque lo tolero, y á vos porque lo haceis: además, Sancho, no os conoceis, no os dará vergüenza, si os conoceis, que os miren y señalen las gentes, y á espaldas vuestras (si acaso no lo hacen á la cara) digan ahí va el Marques de tal, que ayer::: vean vmds. á qué estado han llegado las Dignidades: esto Sancho es mas que cuerdo estár loco, y si lo estais, como el caso lo manifiesta, ¿cómo os he de tener á mi lado? Hilo á hilo se le caían las lágrimas á Sancho, dice la histo-

ria,

ria, y aun estaba para llorar á moco tendido, creyéndose ya reducido á su primer estado, segun la indignacion y severidad que mostraba el Duque: viendo lo qual éste, y pareciéndole templar un poco el hipo de Sancho, prosiguió diciendo: Yo Sancho no entro en eso del Marquesado; pues los Marqueses tendrian queja de mí porque lo consiento, y con justísima causa; fuera de que para tener la Señoría que tanto desea Teresa, segun estoy informado, hay otros medios y títulos, como el de Baron de tal, ó Caballero de qual, y no es tan reparable, porque Caballero lo es qualquiera que hace buenas obras, y se porta como tal, y Baron es el que en su casa es el primero de su familia por linea de

de varon: en fin Marques, no hay que pensar en eso, y si lo pensais, os iréis de mi casa, porque no quiero en ella quien tan vana y locamente piensa. Señor, dixo Sancho, haciendo pucheros, como otros tan desnudos y porros como yo.....Ninguna disculpa quiero oíros Sancho, esto se ha de hacer por vida de la Duquesa.

Al pronunciar el Duque esta palabra entró la Duquesa que sabia el caso; pero lo disimuló, y tomando de su cuenta á Sancho que lloraba como un niño, dixo: Duque, nunca quiso Sancho otra cosa que la que vos dispusieseis; si no es vuestro gusto, y quereis que la Señoría que intenta darsele por autorizarle la persona de para poco que tiene, sea cam-

biada, y permutada en Baronía: Yo en nombre de Sancho lo admito, y os doy las gracias, y en esto ningun Marques tendrá que decir; y así perdone V. A. á Sancho, que yo lo suplíco, y el pobrecito no supo lo que se marqueseó.

Pues vos Señora lo quereis así, Sancho es perdonado, y será Baron, ó ha de trastornarse todo el órden de naturaleza, dándome Dios vida; que para esto no se necesita dinero, y si alguno fuere necesario lo daré gustoso; y entonces la Duquesa tomando á Sancho de la mano, que aun lanzaba unos tristísimos suspiros, le dixo: Sancho, besad la mano al Duque vuestro Señor, que ya sois Baron, aunque nó declarado ni públicado; pero se es-

escribirán cartas convocatorias á unos Barones extrangeros que han venido á tomar aguas, y son visitas de casa, los quales convidarán á otros, y os baronizarán, corriendo el gasto de mi cuenta, que lo mismo os han de estimar siendo Baron de Casa-Panza, que Marques de la Insula Barataria, porque las acciones dan la estimacion á las gentes, y no los títulos.

Así es, alta y soberana Señora mia, dixo Sancho, porque aunque la mona se vista de seda mona se queda: oyendo lo qual el Duque se salió del quarto, dexando á la Duquesa con Sancho, que no acertaba con las palabras de puro agradecido, y maldecia, y daba al diablo á Teresa por su acuerdo de mar-

que-

quesear tan sin tiempo. La Duquesa lo volvió á consolar, diciéndole, que Teresa, como no impuesta en las precisiones marquesiles, creyó que el ser Marques era cosa de poco mas ó menos; pero que pues ya habia abjurado de la marquesía, era mejor olvidarlo, que hablar sobre ello.

CA-

CAPITULO XIV.

Cuentase el marcial aparato con que se celebró la Baronizacion de Sancho, con otros sucesos que sabrá el que los leyere.

PAsados algunos dias, dispusieron los Duques que su Mayordomo Secretario hiciese la creacion de Barones que habian de baronizar á Sancho, cuyas pruebas solo consistieron en las que hicieron de venirles bien un bastante número de petos, espaldares, morriones de encage, brazaletes, y otras cosas que en la armería del Castillo tenia el Duque, y eran de los Lanzeros con

que aquel Castillo servia en las guerras contra Moros, y á que estaban obligados los Señores de vasallos, y dice Benengeli, que á no haber habido en el Castillo tantos criados desocupados y de mas , hubiera él hecho papel de Baron de la Mauritania; pero que no lo fue por esto, y estár ocupado en retocar escudos de armas y adargas, que el tiempo habia borrado, porque el Duque quiso que con todo primor y lucimiento se hiciese el acto de la Baronía de Sancho Panza.

Tocóle, dice nuestro puntual historiador, á Don Roque la disposicion del acto, y ensayar á los Barones su entrada y ceremonia: y al Mayordomo el presidirlos con el nombre de Baron de Letesbed, Baronía bien co-

conocida en las quatro partes del mundo: todo se hizo con el mayor disimulo, porque el Bachiller Sanson Carrasco no cayese en la cuenta de la burla, y Sancho estuviese creído en que real y verdaderamente eran Barones verdaderos: cuyo secreto fue una de las cosas que merecieron el aplauso de los Duques, porque nunca creyeron que habiendo dueñas, y andando al rededor Doña Rodriguez, pudiese guardarse tanto tiempo un secreto tan importante sin que se publicase.

Llegó el dia señalado de la funcion, y á la madrugada salieron todos disimuladamente para venir formados, y en ceremonia al Castillo; las ocho señalaba un quadrante que habia en un

esquinazo de él, quando en confuso, y como á lo lexos se dexaron oír unos clarines y timbales con otros instrumentos que no pudieron conocerse por la distancia quáles eran, hasta que habiéndose acercado, se conoció alternaban con los timbales ý clarines trompas, flautas, panderetes, albogues, y otros instrumentos marciales que al mismo tiempo que agradaban al oído, alentaban el ánimo: inmediatamente subió toda la familia á la torre del homenage, y plaza de armas á ver y notar la comparsa baroniana que se acercaba con lentos y graves pasos á la puerta principal del Castillo: su número era bastante crecido, su adorno armas completas, morriones plumados, rodelas, adargas, ó es-

escudos, segun tocó la suerte á los Barones; pero todos con sus respectivos blasones: qual traía un murcielago, qual un perro, otro un gato, aquél un árbol, el otro un cuco, y los demás ya sierpes, lunas, soles, y aun rayos. El escudo de Sancho que conducia uno al parecer enano, sobre una bandeja cubierta con un tafetan verde con puntilla de plata, tenia sus vigotes en el primer quartel, la lanza en el segundo, y su orla eran las cinco verengenas con sus ojas, y como quartel sobresaliente á los dos las tres gallinas, dos pintadas de blanco y negro, y una cenicienta; pero todas con moños, como afirmó tenerlos el escudario, referente al Coronista Orlando.

El Duque y la Duquesa au-

torizaron con su asistencia el acto, que se celebró en el propio gran salon que se hizo la Audiencia, y estaba igualmente adornado que el dia de la jura, con la diferencia de haberse levantado un espacioso tablado cubierto con alfombras, y capaz de contener mas Barones de los que vinieron: tenia dos filas de bancos rasos cubiertos de tapetes, y en medio á la parte que hacia frente un sillon de brazos cubierto de tela carmesí con rivetes blancos, cuyo asiento debia ocupar el Baron Presidente.

En la parte opuesta al sillon se habia hecho un especie de tribuna con lienzos pintados, en la qual estaban los Duques sentados para observar mejor la pomposa funcion: principió ésta por

la

la entrada de los Barones de dos en dos, cubiertos por traer caladas las viseras: cada qual traía su lanza y escudo como se ha dicho, guardando entre sí el mayor silencio; paró la música militar que traían, finalizada la entrada, y rompió la orquesta del Duque una muy grave y patética armonía, en que se oían sin saber de quien unos cánticos y letras alusivas á la exâltacion del Consultor Sancho, en cuyos medios resonaba la señoría baronil con voz mas erguida y levantada; pero siguiendo el compás.

Sancho, durante este canto, estuvo hincado de rodillas en una de las puntas del tablado, adonde lo conduxo su padrino el Baron de Drismilbis, que le sacó de un aposento donde lo esperaba

 igual-

igualmente vestido de azero con morrion; pero sin espada ni escudo. Finalizado el canto, que duró como un tercio de hora, el mismo Baron de Drismilbis presentó á Sancho al Baron Presidente que lo esperaba sentado *pro Tribunali*, calada la visera: alzada ésta, y haciendo á los demás Barones una cortesía en torno, para lo que se levantó sostenidas las manos en el sillon, peroró de esta manera:

»Altos, formidables, y po»tentísimos Barones: ya que por »la divina providencia nos ha»llamos en este Ducal Castillo á »celebrar capítulo para baroni»zar á un Manchego liso y lla»no, y sin ningun tropiezo, por»que sea de nuestro Gremio Ba»ronil, en cuya diligencia y prue»bas

»bas ha sido encargado el mag-
»nánimo Baron de Gombodos que
»actúa de Secretario: conceded-
»me si os place aquel permiso,
»y fiat que se requiere segun
»nuestras loables Constituciones:
»su vocacion á Señoría es per-
»fecta, su renta no llega á con-
»grua suficiente, su escudo aun
»tiene mas blasones de los que
»se requieren: so lo qual, espero
»de vuestras Señorías, muy Se-
»ñorías, que para autorizar este
»acto de baronizar á este nobél
»Caballero, me den unánimes
»aquel fiat, que hace la fuerza
»y da la autoridad.«

Fiat, *fiat*, *Señoría Baronil*, dixeron todos á una voz, que repitió con suave melodía la música, á que respondieron los clarines y timbales; y entonces el

el Baron de Manalans, que era maestro de ceremonias, salió de la sala, y entró despues con dos Pages de gineta que traían sobre dos bandejas grandes en una el escudo de armas, y en otra un circulo dorado, que parecia aro de tambor, en cuyo torno se ondeaba una cinta encarnada: estas dos bandejas presentaron los Pages al Baron Presidente hincados de hinojos, y puestas sobre una mesa que delante tenia, haciéndole una muy grande cortesía se retiraron.

Tomó el Presidente con mucha mesura primero el escudo, y despues el aro, que enseñó, las manos levantadas, á todos los Barones, y tambien á infinito número de gentes que habia al rededor del tablado, entre cu-

cuyo concurso estaba el Bachiller Sanson Carrasco, que en su mirar manifestaba su confusion y atolondramiento; dexólos sobre la mesa, y el Baron de Mañalans, como á quien correspondia, tomó á Sancho de la mano, y le hizo hincar de rodillas al siniestro lado del pie del sillon del Presidente.

Levantaronse todos los Barones en pie crugiendo á un mismo tiempo las armas, y subiendo y baxando á un mismo compás las viseras tres veces, cuyo sonido uniforme daba el mayor pavor: entonces el Presidente sacó la espada, y dixo unas gruñidas palabras sobre el morrion de Sancho, y le dió con ella tres veces sobre el lomo, á cuyo acto entonó la música: »Humillad Baron

„ron vuestra sobervia, acordaos „que sois polvo y ceniza," por tres veces con un cantico triste y melancólico. Luego preguntó á Sancho: ¿Sancho, Baron que has de ser de Casa-Panza, abjuras de toda renta mundana, prometes vivir en pobreza? si abjuro y prometo, dixo Sancho, advertido de que lo dixese así por el Baron maestro de ceremonias. ¿Diputarás la Señoría, le dixo el Presidente, en todas quatro partes del mundo? si haré, respondió, porque así aquél se lo mandó. Y sin embargo de esto, ¿juras, prosiguió el Presidente, defender que ninguno de tu familia, se dedique á arte ú oficio por honesto que sea, prefiriendo que aumenten el número de holgazanes, vagabundos, inuti-

útiles en la Republica para todo, aun quando se muera de hambre? si juro. Entonces el mismo Presidente tomando la espada en la mano, y besando la Cruz la dió á Sancho que la asió con la derecha, dióle el escudo que tomó con la izquierda, y poniéndole el aro sobre la cabeza y morrion plumado que tenia, se sentó en su sillon, quedando en pie los demás Barones, y en tono grave y magestuoso dixo: »Baron de Casa-Panza: en virtud de mi Señoría, y por la »virtud que mi Señoría tiene, yo »te baronizo por todos quatro »costados con Señoría unida para »siempre jamás amen.« Tocaron en estos amenes que repitió la música, los clarines, y despues de haber abrazado á Sancho todos

dos los Barones menos el Presidente, éste hizo una reverencia á los Duques, y formados como viniéron volvieron á salir del Castillo, y pararon en la inmediata casa de campo que cerca de él habia propia del Duque, donde se les tenia dispuesta comida, porque parece que esta congregacion baronil tiene por instituto no comer en ningun Castillo ni fortaleza, y sí en qualquiera otra parte.

Los Duques dieron á Sancho la enhorabuena, y ordenaron que en celebridad de la Baronía que acababa de obtener, hubiese aquella noche un baile público para diversion de la familia: con esta órden cada qual se retiró á su habitacion: desarmóse el tablado, previnose el salon de luces

ces para la noche, y venida ésta, se dió principio á una de las funciones mas lucidas que en él se vieron; porque segun afirma Benengeli, asistieron los Duques disfrazados, y gustaron que Doña Rodriguez bailase con Sancho, que ya desnudo de las armas baroniles, tenia su vestido marcial, y dice estas mismas palabras: »Sancho en el baile con la dueña »hizo lo que pudo; pero la maldita vieja setentona hizo aún »mas de lo que se debia.“ Despues se siguió una suntuosa cena, en que se brindó á una por la salud de los Duques, y conservacion de la Baronía de Sancho Panza.

Al siguiente dia se fueron conduciendo al Castillo las armaduras y demás que se habia sa-

sacado, y se colocaron con el mayor cuidado. Los Duques dixeron á Sancho que escribiese á Teresa su nueva dignidad, y que para mayor confirmacion enviase á su Pueblo el escudo de armas, mediante á que él no lo necesitaba allí, y que le dixese que podia ya como muger de Baron llamarse la Barona, pues así como las mugeres de Condes y Marqueses se llaman Condesas y Marquesas, no habia dificultad en que las mugeres de Barones se llamasen Baronas. Tambien se mandó al Bachiller escribiese al Cura sobreseyese de la compra del Marquesado, porque ya no se necesitaba, y que devolviese la carta del escudario, para que se guardase y conservase en la familia Pancina, como

co-

como auténtica del escudo.

Todo se hizo así, ni mas ni menos como se ordenó, y el Bachiller se dilató algo mas en su carta contando al Cura la ceremonia del Baronato de Sancho, cuya carta con la vista del escudo que conduxo un mensagero, hizo al Cura volverse á enternecer de puro gozo. En este punto, dice el puntualísimo historiador, me faltan palabras para dar á entender el grande que causó á Teresa y Sanchica la noticia y posesion del escudo que contenia los blasones de su ilustrísima casa, (y despues de haber cortado, al parecer, la pluma, sigue con letra mas menudita y algo carrasposa, diciendo) porque me aseguró el mensagero que llevó las cartas y escudo (que no

obstante usar la sastrería, era hombre fiel y verdadero) haber faltado poco para atarlas, pues andaban de casa en casa enseñándole, y aun insultando á las mas distinguidas, diciendo: venganse conmigo á fiestas las hidalgas, que á fe que saldrán cardadas, vean, vean como se verifica aquel refran que no se dixo á humo de pajas, y dice: debaxo de una mala capa hay un buen....y no digo mas, porque no quiero que con la costumbre me falten al respeto y tratamiento que se me debe, como á Barona que soy de Casa-Panza por mar y por tierra: con estas decia otras cosas propias de muger sin juicio; pero quando se creyó que enteramente le tenian rematado, fue quando se trató del sitio donde

de se habian de colocar los vigotudos blasones, para que perpetuamente fuesen manifiestos á todos: en las casas de Ayuntamiento no les parecia serían tan vistos como deseaban, y estuvieron para ponerlos en el rollo que estaba en medio de la plaza, á no haber llegado Maese Nicolás, y dicho, que su correspondiente y propio lugar era sobre la puerta principal de la casa, donde al menos debian estár en el interin, y hasta tanto se hacia un grande y vistoso escudo de piedra marmol con sus orlas y follage de alabastro, cuya proposicion se aprobó baxo la condicion de que se la permitiese alumbrarles con un candil mientras se daba disposicion de traer dos hermosos y grandes faroles de cristal de Venecia.

CAPITULO XV.

En que se satisface la curiosidad de los lectores con la continuacion de los sucesos del Capítulo antecedente, y uno tan cierto como no esperado, pone fin á esta grande y verdadera historia.

BIen fuese haber Maese Nicolás creído todo quanto oía y veía acerca de la Baronía y escudo de Sancho, ó bien que siempre tuvo altos y grandes pensamientos, montó en cólera sobre el descubrimiento de su alcurnia, y dixo al Cura escribiese á Don Casimiro, que aunque el haza de la cañada no pintase bien co-

como esperaba, las igualas del vecindario suplirían el gasto, y que le previniese era para uno que habia sido Curial Romano, por si hacia al caso esta circunstancia: El Cura escribió quanto en esto le dixo el Maese Nicolás, y como esta alcurnia no pertenece á esta historia, se ha omitido ocurrir á los anales manchegos para saberlo; pero como Cide-Hamete en quanto escribe de esta historia, lo hace teniendo á la vista documentos seguros, pone una nota que dice:::No obstante que digo, que por no ser de esta historia las armas del Maese Nicolás, no he ocurrido á los anales, puedo decir de oídas, que las armas que Don Casimiro envió al Barbero, fue una sierpe ó culebra grande, y un cal-

caldero volcado en el suelo, con algunos carneros al rededor, y que su aplicacion es, que un decimo abuelo del dicho Maese tambien de la propia facultad estando en el Real del Rey Godo Chindasuinto, habia en él escaséz de viveres, y como se ofreciese premio en el exercito á quien traxese algunos, este tal ascendiente de nuestro Barbero hombre astuto y de idea, discurrió hacer un serpenton de cañas y lienzo, y pintándole como lagarto se metió dentro, dexando para caminar las manos libremente: esperó al medio clarear el dia, y saliendo de un bosque hácia unos pastores que apacentaban un grueso rebaño de carneros, fingiendo con la boca unos bramidos extraños, repararon ellos al

rui-

ruido en tan disforme animal como se les acercaba, y sin mas esperar ni discurrir qué clase sería, huyeron precipitadamente, dexando volcado el caldero de lo que guisaban, y el ganado á la discrecion del furor del monstruo que vieron: éste luego que los miró distantes, salió de su forro, cogió el caldero y las guias del ganado, y lo conduxo al Real del Rey, á quien contó su hazaña: el Rey le dió por armas la serpiente y el caldero, que han usado siempre los de su familia y apellido, del qual trofeo es participe segun voz y fama Maese Nicolás. Asi concluye la nota Benengeli, y sigue despues anudando el roto hilo de su historia, diciendo: Que Teresa, ya Barona de Casa-Panza, puesta á las
 mil

mil maravillas con las ropas que le envió la Duquesa, empezó á retirarse del trato de sus iguales y vecinas, y á olvidarse de quien habia sido, y lo que podia volver á ser: todo la disgustaba, nadie la daba gusto, y solo se complacia con aquellos que oían sus simplezas, y celebraban las las opulencias y grandezas que contaba de su casa, que aun casi no pudieron exîstir en la imaginacion, por lo que vivia solo visitada del Cura, y Maese Nicolás, disfrutando los socorros que el Duque en nombre de Sancho le enviaba: Sanchica estaba enteramente subida á mayores, con igual vanidad que su madre, se ensayaba cómo habia de sentarse pomposamente en el coche, tratar á sus Pages, despreciar á los

los Lacayos y reñir á las criadas; pero la fortuna, que suele al mejor tiempo, y quando menos se espera mostrar su inconstancia, desvarató todas estas fantasías, manifestando lo poco duraderas que son las felicidades humanas. Si las que así se llaman en este mundo no estuviesen sujetas al rigor de la parca, con razon merecerian mas alto nombre; pero como no hay algun humano que esté exênto de su jurisdiccion, así se atreve á todos los que disfrutan las mas sublimes dignidades, como á los mas desvalidos y desdichados: á todos se atreve, á todos empareja, y á todos igualmente con su cortante guadaña siega, corta y hiende cómo, quándo y donde se le antoja el vital hilo de la humana vida:
¡Oh,

¡Oh, si las glorias del mundo fuesen durables! ¡oh, si el fin á todas las cosas no viniese! ¿Qué mayor felicidad podian apetecer los hombres acomodados? Sancho, Consultor Ducal, y Baron de Casa-Panza, estimado de los Duques, querido de muchos, perseguido de pocos, hombre de historia, es asaltado de la misma muerte quando menos lo discurre. ¡O fiera parca, ó cruel esfinge, podrás quitar la vida á los heroes, pero no borrar su memoria! Mataste á Seneca, al grande Alexandro, á Homero, y al mismo Sancho Panza, ¿mas quándo conseguirás que éstos dexen de vivir en la memoria de los hombres?

Y tú, fortuna, que improvisamente lo elevaste al alto grado que por tí logró, ¿por qué consien-

tes

tes que la muerte desbarate de un golpe lo que labraste con tantos? Mira muerte que ofendes á la fortuna, mira que dexas á Teresa Panza pobre y afligida, mira.....Pero para qué te digo que mires, si sé que no miras, ni distingues respetos humanos.

La mutacion de humores que provienen de la mudanza de aguas y alimentos, el exceso algunas veces en esto, y lo que es mas darse por cumplido el plazo de vivir, dispuso que la última noche de vida de Sancho, se excediese en la cena, comiendo demasiadamente ubre de ternera cerril, manjar sabroso; pero muy expuesto á insultos: así fue, y así lo dice el presente desgraciado caso, porque habiéndose acostado con algunas fatigas no avi-

avisó de esto, y creyó que con el sueño se aliviarían; pero no fue así, sino que sofocado el lento calor del estomago con tan pesada carga, la soltó de una vez en una fuerte apoplegía en que vino á dar su exceso.

Al siguiente dia por la mañaña viendo que no despertaba á su comun hora, el Bachiller se le llegó, y lo halló en tan fatal accidente, avisaron al Duque que inmediatamente vino al quarto, se llamaron Médicos, se aplicaron los varios remedios que dan en estos casos; pero la naturaleza mas y mas caída mostró, segun la declaracion que de ello hicieron, que el mal era de muerte: sentian los Duques esta desgracia, y mucho mas que Sancho muriese sin disponer de su al-

alma; pero la divina providencia que á ninguno desampara, hizo que á fuerza de medicamentos Sancho volviera despejado, pero no seguro: hizo como era justo todas las disposiciones de pedir á Dios misericordia, y á los Duques que la tuviesen de su pobre Teresa y Sanchica: el Duque le dixo, que como criados suyos no tenia necesidad de que los encargase, y que estuviera seguro que no les faltaría en ningun tiempo: recordó al Duque los buenos deseos del Bachiller Sanson Carrasco, con cuyo fin lo habia llevado en su compañia, é igualmente el Duque le ofreció no lo desampariá, y sin poder contener las lágrimas salió del quarto de Sancho á preparar á la Duquesa del terrible dolor que

la

la esperaba, porque queria á Sancho con extremo; pero aun antes que llegase al quarto de la Duquesa espiró Sancho visiblemente delante de los Médicos, el Bachiller y Doña Rodriguez, que lloraba como una niña.

Ya murió Sancho, exclama Benengeli, lustre y blason primero de su casa, y presto será perpetuamente sepultado en el olvido de todos: en esto paran las mayores glorias: al olvido se se dexan los mayores heroes, y pues tenemos á la vista el desengaño de lo poco que duran nuestros dias, prevengamonos á esperar la muerte cierta, para que vivamos eterna vida.

Quisieron los Duques, sigue Benengeli, manifestar con aparato y pompa funeral la estimacion

cion que les merecia Sancho, y aun estuvo puesto el borrador para las esquelas de convite, y dadas las demás disposiciones de campanas dobles, confusion de Religiosos, multitud de luces, vistosos estandartes, rica y relumbrante caxa, y numerosísimo acompañamiento; pero se contuvieron, porque creyeron con mejor acuerdo se honraba mas al muerto con menos aparato, mas sufragios y socorro de su familia, que no gastando en pompas vanas y comunes un dinero que las mas veces hace falta para otros fines visiblemente mas necesarios y justos. Enterróse en un Convento de Observantes que tenia la poblacion inmediata al Castillo, y donde muchas veces solia ir Sancho á pedir á Dios

mi-

misericordia, y cumplir con las obligaciones de christiano. El rucio, que no poco papel ha hecho en esta historia, se remitió á Teresa con todos los haberes de su marido, y señalamiento del medio sueldo que gozaba Sancho, y á Sanchica medio escudo diario mientras se ponia en estado, para lo que la ofrecieron dote competente, ó colocacion á su marido, si fuese á propósito, en ocupacion del servicio de su casa, y esto el mismo Duque mandó al Bachiller lo escribiese á la viuda, y á él le confirió un gobierno de un Pueblo que tenia tambien administracion de granos, á lo que quedó el Bachiller tan reconocido como pagado de sus andanzas y aventuras.

De todo se dió cuenta al Cu-

ra de órden de los Duques, suplicándole diese la noticia á Teresa, y aviso de quedarle á ella y á su hija con que vivir. El hijo de Maese Nicolás, que ya en este tiempo parece que su padre habia recibido un buen porqué de nobleza del Don Casimiro, quiso que se enlazaran ambas casas para unir sus blasones, así se hizo mediando el Cura, y el hijo de Maese no queriendo seguir el oficio sanguinario de su padre, ocurrió á los Duques noticiándoles su enlace con Sanchica, su alcurnia, y deseo de servirles. Los Duques cumpliendo sus generosas ofertas les dieron lo ofrecido, con mas una Escribanía que tenian vacante en sus estados con asignacion de sueldo, porque quisieron así mani-

festar lo que apreciaban á Sanchica por los buenos servicios de su padre.

Despues se supo que Teresa Panza, desengañada de las vanidades de este mundo, y que Dios no la habia criado para las dignidades que su difunto esposo habia empezado á probar, se dedicó á cuidar de una hermita que estaba fuera del lugar consagrada al glorioso San Lazaro, donde acabó exemplarmente sus dias.

Así concluye Benengeli su historia, poniendo el epitafio que se puso en el sepulcro de Sancho, con caractéres góticos, que vueltos en latin dicen:

HIC JACET

SANS. PANZ.

GUBERN. OPT.

OB. ET VIV.

Y EN CASTELLANO.

AQUI YACE

SANCHO PANZA,

GOBERNADOR OPTIMO:

MURIÓ Y VIVE.

MEMORIAS
DEL ESCLARECIDO
CIDE-HAMETE
BENENGELI,
AUTOR CELEBERRIMO
DE LA HISTORIA
DEL INGENIOSO HIDALGO
DON QUIXOTE
DE LA MANCHA.

Recogidas por Melique Zulema, Autor igualmente verdadero, que Arabigo.

1 NAció Cide-Hamete Benengeli, (dice Melique Zulema, que escribió en Arabigo esta obra

que se traduce) en Mascara, poblacion famosa del Africa, y patria tambien de los insignes escritores Abberroes, y Rasis el menor, dióle la fortuna por padres á Muley Benengeli, que exercia la sastrería, y á Fatima Aben-Amar, plañidora de muertos, y barrendera de la Mezquíta.

2 Crióse robusto y sano desde sus primeros años, y á los diez empezó á aprender el oficio de su padre: no obstante esta ocupacion, fue inclinado a los libros, y por este medio consiguió una mas que mediana instruccion, que acabó de perfeccionarle su tio Benancél, Moro bien conocido por su ciencia física en aquel Pueblo, y otros comarcanos.

3 Hay dos Autores Arabes, y entre ellos Rasis el menor, que dicen escribió siendo joven la historia de Calaínos, pero cotejado su estilo con la que escribió del valiente Manchego Don Quixote, Caballero de los Leones, es menester confesar que son de distintas plumas, bien que se hacen cargo los cotejadores de las distintas edades en que pudo hacerlo, pues quando escribió las de Don Quixote ya era de madura edad.

4 No parece siguió siempre el oficio de sastre, porque quando escribió los hechos de Don Quixote lo hallamos titulado Cide Hamete, que quiere decir Xeque ó Capitan, lo que pudo haber sido por nombramiento del Bey, á quien tal vez vestiría; por-

porque no hay duda tuvo habilidad, y un arquicél cortado de su mano se distinguia entre muchos por su ayre de caperuza, cuyo mérito pudo haberle premiado el Bey con este nombramiento.

5 Su persona era bien dispuesta, de regular estatura, no de muchas carnes, algo quebrado de color; pero muy pintado de viruelas: tenia un modo de mirar figurando cortedad de vista (que no tenia) porque para mirar á alguno que le hablaba, ponia los ojos como entre abiertos, y levantaba la cabeza; la barba era poco poblada, y entre rubia, pelo negro, naríz roma y algo abultada, la boca mas grande que pequeña, los labios gruesos, los dientes claros, y los de

la parte de arriba algo sacados; porque parece que siendo muchacho no habia querido dexarse sacar los primeros, y sobre ellos le habian nacido los segundos: en todo lo demás era proporcionado, aunque cogeaba algo de la pierna izquierda de resultas de una coz que le dió un caballo; pero esto solo era en los quartos de Luna.

6 Su genio era alegre, chancero y aficionado á burlas: á él se le debió la de la doncella Altisidora, la de los lelíes, quando se tuvo noticia del desencanto de Dulcinéa, y la que se hizo á Don Quixote con la gatuna batalla de la reja del jardin de los Duques, que pudo haber tenido peores resultas: nunca se le notó baxeza en el decir, y sus sales y pi-

picantes siempre las gobernó con modestia y cuidado.

7 Como sus primeros años estuvo aplicado á la sastrería, la tenia inclinacion, y aun hay quien dice escribió un tratado sobre ella, enseñando por clases á las muchachas pobres este oficio, que hacia por moldes y muñecas de todos tamaños, de cuyo modo variándolas, y dexando en la primera clase el cosido de qualquiera modo, iba arreglando en las siguientes, segun seguian los tamaños, el punto del cosido, y lo demás correspondiente á este arte, que siempre miró (como toda ocupacion de abuja) impropia de hombres con barbas, y muy propia de mugeres, á cuyo sexô decia era menester estancar ciertos oficios, para que se pudie-

diesen mantener solteras, y casadas ayudar á sus maridos; pero siempre con reglas y economía en el cortado, y que así se hallarían en todas partes sirvientas útiles en esta ocupacion, y otras indispensables en las casas, de que resultaría tambien desterrar las variaciones de cortados que llaman modas, y destruyen aquellas por seguir éstas: de que solo los Mahometanos están exceptuados, porque su trage cortado y cosido siempre ha sido uno.

8 Y á la verdad sirvió bien esta habilidad de Cide-Hamete en casa de los Duques, porque él ideó los trages que sirvieron para las distintas transformaciones que aparecen en la historia de Don Quixote, de varias colgaduras viejas que le dieron para

ra este efecto; siendo lo mas particular que pudo atraer para su cosido á las sirvientes que tenian los Duques, que no fue poca hazaña; porque á la verdad esta clase de gentes son poco aficionadas á la abuja, y algunas suelen por no tomarla prender con alfileres los ruedos de sus vestidos. Tal vez se dirá de esto, que escribió un tratado de sastrería para enseñar á las mugeres este oficio, porque hay autores que para escribir no se paran en averiguaciones de la verdad, sino que dan por cierto lo que oyen.

9 Ocupóse Benengeli en el corso, como comunmente hacen los de su nacion, y en una de las ocasiones que lo exerció cayó en manos del Señor Oracio Fregeli, Baron de este título, de

na

nacion Genovés, que venia en una poderosa Fragata á un Presidio de España, donde conducia viveres, desde cuyo dia tomó ogeriza formal á todos los Barones: quexabase mucho de la sobervia y vanidad de su amo, y de su mal trato, porque quando no le tenia ayuno, le hacia comer carne de borrico por de baca, con cuyo nombre metia las que traía de provision; pero como era su esclavo, aunque la conocia bien, no la comia, y callaba, porque no le quitase la vida, como intentó hacer con otro esclavo de la misma presa por menos motivo. A todos los vendió en el Presidio al primer dinero que le ofrecieron, y la fortuna hizo que Benengeli y otro fuesen regalados al Asentista, quien des-

despues lo vendió á un Capitan Español que allí estaba de comision de la Corte, el qual desde el primer dia lo aplicó á su cozina, de modo, que en corto tiempo nuestro Benengeli pasó de Capitan á doctor condimentario por solo voluntad de la fortuna.

10 El Capitan de vuelta á España pasó á la Corte á dar cuenta de su comision, la que habiendo sido desempeñada á satisfaccion del Rey, le valió en premio una Encomienda en el Reyno de Valencia de donde era natural, y habiéndose retirado por sus achaques al de Aragon, la estuvo disfrutando muchos años sin salir de él, hasta que por complacer á unos Duques sus parientes, que se hallaban á la sazon

zon en unas casas de placer inmediatas al principal Castillo ó Palacio de sus estados, pasó á verlos, llevándo en su compañia á nuestro Benengeli, por la mucha estimacion que de él hacia, y se habia grangeado con su travesura de ingenio; pues en el tiempo que estuvieron en Aragon se habia dedicado á escribir los hechos del ingenioso hidalgo Don Quixote de la Mancha, que en aquel tiempo andaba desfaciendo agravios, y enderazando tuertos con general aplauso, y no los habia continuado por haberse divertido en otras ocupaciones, á su parecer, mas útiles, bien que guardaba en apuntaciones la continuacion de sus aventuras: prendados los Duques de las buenas partes é ingenio que para todo mos-

mostraba Benengeli, entraron en deseo de tener en su cozina un gefe de tan buen gusto y disposicion, para que desempeñase su opulenta mesa, y por medio del Mayordomo solicitaron que el Capitan lo vendiese: éste á pesar de la falta que le hacia quiso generosamente regalarselo á los Duques, mas éstos de ninguna manera lo consintieron, y el Capitan por hacerles obsequio consintió en la venta, aunque con harto sentimiento, así por el mal nombre de ella, como por el mucho cariño que tenia á Benengeli, el qual nunca supo el precio en que le habia vendido, y si lo supo lo calló por fines que no pueden saberse: muchas veces decia que sus amos los Duques lo quisieron mucho; pero aun

el Mayordomo, quien le hacia partícipe de varias confianzas domésticas, y de algunas empresas de consideracion, no siendo la menor la de concederle tiempo y proporcion para que continuase la historia de Don Quixote, con arreglo á sus apuntaciones, y otras que el mismo Mayordomo le dió, y habia hecho de órden de los Duques, desde que la fortuna habia deparado á la Duquesa el felíz encuentro de los principales heroes de ella en la caza de altanería, lo que desempeñó tan puntual y veridicamente, como admira todo el mundo.

11 El arte de guisar le poseía perfectamente, en lo qual fue bastantemente celebrado, y muy particularmente en disponer y hacer el alcuzcuz, y el azemite,

(que yo aprendí por él) y en el guiso almoronía se excedió mas, como que fue su inventor, cuyos tres condimentos son los únicos que como reliquia se han conservado en España de los inventados por los Mahometanos.

12 Tambien puso en regla fixa el guiso tan provechoso como económico de las acelgas, que hasta su tiempo variaba en perjuicio de las Comunidades Religiosas, y á él solo deben la composicion cozinal de este regalado manjar, declarado laxânte en segundo grado por los Médicos mas famosos.

13 Fue algo inclinado á la música, y con especialidad al pandero de cascabél, á cuyo son bailaba la zambra con mucho primor, y enseñó á muchas

mugeres Manchegas este baile que reduxo despues á seguidillas, á causa de no poder bailarlo por el embarazo de la ropa, y agradó tanto este nuevo é importante descubrimiento, que solia decir muchas veces se propagaría por toda España, y no habria funcion de candil ó araña en donde, como por desahogo ó extraordinario, no se bailasen las tales seguidillas. Aprendió á tocar la Gaita Gallega, y hizo en ella tan rápidos progresos, que á su idea se debe aquella adicion ó apacible baxo del cañon que sube y descansa sobre el hombro izquierdo, que llaman baxo de moscon, porque lo intima en el sonido; por cuya imitacion que le da tanta melodía, le ponen borlas y flecos, como en señal de aprecio;

y ha llegado á tanto extremo, que se espera se coloque en el número de los instrumentos aereos de Capilla, en cuya pretension está la nacion gallega para entrar como otras en el catálogo de inventora, de cuya excelencia está desposeída, habiendo inventado el instrumento Gaita, citado por muchos autores músicos-liricos.

14 Alguna aficion tuvo á la pintura, pero no quiso seguir el estilo de su Proto-Maestro Orbaneja, Pintor de Ubeda (Ciudad no distante del famoso rio Guadalquivir, y muy célebre en su tiempo) que para mayor claridad al pie de lo que pintaba ponia su significado, v. g. este es *gato*, este es *perro*, &c. Mas Benengeli no quiso hacerlo así, porque gustaba que costase trabajo

el determinarlo, en lo demás fue su imitador perfecto; aunque lo usó poco, por estár destinado á mayores empresas.

15 Sus buenos servicios, crecida edad, y muchas lágrimas que vertia por volver á su Patria, movió á los Duques á darle su libertad por ante Escribano: dieronle dinero para el viage, y cartas para unos Redentores que se prevenian á pasar á Africa á redimir cautivos, y en ellas abono del costo de navegacion: acompañóle en parte de su viage un tal Tosilos, de nacion Gascon, y de exercicio Lacayo, que iba á solicitar un empleo honroso en que acabar sus dias, para lo qual llevaba buen número de escudos, y amen de unas patentes de Cofradías que habia servido, un autén-

téntico testimonio ó certificado de haber sido el mismo Lacayo Tosilos, que armado de Caballero salió al palenque á conbatir con el bravo Don Quixote, con lo que creía (segun aseguraba Benengeli) sería bien despachado, y mejor atendido.

16 En la despedida de Benengeli hubo muchas lágrimas en parte de la familia que le amaba tiernamente, y los Duques y Mayordomo sintieron su ausencia: quedó en escribir su llegada, y no lo hizo, porque su mucha edad, y trabajos padecidos en la mar, le conciliaron algunos achaques que se lo impidieron al principio, segun se supo de los Redentores, de los que debió de morir, si no es que incurrió en la comun ingratitud de

los

los que logran la perdida libertad, que luego se olvidan de su servidumbre, y aun de quien les concedió prenda tan amable = firmado: Melique Zulema.

Están fielmente traducidas segun su original.

LAUS DEO.